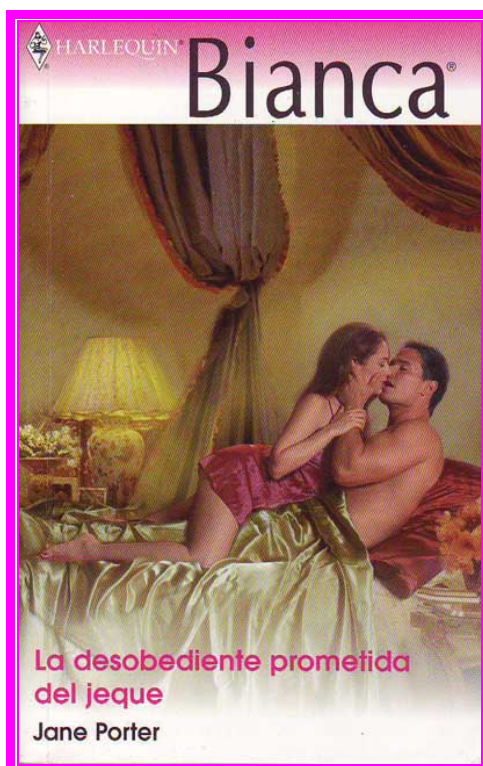


# La desobediente prometida del jeque

Jane Porter



## **La Desobediente Prometida del Jeque (2006)**

**Título Original:** The sheikh's disobedient bride (2006)

**Editorial:** Harlequín Ibérica

**Sello / Colección:** Bianca 1716

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Tair y Tally

### Argumento:

*Domaría a aquella fierecilla... quisiera ella o no.*

*El jeque Tair vivía según las estrictas reglas del desierto. Cuando descubrió que Tally había infringido una de esas normas sagradas, poniendo en peligro a su gente, Tair se vio obligado a actuar...*

*Tally se había convertido en una especie de esclava, pero su instinto le decía que escapara... aunque cada vez que lo intentaba, el desierto se lo impedía. Y, con cada acto de desobediencia, Tair se volvía más y más firme.*

*Como dirigente, debía domarla. Como hombre, la deseaba con todas sus fuerzas...*

## Capítulo 1

Tally oyó unos gritos justo antes de los disparos. Se tiró al suelo, abrazó la cámara e intentó protegerse la cabeza.

—Soussi al-Kebir — gritó el guía mientras se alejaba de ella corriendo.

—¿Soussi al-Kebir?

Tally no entendió. Sabía muy poco árabe. Creía que *soussi* eran unos bereberes del sur y que *al-Kebir* quería decir «grande». Sin embargo, ¿qué quería decir *soussi al-Kebir*? Se oyeron más disparos de ametralladora en la pequeña plaza del pueblo y el choque de unos cascos de caballo contra el suelo. ¿Era una emboscada? ¿Un saqueo?

Tally, con el corazón desbocado, se apretó más contra los adoquines sin soltar la cámara. Una bala perdida podría alcanzarla en cualquier momento. Oyó el grito de un hombre y el golpe sordo de su cuerpo contra el suelo. Unos momentos después, tuvo que levantar la cabeza para evitar el reguero de sangre.

Entonces, una sombra enorme cayó sobre ella y tapó el sol abrasador de Baraka. El miedo paralizó a Tally. Quiso gritar, pero no pudo; quiso ser valiente, pero el miedo se lo impidió. Se quedó con los ojos clavados en la sombra y en los pies que tenía a centímetros de la cabeza. Eran unos pies grandes y cubiertos con las botas de ante que usaban los hombres del desierto. Estaban hechas del cuero más delicado para protegerlos del calor de la arena a la vez que eran ligeras. Una tela blanca rozaba la parte superior de las botas. Era el borde de la túnica. Entonces lo comprendió. *Soussi al-Kebir* quería decir Caudillo del Desierto.

Unas manos la tomaron de los brazos y la pusieron de pie. Las mismas manos le arrebataron la cámara mientras le tapaban la cabeza con una tela negra. Su cámara y la bolsa con el material era toda su vida. Sin ella y las fotos no podría sobrevivir.

—¡Devuélvame la cámara! —exclamó con la voz amortiguada por la tela.

—¡Silencio! —le ordenó una áspera voz masculina.

Repentinamente, se vio subida a lomos de un caballo. Alguien se montó detrás de ella y tomó las riendas mientras golpeaba los flancos de animal con los talones y salían de la medina al galope. Tally, aterrada, se aferró a la silla de montar mientras intentaba quitarse la tela de la cabeza, pero la tenía bien sujeta a los hombros.

—¿*Ash bhiti*? —preguntó ella en su torpe árabe de Baraka—. ¿Qué quiere?

Un brazo la agarró con más fuerza como única respuesta. Era un brazo fuerte y musculoso.

—Tengo dinero —añadió ella con desesperación—. Se lo daré. Le daré todo. Acompañeme al hotel y...

—¿*Shhal*? ¿Cuánto? —le interrumpió él bruscamente.

—Casi quinientos dólares estadounidenses.

Él no dijo nada. Tally se dijo que tenía que mantener la calma pese a que la tela estaba ahogándola. Tenía que llegar a un acuerdo.

– ¿*Shhal*? – repitió él.

Él quería saber cuánto más podía conseguir ella. Entonces, Tally se dio cuenta de que estaba negociando con un mercenario.

– Mil dólares; quizá dos mil.

– No es suficiente.

– Entonces, ¿qué quiere?

– Que esté callada.

– Yo...

– ¡Basta!

Tally se calló. El miedo le impedía respirar. Había leído algo sobre los secuestros en Oriente Próximo. Se dijo que no debía provocarlo, ni a él ni a sus hombres; que si se mantenía tranquila, todo podría salir bien. Tenía que cooperar y mostrarse digna de confianza para que la soltaran.

Para serenarse, empezó a repasar el día. Había empezado como todos los días. Había preparado la cámara, se había tapado la cabeza con un pañuelo y había salido a hacer fotos. Nunca viajaba sola, había aprendido que contratar guías, guardaespaldas y traductores podía ser esencial. Sabía dejar caer unas monedas en las manos indicadas y obtener lo que quería. En aquellos países, los guías o intérpretes le facilitaban el acceso a sitios que ella no podría visitar por su cuenta; templos, mezquitas, cementerios sagrados... Le habían advertido que ser una mujer sería un peligro para ella, pero había sido al contrario. La gente sentía curiosidad y enseguida se daba cuenta de que ella no era una amenaza. Había conseguido salir de las situaciones muy difíciles sólo con dar algunas monedas más. No era soborno, era gratitud. ¿Por qué no iba a poder usar el dinero?

Había pensado que aquel pueblo del desierto era como otros que había visitado y por la medina sólo había oído los rebuznos de los burros y los balidos de las ovejas y las cabras. Era día de mercado y la medina estaba abarrotada de gente desde muy temprano para evitar el calor abrasador. Nada presagiaba que algo malo fuera a ocurrir. Con la cámara preparada había estado observando los juegos de los niños y las mujeres con velo que hacían sus compras. Acababa de enfocar cuando oyó los gritos y los disparos. No era corresponsal de guerra ni había trabajado para ningún periódico, pero había pasado por más de una situación peligrosa. Sabía ponerse a cubierto y fue lo que hizo en cuanto oyó los disparos. Tumbada en el suelo, junto al pozo, había intentado evitar el líquido rojo que corría entre los adoquines y entonces había sido cuando el bandido del desierto la capturó. Si no se hubiera movido, quizá él no la hubiera visto... Si no se hubiera movido, quizá habría estado en esos momentos a salvo en el pueblo y no atrapada en medio del desierto.

Tally intentaba respirar debajo de la tela negra. Empezaba a sentir pánico a pesar de los esfuerzos por mantener la calma. Tenía el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Notaba que el asma la amenazaba. Iba tener un ataque.

Tosió varias veces. El polvo la asfixiaba. No podía ver y se sentía en medio de la nube de polvo y arena que levantaban los cascos del caballo. Con los ojos llenos de lágrimas, abrió la boca todo lo que pudo para tomar aire. Empezaba a sentirse dominada por el pánico y eso no era nada bueno para el asma, pero no podía evitarlo; el calor, los saltos en la silla de montar, el viento, el polvo...

Alargó la mano y braceó en el aire antes de encontrarse con el costado del bandido. Estaba caliente y muy duro, pero era el único que podía ayudarla en ese momento. Se agarró desesperadamente a la tela de la túnica mientras sus pulmones se vaciaban. Tiró violentamente de la tela y la retorció para expresar el pánico.

«No puedo respirar... No puedo respirar... No puedo...»

Tair notó los tirones hasta que la mano cayó sin fuerzas y ella se desvaneció. Llamó a sus hombres con un silbido y frenó al caballo antes de descubrir el rostro de la extranjera. Estaba inmóvil y de un color azulado. La tomó con un brazo y le volvió la cara hacia él para comprobar si respiraba, pero no pudo ver ningún rastro de vida. ¿La habría matado? Inclino la cabeza de ella hacia atrás, le tapó la nariz y le cubrió la boca con la suya para introducirle aire.

Sus hombres, a caballo, lo rodearon como una barrera protectora, aunque estaba seguro allí. Estaba en su tierra, con su gente. Sin embargo, todos sabían que en cualquier momento podría ocurrir algo.

Él percibió el silencio de todos, su quietud, su preocupación. Nunca lo juzgarían. Él era su jefe, pero nadie quería cargar con un cadáver a sus espaldas y menos el de una joven extranjera. Sobre todo cuando Ouaha luchaba por su independencia, y el poder y la política mantenían un equilibrio muy inestable.

Volvió a cubrir la boca de ella, volvió a soplar sin apartar los ojos de su pecho con la esperanza de que se hinchara. Le pidió en silencio que respirara. Casi le exigió que viviera. Repitió la operación y ella tosió, parpadeó y lo miró. Tair comprobó que la palidez dejaba paso a un leve tono rosado.

—Gracias a Dios —dejó escapar él con un hilo de voz.

Quizá no fuera un buen hombre, pero no disfrutaba matando mujeres. Ella tenía unos ojos que no eran ni verdes ni marrones y, aunque la expresión era nebulosa, el color llamaba la atención, parecía el de un bosque al amanecer, el del bosque que él conoció de niño cuando visitó a la familia de su madre en Inglaterra.

Ella levantó bruscamente las cejas y todo su rostro se contrajo. Intentó respirar sin dejar de mirarlo con unos ojos cargados de pavor. Se llevó la mano a la boca con los dedos curvados.

—...halador...

Él sacudió la cabeza con impaciencia al no entenderla y al comprobar que la palidez volvía a adueñarse de ella. Seguía sin poder respirar. Ella lo miraba con los ojos desorbitados y aterrados.

—¿Qué necesita? —le preguntó él mientras le daba un leve cachete para mantenerla atenta.

Ella seguía curvando los dedos como si formara la letra C y hacía esfuerzos desesperados por tomar aire. Él, súbitamente, cayó en la cuenta.

— ¿Tiene asma?

Ella, para alivio de Tair, asintió con la cabeza.

— ¿Dónde está su inhalador?

— Cá...mara...

Él levantó una mano e indicó lo que quería. Inmediatamente, le entregaron la bolsa. Tair abrió la cremallera y rebuscó dentro hasta que encontró el inhalador. Lo agitó y lo puso en la boca de ella. Tally lo agarró con las manos, apretó el aerosol y se llenó los pulmones. Tair, que seguía sujetándola con un brazo, observó cómo le subía y bajaba el pecho cada vez con más naturalidad. Estaba viva. No la había matado.

Unos minutos más tarde, ella volvió a alterarse. Tally no supo exactamente cuándo se dio cuenta de que estaba en brazos de aquel bárbaro, pero cuando lo hizo y comprobó cómo la sujetaba, se irguió bruscamente, se zafó de él e intentó saltar del caballo. Sin embargo, cayó al suelo y quedó como un bulto a los pies de todos. Gruñó para sus adentros, se levantó, se alisó la camisa blanca de algodón y se limpió los pantalones color caqui.

— ¿Quién es usted? — le preguntó a su captor.

El hombre, sin bajarse del caballo, se cubrió toda la cara excepto los ojos y la nariz y la miró fijamente, como la media docena de hombres que lo acompañaban.

— ¿Qué quiere de mí? — insistió ella.

— Hablaremos más tarde.

— Quiero hablar ahora.

— Puede hablar, pero no voy a contestarle — replicó él mientras se encogía de hombros.

Tally tomó aire y sintió qué los pulmones le abrasaban. No podía creerse lo que estaba pasando. Un grupo de hombres embozados la había secuestrado en la medina, pero ¿por qué? ¿Quiénes eran? Miró las botas que tenía ante sus ojos. Eran de un color levemente más oscuro que la túnica blanca. Levantó la vista hasta los adornos de la silla de montar y las bridas. Ambos eran de plata con ónice y piedras azules. La mirada de Tally siguió ascendiendo hasta fijarse en el hombre. Él, en comparación, iba sobriamente vestido. Llevaba una túnica y unos pantalones blancos y un pañuelo oscuro sobre la cabeza que le tapaba la cara desde la nariz al cuello. Ella podía ver sus ojos oscuros, penetrantes y casi tan firmes como el puente de su nariz.

— ¿Quién es usted? — le preguntó ella.

— Hablaremos más tarde — él se giró levemente sobre su rica montura y se dirigió a sus hombres —. En marcha.

— No.

— ¿No?

— ¡Casi me mata! — exclamó ella con una voz más ronca de lo normal.

— Afortunadamente, también la he salvado.

— ¿Espera que se lo agradezca?

— Naturalmente. De no ser por mí, habría muerto.

— De no ser por usted, yo estaría a salvo en el pueblo.

— Eso es otro asunto. Ahora está aquí — echó una ojeada al árido paisaje—. ¿Quiere quedarse aquí? ¿Quiere quedarse sola en medio del desierto?

Tally miró a izquierda y derecha y sólo vio dunas y arena.

— Estamos a dos horas a caballo de la población más cercana — añadió él—. ¿Tiene un caballo?

— No.

— Vaya, no tiene caballo.

Él se inclinó hasta que su cara quedó sobre la de ella.

— Creo que tendrá que venir conmigo.

Antes de que ella pudiera decir algo, él la agarró con un brazo y la dejó sobre la montura delante de él, contra el regazo del que ella acababa de escapar. Tally soltó un gruñido. Su regazo era grande y duro, como todo él. Evidentemente, era Soussi al-Kebir, el caudillo del desierto.

— ¿A que banda pertenece? — preguntó ella, que ya quería saberlo todo.

— ¿Banda?

Él la sujetó más firmemente y la rodeó con el brazo izquierdo. Ella se sintió violenta por el contacto.

— ¿Con quién está?

— ¿Con quién estoy?

Era el momento de ser diplomática, pero no era fácil encontrar la palabra y el tono adecuados.

— Pertenece a alguna banda o tribu...

— Habla demasiado — replicó él mientras se ponía en marcha—. Quédese en silencio.

Cabalgaron el resto del día en silencio y se adentraron en el desierto durante horas. El tiempo ya no importaba. Nadie ni nada podría ayudarla. Sólo podía permanecer alerta, mantenerse despierta para intentar escapar. Al atardecer redujeron la marcha al acercarse al campamento de los bandidos, un oasis lleno de tiendas de campaña y camellos. Una vez en el campamento, los hombres desmontaron rápidamente. Tair saltó del caballo y alargó los brazos para ayudar a Tally, pero ella se soltó y se bajó por sus medios. Ya estaba cansada de su contacto y no quería saber nada más de él.

— Ven — le ordenó él chasqueando los dedos—. Sígueme.

Se abrieron pasó entre un grupo de hombres que limpiaba sus armas. Ella los miró con severidad. Los fusiles no indicaban nada bueno. La situación no presagiaba nada bueno. El bandido se paró y le señaló una tienda de campaña.

– Entre ahí.

Ella miró a la tienda de campaña y a los hombres que los rodeaban.

– Es una tienda de campaña.

– Claro que es una tienda de campaña –replicó él con impaciencia–. Nosotros vivimos en tiendas de campaña.

Ella volvió a mirar la tienda de campaña y el miedo la atenazó. Sintió que le costaba respirar.

– ¿Es una parada en el camino?

– ¿Una parada? ¿A qué se refiere?

– ¿Mañana seguimos el viaje?

– No.

– Entonces, ¿qué hacemos aquí?

– Acampar –él volvió a señalar la tienda de campaña–. Entre. Le traerán la cena.

Tally se quedó ante la desastrada tienda de campaña hecha con pieles de cabra. Era inmundada. Llevaba seis meses viajando por el norte de África y Oriente Próximo y no había visto un campamento tan hostil. No era un campamento hospitalario y tampoco era una tribu nómada. No había niños ni mujeres ni ancianos. Sólo había hombres armados hasta los dientes. No sabía quiénes eran y tampoco estaba segura de querer saberlo. Lo único que le importaba era sobrevivir.

Se volvió hacia su captor. Era alto, rudo e indolente. Ella contuvo toda emoción. No podía llorar ni mostrar ningún signo de debilidad.

– ¿Hasta cuándo va a retenerme aquí?

– ¿Hasta cuándo va a seguir viva?

Ella notó un nudo en la garganta y se mordió el labio. Estaba agotada y se sentía mugrienta.

– ¿Piensa... matarme...?

Él entrecerró los ojos y apretó las mandíbulas. Tenía una nariz imponente, una frente muy ancha y, en su expresión, no había compasión ni ternura.

– ¿Quiere morir?

– ¡No!

– Entonces, entre en la tienda de campaña.

Ella no se movió. No podía. El miedo la atenazaba. Si bien detestaba que chasqueara los dedos para darle órdenes, el gélido estremecimiento de pavor que

notaba en las entrañas hacía que se sintiera muy mal. No soportaba ese pavor porque hacía que se sintiera como si ya nada volvería a ser como antes.

– ¿Cómo puedo llamarle? – le preguntó ella con un esfuerzo enorme.

Él la miró fijamente durante un rato cargado de tensión. Tally apartó la mirada de él y vio el grupo de hombres barbudos que seguía limpiando minuciosamente sus armas.

– ¿Tiene un nombre? – insistió ella con un hilo de voz.

– Puesto que usted es occidental, puede llamarme Tair.

– ¿Tair? – repitió ella desconcertada.

El captó que ella fruncía la frente con perplejidad, pero no se molestó en explicarle su nombre. Para él no tenía sentido explicarle que su verdadero nombre era Zein-el-Tayer; que era el mayor de tres hermanos y el único que seguía vivo; que había sobrevivido a las guerras fronterizas y a diez años de tensiones y enfrentamientos gracias a una mezcla de astucia y suerte. En árabe, Zein significaba «bueno», pero nadie lo llamaba así porque él no era bueno. Todos en Baraka y Ouaha sabían quién era y lo que representaba: peligro y destrucción. Quizá su cautiva también debiera saberlo.

– No te pasara nada si haces lo que te digo.

Tair creía que ya había hablado más de lo que le gustaba hablar. La charla le parecía una pérdida de tiempo. Las palabras creaban confusión y distraían la mente. Era mucho mejor actuar y hacer lo que había que hacer.

Como había hecho ese día en el pueblo; había alejado la amenaza que pendía sobre su gente. Mantendría aislada a esa mujer hasta que supiera qué hacía en sus tierras. En Ouaha no se veían mujeres solas con cámaras. Si una mujer occidental aparecía por Ouaha, algo poco frecuente, formaba parte de una visita turística organizada por alguien de confianza.

– ¿Cómo has llegado a Ouaha? – le preguntó abruptamente si dejar de mirar su rostro.

Ella parecía cansada, pero su expresión no indicaba sumisión. Al contrario, indicaba vehemencia, furia, como un animal salvaje acorralado.

– Fui en avión a Atiq y luego en todoterreno y camello.

– Alguien te habrá organizado el itinerario.

– Lo organicé yo sola. ¿Por qué lo dices?

El resplandor ardiente de sus ojos coincidía con el tono desafiante de su voz. Si tenía miedo o estaba preocupada, no dejaba que se trasluciera. Parecía preparada para ofrecer resistencia y eso fascinaba a Tair. Sin embargo, su rostro casi le intrigaba más. La frente, los pómulos y la mandíbula eran fuertes y la boca sorprendentemente delicada y con unos labios rosas y carnosos. La mirada era directa y sin rastro de timidez. Parecía una mujer segura a la que no se podía influir o engañar fácilmente, lo cual hacía que se preguntara qué hacía en Ouaha.



– Yo hago las preguntas y tú las contestas. Entra en tu tienda. Hablaremos más tarde.

Tair se dio la vuelta y se alejó, pero antes había captado el brillo de rabia en los ojos de ella. Era una mujer a la que no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Esbozó una sonrisa mientras volvía con sus hombres. Ella aprendería pronto a disimular sus sentimientos si no quería darle esa ventaja.

## Capítulo 2

Tally observó a Tair mientras se alejaba. Ni si quiera había esperado a que ella replicara. Le había dado una orden y se había marchado. Sabía que ella no tenía más alternativa que obedecer. Soltó un juramento para sus adentros y se dijo que tenía que hacer algo. Vio que uno de los hombres que limpiaba un fusil la miraba con reprobación. Sintió un escalofrío y se metió rápidamente en la tienda. Sin embargo, una vez dentro, Tally no supo qué hacer. Era desoladora. Sólo había una cama a ras del suelo, una especie de manta, un arcón y un par de almohadones en la cama, nada remotamente decorativo. Ni armario para la ropa, que no tenía, ni silla ni espejo, nada.

Habría sido fácil dejarse llevar por el pánico, pero Tally aguantó. No tenía sentido ponerse histérica. Ni siquiera había alguien que supiera que había desaparecido. Para su familia, ella llevaba años desaparecida. Suspiró, se pasó la mano por la frente y notó la arena y el polvo. Se soltó la cola de caballo y se pasó los dedos por el pelo para soltarse los rizos. ¿Qué sería de ella? ¿Qué podía hacer? ¿Salir corriendo? ¿Robar un caballo? ¿Lanzar vagas amenazas sobre los derechos humanos y las relaciones diplomáticas? Tenía miedo y calor y se sentía pegajosa. ¿Qué hacía ella allí? ¿Pedirían un rescate por ella? Involuntariamente, se acordó de Tair y sintió un vacío en el estómago. Él era distinto a los demás. Era más grande, más rudo y más imponente. Cuando habían cabalgado, él la había sujetado de una forma posesiva. Recordó su brazo alrededor de ella y su mano sobre el abdomen y sintió una oleada de espanto. Fue como si él hubiera dejado claro que ella le pertenecía. Sin embargo, ella no le pertenecía y nunca lo haría.

Se le puso carne de gallina y se frotó los brazos compulsivamente, como si quisiera librarse de la descarga de adrenalina.

Él no la había dejado morir en el desierto. Cuando ella tuvo el ataque de asma, él le hizo la respiración boca a boca y encontró su inhalador. Era evidente que no quería que muriera. Entonces, ¿qué quería? Además, ¿le importaría a alguien en Seattle que ella no volviera nunca? Intentó convencerse de que no podía ser pesimista y se calmó un momento, hasta que la entrada de la tienda se abrió y dio paso a una sombra.

El corazón le dio un vuelco. El bandido había vuelto. Ella se alisó la camisa blanca de algodón y lo miró fijamente. Él tuvo que agacharse para entrar y, una vez dentro, echó una ojeada como si hiciera un recuento de lo que veía. Tally tragó saliva y se puso en jarras.

—¿Puedes decirme por qué me retienes? —le preguntó ella con un tono que intentó ser coloquial.

Algunos rayos del crepúsculo entraron por la abertura de la tienda. Él se había cambiado y llevaba una túnica abierta sobre una camisa amplia y unos pantalones ajustados.

—Tienes amigos interesantes —contestó él después de una pausa bastante tensa.

— No entiendo. ¿De qué amigos hablas?

— Los amigos que viajan contigo.

— Estoy sola — replicó ella con la frente fruncida —. No he viajado con nadie.

— Esta mañana estabas acompañada de unos hombres.

— ¡Ah! — exclamó ella con alivio —. Los he contratado. Son de Baraka. Uno es mi intérprete y el otro, el guía.

Él no dijo nada y ella siguió con la esperanza de parecer segura y confiada.

— Los contraté en Atiq y ellos sabían que yo quería ir a las *kasbahs* del otro lado de las montañas del Atlas.

— ¿Cuánto te pagaron?

Tally sintió un pinchazo detrás de los ojos que le recordó las migrañas que tenía en la universidad.

— Ellos no me pagaron. Yo les he pagado a ellos. Me dieron sus nombres en el hotel y estaban muy bien recomendados.

— ¿Hicieron lo que querías?

— Sí. No hubo ningún inconveniente hasta esta mañana.

Él la miró en silencio durante un rato.

— ¿Por qué querías venir a Ouaha?

— ¿Estoy en Ouaha?

— No finjas estar sorprendida.

— Estoy sorprendida. No sabía que había salido de Baraka. No he cruzado ninguna frontera...

— El desierto separa los países, mujer.

Ella parpadeó por el tono de él al decir «mujer», pero tomó aire y contuvo la rabia.

— No tenía pensado venir a Ouaha. Yo sólo dije lo que quería al guía y él trazó el itinerario con la condición de estar de vuelta en Casablanca el uno de octubre.

— ¿Por qué el uno de octubre?

— Porque ese día vence mi visado para Baraka y tengo que estar de vuelta en Marruecos.

Él entrecerró los ojos y apretó las mandíbulas.

— ¿Qué haces exactamente aquí, tan lejos de tu hogar? — lo preguntó con tono grave y abrumador.

— Nada. Ver cosas.

— ¿Con unos rebeldes como guías?

A ella se le aceleró el pulso y notó que tenía las manos húmedas.

– No sé sus tendencias políticas. Nunca hablamos de...

– Pero les pagaste.

– Sí. Los necesitaba. Esta zona está muy apartada y puede ser complicada para una mujer. Necesitaba unos guías con experiencia.

– ¿Estás segura de que ellos no te pagaron?

Tally se habría reído si la situación no hubiera sido tan incierta.

– ¿Por qué iban a pagarme?

Él se agachó lentamente hasta quedar a la altura de los ojos de ella y la miró fijamente con un gesto en la boca que no era muy amistoso.

– ¿Por qué no me lo dices tú?

Él tenía unos ojos tan oscuros y una expresión tan intensa, que se le alteró el pulso, no sólo de miedo, sino también por su presencia. Ella se sentía muy cómoda entre hombres, pero Tair no era como los otros hombres que había conocido. Tenía algo indómito, una virilidad primitiva que hacía que ella se sintiera pequeña, frágil y femenina. Ella no quería sentirse ni pequeña ni frágil porque no lo era. La vida la había curtido y no se asustaba fácilmente.

– No tengo ni idea de lo que quieres de mí. Sólo soy una turista...

– No eres sólo una turista. Has pasado dos semanas con esos hombres. Dos semanas haciendo fotos y reuniendo documentación. Volveremos a intentarlo – replicó él lentamente –. Te lo aviso, no tengo mucha paciencia, aunque estoy haciendo un esfuerzo. No me pongas a prueba. ¿Has entendido?

Ella asintió con la cabeza. Había entendido que las cosas no iban bien y que, si no llegaba a algún tipo de acuerdo pronto, estaría en verdadero peligro.

– Sí.

– Háblame de los hombres con los que viajabas.

– No sé gran cosa de ellos. Eran muy callados y creí que eran buenos hombres.

– ¿Has estado dos semanas con ellos y eso es todo lo que puedes decirme?

¿Por qué sabía que había estado viajando con ellos durante dos semanas? Fuera como fuera, la había vigilado.

– Lo siento – se disculpó ella, que intentó elegir bien las palabras –. No hablamos mucho. Eran hombres y yo una mujer extranjera. Había diferencias culturales.

– Diferencias culturales...

– Me gustaría poder decirte algo más. No sabía que estuviera haciendo algo mal. Siempre he querido ir a Baraka...

– Pero ya no estás en Baraka. Estás en Ouaha. Es un territorio independiente, es mi tierra y estos son mis hombres. Tú has entrado en mi país con rebeldes de Baraka. Hombres que han sembrado la violencia y la destrucción entre mi pueblo.

– No sé de qué me hablas. Llegué a Atiq, contraté a esos hombres y he viajado con ellos porque soy una turista que estaba sola. Necesitaba guías locales y ellos estaban muy recomendados.

– ¿Qué me dices de tus fotos? – le preguntó él con los ojos entrecerrados.

– ¿Qué les pasa?

– Estabas sacando fotos para ellos, ¿verdad?

– No. Eran para mí. No he trabajado para esos hombres; ellos han trabajado para mí.

– ¿Para qué quieres unas fotos de un país que está tan lejos del tuyo?

Tally no supo qué contestar. ¿Acaso él no tenía interés en ver el mundo y conocer sitios lejanos?

– Porque soy curiosa – contestó ella al cabo de unos momentos.

– ¿Qué te produce curiosidad?

– Todo. La comida, la cultura, el idioma, la forma de vida. La gente me fascina. Me fascinan las diferencias que hay entre nosotros y lo que tenemos en común.

– No tenemos nada en común.

Ella no pudo disimular su desprecio. Aquél era uno de los motivos por los que se había ido de su casa para viajar. Le espantaba la ignorancia y la rigidez.

– Es posible, pero en vez de quedarme en mi casa, he decidido salir y buscar la verdad por mí misma.

– Las mujeres tienen que quedarse en casa.

– Será en tu opinión...

– Efectivamente. En mi cultura, la mujer tiene la misión esencial de cuidar de los hijos y de la familia; de hacer que su marido esté bien alimentado y descansado, de que esté a gusto.

– ¿Cuándo se alimenta y descansa ella? ¿Cuándo está a gusto?

– Está a gusto cuando su familia está sana y en paz.

– ¡Vaya! – exclamó ella con cierta sorna—. Algo me dice que eso no pasa nunca...

Él soltó algo en árabe que ella no entendió, pero supo por el tono que no era algo muy amable. Lo había enfadado. Notó que la ira se apoderaba de él y también notó que él no sabía qué hacer con ella. Tally comprendió que había forzado las cosas, que había hablado demasiado.

– Lo siento – se disculpó ella con tono conciliador—. Sólo soy una persona curiosa y estoy en Baraka...

– En Ouaha.

– En Ouaha – corrigió ella –, porque esta parte del mundo despierta mi curiosidad. No quiero ser una ignorante.

– Entonces, sólo eres una turista.

Tally notó que estaba poniéndola a prueba y notó una punzada de temor en el estómago. No era sólo una turista, era una fotógrafa profesional, pero pensó que era mejor no tocar eso en ese momento. Él ya había desconfiado de ella. ¿Cambiaría él de opinión cuando le dijera que estaba en su país para sacar fotos para un libro sobre niños?

– Sí, una turista – repitió ella.

– ¿Ésa es la verdad?

Ella lo miró fijamente mientras analizaba todas las alternativas. No era totalmente mentira. Era una turista y le gustaba viajar y conocer lugares remotos. ¿Por qué iba a tener que hablarle de su trabajo? ¿Por qué no iba a poder viajar con una cámara?

– Sí – afirmó ella sin vacilación.

– Ya lo veremos, ¿verdad? – le preguntó él mientras una voz lo llamó desde fuera de la tienda.

Tair contestó con un grito y un hombre entró con la cámara de Tally. El hombre le dio la cámara a Tair y se marchó sin haberla mirado.

El bandido sacó la cámara de la bolsa y la miró. A Tally le flaquearon las piernas, pero no se atrevió a moverse. Observó cómo él apretaba botones y miraba por el objetivo. A ella le puso nerviosa que él jugara con la cámara. Era una cámara buena, aunque no la más cara del mercado. Sin embargo, las fotos era muy importantes y la tarjeta de memoria estaba llena. Había pensado poner otra tarjeta cuando se hubiera ido del mercado.

– Dime qué estás buscando – intervino ella con un tono de voz muy tranquilo –. Yo te lo enseñaré.

Él no le hizo caso y abrió la tapa de la ranura donde estaba la tarjeta de memoria. Tally se clavó las uñas en la palma de las manos al ver que él la sacaba. Era minúscula, pero contenía todo su trabajo, su vida, su futuro.

– Eso es como la película – le explicó ella –. Es una cámara digital y utiliza una tarjeta de memoria en vez de una película.

Él levantó la tarjeta azul y la miró por todos lados. Ella tenía un nudo en la garganta. Era como si él tuviera su vida entre los dedos.

– Ya sé que es muy pequeña, pero contiene cientos de fotos – añadió Tally.

– ¿Hay cientos de fotos aquí?

Ella asintió con la cabeza.

– ¿Tienes más tarjetas?

Ella se mordió el labio. No quería decirle que tenía meses de trabajo, cientos y cientos de fotos, en otras tarjetas de memoria. Unas estaban en la bolsa y otras en la habitación del hotel.

– Sí.

– ¿Dónde están?

– ¿Para qué quieres saberlo?

– Sólo son fotos – él se encogió de hombros –. No las necesitas. Eres una turista. Has venido por las vivencias, no por las fotos.

A Tally le abrasaban los ojos, pero hizo un esfuerzo por mantener la calma.

– Las fotos son importantes. Me ayudan a recordar lo que he visto.

– Pareces nerviosa – dijo él mientras volvía a meter la tarjeta de memoria en su sitio.

– ¿Puedo recuperar la cámara?

– Quizá cuando haya terminado, pero te la daré sin tarjeta de memoria.

– Sin tarjeta no funciona.

– Puedes comprar otras.

– Pero perdería todo lo que he hecho.

– En el pueblo venden postales. Compra algunas cuando te vayas.

Tair se dio la vuelta para marcharse, pero ella salió detrás de él.

– ¡Por favor! – exclamó ella sin llegar a tocarlo –. Por favor, no borres las fotos. Te las enseñaré. Te explicaré cómo funciona la cámara...

– No tengo tiempo – la interrumpió Tair –. Pronto te traerán la cena. Hasta mañana.

– ¿Hasta mañana?

A Tally se le aceleró el pulso por el miedo y la furia. Era una mezcla enloquecedora y le temblaban las manos.

– ¿Vas a dejarme aquí hasta mañana? ¿Qué pasará entonces? ¿Me devolverás la cámara con las fotos?

– Pronto te traerán la cena – repitió él inexpresivamente.

Ella no estaba dispuesta a que la despacharan sin más. No entendía qué pasaba. Había pagado bien a sus guías y, sin embargo, cuando se oyeron los disparos en la medina, ellos salieron corriendo. A uno lo alcanzaron con un disparo. Tally sintió un escalofrío al recordarlo.

– ¿Qué quieres de mí?

– Hablaremos cuando haya visto las fotos.

– No borrarás ninguna, ¿verdad?

– Depende.

– ¿De qué?

– De lo que vea – Tair hizo un gesto con la cabeza –. Buenas noches.

Tally se dejó caer en la cama y se cubrió la cara con los almohadones para gritar de furia. Él no podía hacerle eso ni ella aceptarlo.

Tair, en su tienda de campaña, se sentó en una silla muy baja y cerró los ojos para intentar abstraerse de la mujer americana que vociferaba en una tienda de campaña cercana. Ella tenía que aceptar su destino con más elegancia; rendirse con dignidad. Estuvo tentado de decírselo, pero quizá ella lo tomara como una victoria y no iba a darle ese placer. Primero, ella cedería y, luego, él se mostraría compasivo. Además, su padre había secuestrado a su mujer, la madre de Tair, y su padre era un hombre bueno, íntegro y suficientemente justo. Al final, la mujer americana se daría cuenta de que él era igual de íntegro, si no tan justo.

Tally no recordaba haberse dormido, sólo recordaba haber llorado sin parar por la desesperación. Sin embargo, ya había amanecido. Se estiró. Todavía tenía los ojos irritados por el llanto y le costó enfocar bien. Hasta que se dio cuenta de que, efectivamente, seguía en la tienda, en el mundo de Tair. No había sido un sueño.

Agarró un almohadón y se lo puso debajo de la mejilla. La noche anterior se había desmoronado, pero ese día utilizaría la cabeza. Recuperaría la cámara y las fotos. Eran suyas.

Se puso los pantalones caqui y la camisa blanca y salió de la tienda de campaña para encontrar algunas respuestas, como quién mandaba en Ouaha. El sol del desierto la cegó y la abrasó al instante.

—¡Señora! —un anciano bereber corrió hacia ella—. ¡Señora! —repitió él mientras señalaba la tienda de campaña.

Tally esbozó una leve sonrisa irónica. Ella debería volver a la tienda y esperar como una niña buena. Ensanchó la sonrisa y la hizo más irónica. Era una pena que ya no fuera una niña buena. El anciano se dio la vuelta y salió corriendo en otra dirección. Tally supuso que iría en busca de Tair. Lo cual le pareció perfecto porque quería verlo. Sin embargo, fuera de una tienda de campaña vio un arcón con una bolsa de cuero en cima que se parecía mucho a la bolsa de su cámara. Tally miró alrededor. No había nadie cerca. Fue hasta allí. Era su bolsa y estaba medio abierta. Pudo ver la cámara dentro. Tally aguantó la respiración. La tenía al alcance de la mano. Tenía que recuperarla. Al menos, tenía que recuperar la tarjeta de memoria antes de que el bandido borrara las fotos. Se agachó junto al arcón, tomó la cámara, sacó la tarjeta de memoria y volvió a dejar la cámara en la bolsa. Se levantó para volver a su tienda de campaña. Sin embargo, repentinamente, se encontró con el anciano bereber delante de ella. Llevaba una prenda colgando del brazo. Tally no lo entendía, pero cuando extendió la túnica comprendió que quería que se cubriera.

—No, gracias —se resistió ella mientras sacudía la cabeza—. Estoy muy bien así. Además, ya vuelvo a mi tienda.



Él insistió y, cuanto más insistía él, más de prisa intentaba andar Tally, pero él no dejaba de hablar y estaba llamando la atención de todos. Tally tomó la túnica y se la puso.

—Gracias —dijo ella secamente—. ¿Ya puedo volver a mi tienda?

Sin embargo, el anciano no dejaba de hablar y gesticular. Tally agarró la tarjeta de memoria con todas sus fuerzas. Tenía que esconderla antes de que apareciera Tair. Consiguió zafarse del anciano, entró en su tienda y se tumbó en la cama. Estaba temblando de miedo y de alivio. Lo único importante era que había recuperado la tarjeta de memoria. ¿Dónde la escondería? No lo había decidido cuando oyó voces fuera de la tienda. Se metió la tarjeta de memoria en el sujetador justo cuando la sombra de Tair se proyectó en el suelo.

—Me has mentido y me has robado —su voz profunda llenó la tienda—. Si fueras un hombre, te cortarían la lengua y una mano.

Tally se abrazó a sus rodillas.

—¿Dónde está la tarjeta de memoria? —le preguntó él.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella mientras se abrazaba con más fuerza a sus rodillas.

—Lo sabes perfectamente.

—No lo sé.

Él se quedó mirándola con una expresión implacable. Tenía unos ojos oscuros como el café y un surco se abría entre sus cejas.

—Te vi. Estaba observándote.

Ella se encogió de hombros. Notaba su furia y su sarcasmo, pero no iba a permitir que él notara su angustia. No iba a comportarse como alguien desamparado e indefenso.

—La quiero —insistió él—. Ahora.

—Es mía —replicó ella con firmeza aunque bajó la cabeza.

—Antes de que vuelvas a negarle —siguió él con tono tranquilo—, antes de que vuelvas a mentirme, quiero que sepas que, en mi mundo, a los ladrones se les corta la mano y a los mentirosos la lengua. Piénsalo un momento y decide si esas fotos merecen el sacrificio.

Tally ya no podía mirarlo. Su intención de ser fuerte estaba desmoronándose.

—Por favor —susurró ella—, déjame la tarjeta, ya tienes la cámara.

—Es muy raro que una turista diga eso.

Tally levantó lentamente la cabeza y tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Me dijiste que eras una turista —siguió él con una mirada penetrante—. Me has mentido y me has robado. ¿A qué más te dedicas?

Ella sacudió la cabeza llena de terror.

— A lo mejor colaboras con los insurgentes, con quienes quieren deshacerse de nosotros, con quienes nos han robado nuestra tierra.

— No colaboro con nadie...

— ¿Por qué iba a creerte?

— Porque no me dedico a la política. Soy fotógrafa, pero no política. Ni siquiera conozco la historia de esas fronteras de las que hablas.

— Demuéstralo.

— ¿Cómo? — le preguntó ella mirándolo sin parpadear.

— Dame la tarjeta de memoria. Veré las fotos y comprobaré si dices la verdad.

Ella no podía apartar la mirada de aquellos ojos hipnotizadores.

— ¿Qué pasará si no te gustan mis fotos?

— Las borraré — contestó él mientras se encogía de hombros.

A ella se le empañaron los ojos de lágrimas y detestó ser tan débil, pero estaba desesperada. Aquellas fotos significaban meses de trabajo en condiciones espantosas. Un trabajo que incluso había puesto en riesgo su salud.

— Por favor, no borres mi trabajo. Esa tarjeta de memoria contiene muchas semanas de trabajo. Todavía no las he descargado.

Él estaba muy quieto y la miraba despiadadamente.

— ¿Por qué me mentiste?

Ella buscó un resquicio de compasión en su rostro.

— Creí que no lo entenderías.

— Efectivamente, no lo entiendo.

Tally salió de la tienda y ella se quedó inmóvil hasta que salió detrás de él.

— ¡Espera! — gritó ella mientras corría para alcanzarlo —. Espera, por favor.

Lo agarró de la manga. Le temblaban las piernas y el corazón le latía a toda velocidad. Tally se metió la mano en el sujetador, sacó la tarjeta y se la dio temblorosamente.

— Tómalas. Mira las fotos. Si alguna te ofende, bórrala, pero te suplico que no borres todo — la voz se le quebró —. Llevo meses en el desierto, lejos de mi familia.

Él aceptó la tarjeta en silencio. Tally lo miró a los ojos y parpadeó para contener las lágrimas. Sólo le pedía que fuera justo.

Tally volvió a su tienda y se dejó caer en la cama.

Había pasado lo que su madre siempre se temía, lo que sus amigos habían previsto, lo que su editor le advertía cada vez que ella salía hacia una expedición. Sin embargo, llevaba años siendo fotógrafa y nunca había tenido un problema grave. Hasta ese momento.

## Capítulo 3

Tally no estuvo mucho tiempo sola. Su captor volvió enseguida con la bolsa y la cámara. Las dejó en la cama junto a ella y Tally las agarró como si fueran su único vínculo con el mundo exterior.

— ¿Por qué me las das? — preguntó ella mirándolo con perplejidad.

— Dijiste que la cámara no funciona sin tarjetas de memoria.

Ella rebuscó en la bolsa, aunque sabía que no encontraría ninguna tarjeta. Él se las había quedado. El placer de recuperar la cámara se empañó.

— No debería habértela dado. Debería haber protegido mis fotos.

— Daba igual que me la hubieras devuelto o no. La tarjeta que te llevaste de la cámara estaba vacía. Era nueva. Las cambié antes de dejar la cámara fuera.

Tally se apartó el pelo de la cara. Tenía tanto calor que quería gritar.

— No es verdad. Es un cuento.

— ¿Un cuento? — La miró fijamente a los ojos —. Me imaginaba que dirías eso.

Ella aguantó su mirada para demostrarle que no la intimidaba.

— Efectivamente, es lo que digo. Un cuento.

— No me ando con cuentos. Estaba poniéndote a prueba — sus ojos negros eran como brasas —. No la has superado.

— No me extraña. Para que lo sepas, es difícil congeniar contigo o con tu causa cuando desprecias completamente el trabajo y los sentimientos de los demás.

— No sabes bien con quién o con qué estás tratando, ¿verdad?

Ella lo sabía muy bien. Era un bandido y un secuestrador y no sería sensato provocarlo demasiado, pero estaba tan furiosa, que no podía pensar con claridad.

— No se pone a prueba a la gente.

— Claro que se hace. Es una buena estrategia. Hay que conocer los puntos fuertes y débiles de los demás.

— ¿Crees que conoces los míos?

— Creo que no eres digna de confianza — él apretó los labios —. Aunque hay poca gente que lo sea.

Ella apartó la mirada. Los ojos le abrasaban y esa artimaña le había dolido mucho. Él había jugado con ella, pero lo que más le dolía era su actitud.

— Tienes una forma espantosa de entender la vida.

— Es efectiva. Nos mantiene vivos a mi pueblo y a mí.

Se oyó una voz y el anciano de la noche anterior apareció con una bandeja llena de frutas, pan ácimo y unas tazas humeantes con té de menta. El hombre dejó la bandeja en la alfombra y desapareció.

Tair se sentó en la alfombra.

– Me acompañarás – no fue una invitación, sino una orden.

– No tengo hambre.

– Tienes que comer – replicó él mientras le señalaba la alfombra.

– Nunca había conocido un bereber más grosero – farfulló ella en voz baja, aunque supo que él la había oído.

– Los hay peores – replicó él mientras tomaba uno de los panes.

Ella también tenía que comer y beber, pero temía ponerse enferma.

– ¿Qué tengo que hacer para recuperar mis fotos?

– No quiero volver a hablar de ese asunto.

– Es importante...

– Ya no lo es. No vas a tomar fotos aquí.

– ¿Qué voy a hacer mientras esté aquí?

La miró inexpresivamente durante un buen rato.

– Nada.

– ¿Nada?

– No voy a obligarte a hacer nada. Estoy satisfecho de tener las tarjetas y puedo esperar.

– ¿A qué?

– A la verdad. Saldrá a la luz. Siempre sale a la luz.

– Es posible, pero puede tardar mucho tiempo.

– Así es. En ese caso, tendrás que aprender a disfrutar de la vida del desierto durante un tiempo indefinido.

– Indefinido...

– Salvo que quieras decirme la verdad en este momento, mujer.

– Ya te he dicho la verdad y no me llamo «mujer». Me llamo «Tally».

– Nunca había oído ese nombre. No es un nombre – un brillo perverso iluminó sus ojos y esbozó algo que parecía vagamente una sonrisa – . Te llamaré «mujer».

Ella sintió una rabia sin límites y no supo si fue por las palabras, el tono o el brillo de sus ojos.

– No contestaré.

– Lo harás.

– No lo haré.

– Lo harás – sus ojos era abrasadores –. Aunque tardes días o semanas – por primera vez la miró de arriba abajo –. O años.

Ella sintió que las mejillas le quemaban. Era el mismo calor que recorría sus venas.

– Años... no.

– Algún día me contestarás, mujer. Cuanto antes lo aceptes, antes mejorará tu vida.

Ella quiso tirarle algo. Las tazas de té, la bandeja, un almohadón... Era insoportable.

– Entonces, yo te llamaré «hombre».

– Eres muy impertinente para ser mujer – él dejó de sonreír –. Puedes llamarme Tair.

– ¿Por qué tú tienes un nombre y yo soy «mujer»?

– Porque yo te he traído aquí y soy responsable de ti. Eso te convierte en mi mujer.

– Eso no tiene sentido.

– Para mí sí lo tiene y con eso basta, puesto que estás en mi tribu y eres mía.

– Por favor, ¿podrías dejar de decir que soy tu mujer? No lo soy. No soy la mujer de nadie y no estaba espiándote ni nada parecido en la medina de El Saroush. ¿Por qué iba a espiarte? Ni siquiera sabía quién eras. Además, ¿Qué sentido tendría espiar a un grupo de hombres mugrientos a lomos de unos caballos.

– ¿Hombres mugrientos? – preguntó él entre dientes.

– Hasta tus caballos son mugrientos – insistió ella con los brazos cruzados.

– No es verdad – replicó él ardientemente –. Nuestros caballos son unos de los mejores caballos árabes del norte de África. Los criamos nosotros mismos.

– Están sucios. Todos estáis sucios...

– Tendrías que verte.

– ¡Me daría un baño si me dejaras! También me encantaría tener ropa limpia, pero me temo que no habrás secuestrado también un poco de ropa para mí.

– Voy a cortarte esa maldita lengua ahora mismo.

Ella debería haber tenido miedo, pero no lo tuvo. Él era enorme y aterrador, pero no parecía cruel ni un hombre que cortara lenguas impulsivamente.

– El asunto es que yo ni siquiera me había fijado en ti cuando estaba en el pueblo. Sólo me interesaban los niños que estaban jugando y sólo quiero que me dejes ir a Casablanca.

– ¿Por qué a Casablanca?

– Es la siguiente etapa de mi itinerario.

– ¿Tienes amigos allí? – le preguntó él con recelo.

– No. Estoy sola.

– Casablanca es un baluarte de los rebeldes.

– Estás un poco obsesionado con eso de los terroristas, ¿no? – le preguntó ella con un suspiro.

Él la miró fijamente durante un rato, le tomó la cara con una mano y le levantó la barbilla.

– ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta? ¿Más?

Ella intentó soltarse. No le gustaba que él la tocara. Hacía que sintiera un hormigueo.

– Acabo de cumplir treinta años – contestó ella débilmente.

– No llevas anillo – comentó él sin dejar de mirarla a la cara –. ¿Tu marido ha muerto?

– No he estado casada.

– ¿Nunca?

– No quiero un marido.

Él la soltó y bajó la mirada para esconder su expresión. Estaba evaluándola a ella y a la situación.

– No eres virgen, ¿verdad?

El tono de él había cambiado y ella no supo si era de impresión o de respeto, pero, fuera lo que fuese, le indignó. Su vida, su pasado, sus relaciones y, sobre todo, su vida sexual, eran asunto suyo y de nadie más. Y menos de un bárbaro del desierto.

– Tengo treinta años, no trece. Claro que he tenido relaciones y experiencias, pero he elegido seguir soltera. Así puedo viajar y hacer lo que quiero.

Tair seguía mirándola como si fuera extraterrestre o alguien fascinante por algún motivo. Tally no sabía si le gustaba esa expresión. La ponía nerviosa y hacía que se sintiera vulnerable.

– ¿Tus padres... viven?

Ella asintió con la cabeza y cierta rigidez. No sabía adónde quería llegar él y tampoco quería saberlo.

– ¿No se preocupan por ti? – insistió él.

– No – se sonrojó y lo miró a los ojos –. Quizá lo hagan un poco, pero ya están acostumbrados. Saben que soy así y trabajo en esto. Además, tienen otros hijos que les han dado nietos y esas cosas.

Tair se sirvió una taza de té.

– Te buscaré un marido.

– ¿Qué?

Él asintió con la cabeza antes de dar un sorbo de té.

– Necesitas un marido. Es lo correcto. Te encontraré uno. Te alegrarás.

– No.

A Tally le daba vueltas la cabeza. Él estaba completamente equivocado y a ella no le salían las palabras. Sólo podía dar bocanadas de aire.

– Las mujeres son como la fruta – dijo él mientras tomaba un dátil en la mano y lo exprimía delicadamente –. Las mujeres necesitan un marido e hijos o se secan.

Tally pensó que era imposible que él hubiera dicho que se secaban mientras exprimía un dátil. Era una pesadilla. La habían secuestrado, le habían quitado las fotos y querían casarla con algún bárbaro del desierto.

– Por favor, déjame que me marche a casa. Enmienda esto antes de que acabe mal.

– Me ocuparé de que tu marido sea el ideal. No te preocupes – esbozó lo que él consideraba una sonrisa y ella pudo ver sus dientes perfectamente blancos –. Come. A los hombres bereberes les gustan las mujeres con algo de carne. Con formas, no escuálidas como tú.

Tally notó que el pánico se apoderaba de ella. No podía seguir allí.

– Por lo menos tienes que beberte el té – Tair frunció el ceño –. Estás deshidratada. Puedo notar lo en tus ojos y en tu piel.

Tally no era llorona, pero estaba a punto de ponerse a llorar. No podía aguantar más.

– ¿No te gusta el té? – Insistió él con cierta desesperación –. ¿Prefieres agua?

– ¿Agua embotellada?

– Es agua del pozo – contestó él con perplejidad.

– ¿Está tratada?

Acababa de pasar una semana tomando antibióticos para combatir un parásito. Se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en las cuarenta y ocho horas que había pasado en el hospital de Atiq.

– Verás, no puedo tomar agua que no esté depurada. He tenido algunos problemas...

– Eres la mujer más delicada y melindrosa que he conocido.

– No soy melindrosa ni especialmente delicada...

– Asma, sofocos de calor, problemas con el estómago, deshidratación...

– ¡Yo no te pedí que me secuestraras! Si no te gusta que sea tan delicada, la próxima vez que vayas a secuestrar a una mujer entérate de cómo es.

– No vas a facilitarme la tarea de encontrarte marido – Tair sacudió pesarosamente la cabeza –. A los hombres no les gustan las mujeres tercas.

Tally estuvo a punto de soltar una carcajada. Él la llamaba terca...

—¿Sabes que tienes muy buen vocabulario para ser un bandido del desierto?

—Me gusta leer cuando no estoy saqueando un pueblo —Tair chasqueó los dedos—. Ahora, bebe. Ninguno de mis hombres se casaría con una moribunda.

—No me interesa ninguno de tus hombres.

—Te gusta mucho discutir.

—Tengo opiniones propias y, aunque no te lo creas, no suelo ser complicada. Tú sacas lo peor de mí. No había tenido un ataque de asma desde hacía años, hasta ayer. Lo tuve porque estuviste a punto de asfixiarme con esa espantosa capucha. Fue una crueldad.

—Ya me di cuenta —él arqueó las cejas—, pero al menos estuviste callada.

Ella se tapó la cara con las manos e intentó respirar profundamente para no oler la menta del té ni el olor a sándalo y humo de la piel de Tair. No podría pasar otro día en el desierto con aquel hombre.

—¿Te importaría marcharte? —le pidió a Tair casi a punto de llorar—. ¿Te importaría dejarme sola?

Él no contestó. Se quedó tan callado que, al cabo de un minuto, ella creyó que se había ido, pero al levantar la cabeza se encontró que él seguía sentado enfrente. No tenía una expresión compasiva, sino que tenía las mandíbulas apretadas y ese gesto que ya conocía de condescendencia y análisis.

—Bébetelo té —le dijo él con cierto cansancio—. Estamos en el desierto y el calor es muy traicionero. Tienes que estar hidratada si quieres vivir para hacer otra foto o para llegar a Casablanca —le brillaron los ojos mientras le acercaba la taza de té—, que en mi opinión está sobrevalorada.

Ella arqueó las cejas. ¿Era una broma? ¿Esa expresión seca e impasible era su concepto de una broma?

—No me fío del agua —replicó ella mientras rechazaba la taza de té—. Efectivamente, tengo sed y beberé, pero agua embotellada.

—¿Agua embotellada?

Ella no hizo caso de su tono de incredulidad. Él no entendía los problemas que había tenido por haber bebido agua en Atiq.

—Sí, agua embotellada. Se vende en las tiendas.

La miró con unos ojos que dejaban muy claro lo enfadado y ofendido que se sentía.

—¿Ves alguna tienda por aquí cerca?

—No, pero sí las hay en El Saroush.

—¿Estás proponiéndome que mande a alguien para que compre agua embotellada?



– Estoy proponiéndote que mandes a alguien para que me deje allí.

Él suspiró profundamente y se frotó las sienes con los dedos.

– Es una cantinela muy aburrida.

– No he hecho más que empezar – replicó ella entre dientes.

– Debería haberte cortado la lengua.

– No creo que te convenga – le espetó ella—. A lo mejor no le gustaba a mi nuevo marido...

– Tienes razón. Podría rebajar tu precio como novia. Así que muérdete la lengua y bébete el té o te lo meteré a la fuerza.

Él le puso la taza delante de la cara y Tally la tomó.

– Si me bebo el té, ¿te marcharás?

Él la miró a los ojos con media sonrisa que indicaba satisfacción por la batalla que estaban librando.

– Sí.

– Si me muero de disentería, ¿me prometes que me enterrarás cristianamente?

– No puedo prometértelo, pero llevaré tus cenizas a Casablanca.

Tally no sabía si tranquilizarse o preocuparse más por la leve sonrisa de Tair.

– De acuerdo, me lo beberé, pero luego te irás.

Se bebió el té. Le espantó el sabor amargo, pero agradeció el líquido. Tenía la garganta reseca y una taza no sería suficiente, pero era un principio.

– Ya está.

Ella se levantó. Tair también se levantó y la miró desde su imponente altura.

– Por cierto, es posible que seamos unos bárbaros y unos bandidos mugrientos, pero siempre hervimos el agua. El agua de la ciudad puede tener parásitos, pero la mía no.

Tair se marchó con una sonrisa. Tally agarró un almohadón y se lo puso en la cara para gritar de desesperación. No podía retenerla allí y mucho menos buscarle un marido. Se estremeció de espanto. No podía comunicarse con nadie y nadie se preocuparía si desaparecía de la faz de la tierra.

Se había criado en un pueblecito junto a las montañas Cascade, en el Estado de Washington. Se quedó en North Bend más tiempo del que le habría gustado, pero cuando se marchó, se fue muy lejos. Su madre solía decir que las únicas noticias que tenía de ella eran las felicitaciones navideñas que le mandaba y donde le contaba todos sus viajes.

En su momento, Paolo habría sido el único que se habría preocupado. Él le había enseñado a escalar y a navegar, así como a no tener miedo y a afrontar sus temores. Pero después de tantos años sin él, ella no había intentado reemplazarlo. El amor era un asunto complicado para ella y ya había tenido bastante con una

experiencia. No quería decir que se hubiera casado con Paolo, pero si se hubiera casado, algo casi imposible, habría sido con él.

Tally dejó el almohadón en la cama e hizo un esfuerzo para comer mientras intentaba recordar con quién había hablado por última vez y a quién había mandado los últimos correos electrónicos desde Atiq.

¿Sabría alguien que seguía en el norte de África? Quizá lo supiera su editor, pero hacía semanas que no se comunicaban. La comunicación no era su especialidad. Le encantaba sacar fotos, pero no le gustaba escribir y sus correos electrónicos se limitaban a un par de líneas para decir dónde estaba. Se quedó mirando la bandeja con comida. Iba a pagar caro esa dejadez.

El anciano apareció en la entrada de la tienda y le dijo algo que ella no entendió. Sin embargo, él entró en la tienda con una bañera de cobre relativamente grande. Dejó la bañera sobre la alfombra y le indicó que se iría, pero que volvería. Cuando volvió, lo acompañaban tres hombres con cántaros llenos de agua.

Podría darse un baño. Tair había aceptado algo que ella había dicho. Emocionada, observó al anciano que llenaba la bañera con agua caliente y que le dejó una pastilla de jabón antes de marcharse. La bañera no era muy profunda, pero el agua estaba caliente y tenía un jabón con olor a aceite de oliva y cítricos. Se lavó el pelo y se enjabonó a conciencia. Cuando se aclaró, el agua ya estaba casi fría, pero ella se sentía maravillosamente bien, hasta que se dio cuenta de que sólo podía ponerse su ropa sucia. Se la puso con resignación y se pasó los dedos por el pelo para apartárselo de la cara. Miró alrededor y comprendió que estaba harta de la tienda de campaña. Sólo llevaba un día allí y ya la detestaba. Saldría a recorrer el campamento.

En cuanto salió, Tally notó que todos los hombres la miraban. Era evidente que censuraban que anduviera por allí, pero ninguno le dijo nada ni se dirigió hacia ella.

El campamento era mayor de lo que parecía a primera vista. Había más de una docena de tiendas de campaña y las más grandes estaban abiertas y con alfombras y almohadones por el suelo. Tally supuso que serían las tiendas donde se reunían los hombres para comer y relacionarse.

Un perro callejero y cojo empezó a seguirla. Ella pensó quitárselo de encima, pero decidió que agradecía la compañía. Era su primer amigo. Se agachó y le rascó detrás de una oreja.

—Si pudiera usar mi cámara, te sacaría una foto. Pobrecito, tienes un aspecto tan malo como este campamento.

El campamento era pobre, desolado y deprimente. Volvió a echar de menos su cámara porque le habría gustado fotografiarlo. Habría sacado fotos increíbles de las tiendas con el fondo de las dunas del desierto y los camellos. En ese momento, oyó una voz que ya le resultaba conocida. Era el anciano que corría hacia ella con una tela de algodón enrollada en el brazo. Tally no lo entendía, pero cuando él extendió la tela y mostró una túnica, ella comprendió que quería que se tapara.

—No, gracias —ella sacudió la cabeza y agitó las manos—. Estoy bien así.

Él, sin embargo, insistió y cuanto más insistía, más se resistía Tally a ponerse la túnica y a cubrirse la cabeza.

—No —se negó ella con firmeza mientras se preguntaba dónde estaría Tair, al que no había visto por ningún lado—. ¿Tair? —le preguntó al anciano.

El hombre la miró sin entenderla y volvió a levantar la túnica.

—Tair —repitió ella que se puso de puntillas y levantó la mano para indicar la altura de Tair.

El hombre pareció más desconcertado y Tally quiso arrancarse el pelo de desesperación.

—¡Tair! —gritó ella mientras abría los brazos para indicar su tamaño.

El hombre la miró atónito y ella, en ese preciso momento, vio un caballo ensillado y abandonado. Podría escapar. Era una insensatez, pero sólo quería escapar pasara lo que pasara. Se montó, agarró las riendas y espoleó al caballo. Él la miró de una forma curiosa antes de salir disparado. Galoparon por la arena. A Tally se le salía el corazón del pecho. Era un disparate, pero no se volvió para mirar hacia atrás ni desaceleró. Se sentía como si estuviera dirigiéndose a toda velocidad hacia su propia vida o, mejor dicho, como si estuviera escapando a toda velocidad de la vida que la esperaba. No permitiría que nadie manejara su vida o su destino. Había pasado años renunciando a sus ilusiones y esperando algo, pero ya no podía seguir esperando. Cegada por el sol y abrasada por el calor, intentó sujetarse mejor. No estaba acostumbrada a esa silla y una parte de su cabeza le decía que tenía que ir más despacio, pero la otra parte estaba desenfrenada y siguió a la misma velocidad de vértigo. Quizá si su pasado hubiera sido distinto, si sus vivencias hubiesen sido distintas, podría haberse quedado en el campamento a esperar, pero ya no sabía esperar, sobre todo cuando se había pasado toda la vida esperando.

No era hija única, era la mayor de cinco hermanos. Había tenido muchas responsabilidades. En realidad, había sido la responsable de casi todo.

Desde muy pequeña, había llevado e ido a buscar al colegio a sus hermanos y hermanas menores, les había dado de comer y los había vestido desde que su madre tuvo que ponerse a trabajar después de que su padre tuviera una grave lesión de espalda que lo dejó postrado en cama. Tally supervisaba las tareas de sus hermanos, las comidas, la compra y la colada. Ya de adolescente, Tally soñaba con dejar la casa, con escapar de la presión y las responsabilidades, pero cuando terminó el colegio, la salud de su madre fue empeorando y Tally comprendió que no podía marcharse. No podía abandonar a sus hermanos pequeños ni a unos padres que la necesitaban. Al no poder escapar en la vida real, se escapaba mentalmente gracias a los libros, las películas y las fotografías.

Hasta que su hermano menor, Jude, fue al instituto, ella no se permitió soñar con la posibilidad real de marcharse. Cuando Jude cumplió dieciséis años, ella se dio cuenta de que el pequeño ya era suficientemente grande y fuerte como para cuidar de sí mismo.

Sus padres le suplicaron que no se fuera, le dijeron que todavía la necesitaban, pero ella tenía veintiséis años y, durante los últimos diez años, no había hecho otra cosa que ocuparse de los demás. Iba a marcharse, iba a dar ese giro decisivo, aunque fuera lo último que hiciera.

Tally, al ver la enorme extensión de arena que tenía por delante, pensó que ese giro decisivo podría matarla. Además, ¿qué hacía ella en Baraka, Ouaha o como se llamara ese sitio?

No se dio cuenta de si se resbaló o el caballo tropezó, pero de repente se encontró en el suelo mientras el caballo se alejaba. La caída la dejó sin respiración, pero el calor de la arena hizo que se levantara de un salto. Temblorosa y con los ojos empañados de lágrimas, se limpió la arena de la cara. Sintió un arrebato de pánico, pero lo contuvo. Las lágrimas no iban a solucionar nada. Hizo acopio de fuerzas y se puso en marcha en la misma dirección que el caballo. Era relativamente fácil seguir sus huellas. Caminó bajo el sol abrasador. Era lo que había hecho durante los últimos cinco años. Desde que dejó su casa había vivido con una mochila a la espalda y recorrido los rincones más inhóspitos del mundo. Tally nunca se había preguntado por qué se había hecho fotógrafa de niños. Fue el primer trabajo que consiguió en Seattle, pero ¿por qué bebés y niños pequeños? ¿Por qué niñas y niños entre la infancia y la adolescencia? Entre ráfagas de arena, Tally se dio cuenta de que no había sido casualidad. Fotografiaba caras de niños para aprender. Ella no había tenido una verdadera infancia. No había tenido tiempo de disfrutar con los juegos, no había tenido vestidos bonitos, no había dado clases de ballet ni había patinado sobre hielo. Sus padres no tenían dinero y, además, la necesitaban en todo momento. Notó un nudo en la garganta, pero no le dio mucha importancia, ni siquiera cuando observó que el horizonte se oscurecía a ojos vista. Hacía unos momentos, el horizonte ya estaba oscuro por la arena que se arremolinaba, pero no era tan aterrador. Se dio cuenta, con espanto, que iba hacia una tormenta de arena.

## Capítulo 4

Tally se dio la vuelta y miró hacia atrás mientras se preguntaba cómo podría ponerse a cubierto. La nube de arena crecía como si el cielo se hubiera vuelto marrón. Notó el peligro, el silencio abrumador que presagiaba la fatalidad. No se oía nada salvo la quietud del desierto, que para ella era un estruendo. Pensó que era como un monstruo que respiraba. También pensó que era su fin y que ni siquiera tenía la cámara. Intentó reírse por esa ocurrencia, pero la risa se le atragantó al ver el muro de arena que se acercaba a toda velocidad.

Súbitamente, oyó los cascos de un caballo. Se volvió y vio la sombra de un caballo negro con un hombre como Tair que se inclinaba, la agarraba con un brazo y la colocaba en la silla de montar delante de él. En ningún momento frenó un poco, se limitó a empujarla contra el cuello del caballo y a cubrirla con su cuerpo mientras corrían para salvar sus vidas y escapar del monstruo de arena. Cabalgaban hacia un saliente de rocas. Tally lo había visto a lo lejos, pero no lo había tenido en cuenta. Sin embargo, al acercarse, vio que entre las rocas había aberturas como pequeñas cuevas. Tair se dirigía hacia allí. La arena empezaba a cortarle la piel y Tally se tapó la boca y la nariz.

— ¡Entra! — gritó Tair.

Casi la tiró contra la grieta y, si bien a ella le aterraban los escorpiones y las serpientes, pensó que los prefería a la tormenta de arena. Tally se arrastró adentro y Tair la siguió mientras agarraba con fuerza las riendas para que el caballo no escapara. Tally, aprisionada entre la roca y el cuerpo de Tair, cerró los ojos y oyó el bramido de la tormenta. Si Tair no hubiera salido en su busca... Los ojos le abrasaban y, pese a tener los párpados cerrados, notó que derramaba unas lágrimas. No quería vivir de aquella manera. Quería ver el mundo y tener aventuras, pero sin tener que dar cuentas a nadie. Sin depender de nadie. Sin necesitar nada de nadie. El caballo estaba muy inquieto.

— Tu caballo está disgustado — comentó ella.

— No es el único — replicó Tair.

La cueva estaba oscura, pero pudo distinguir los rasgos de Tair. No estaban crispados, sino que transmitían firmeza. Tally tragó saliva al notar la cercanía de su cuerpo. Él se apoyaba en los brazos para no aplastarla y, aunque no la tocaba, ella se imaginó sus manos sobre su cuerpo, sus dedos que le recorrían la espalda. Sería abrasador. Notó una punzada de deseo en las entrañas y el calor que le recorría todo el cuerpo. Se estremeció y se preguntó si Tair se habría dado cuenta. Cerró los puños e intentó racionalizar lo que sentía. Tenía que distinguir entre atracción y mera adrenalina. Esas cosas podían pasar. El propio Paolo le había dicho que muchos hombres y mujeres se enamoraban en situaciones peligrosas por una alteración de las hormonas. Tally se dijo que se trataba del peligro, de la tensión entre Tair y ella, de la tormenta, el ruido, el calor en la cueva.

— ¿Qué tal dormiste anoche? — le preguntó Tair a gritos.

– Muy mal y lo sabes.

Él esbozó una sonrisa y le apartó el pelo de la cara.

– Diste un buen espectáculo anoche. Mis hombres estaban maravillados.

Ella dio un respingo al notar el contacto de sus dedos.

– Me alegro de haberlos entretenido.

Él sonrió más. Se había afeitado. Su cara parecía de bronce pulido y resaltaba sus pómulos altos y su nariz firme y aristocrática.

– Tu futuro marido estará muy ocupado contigo.

– No me interesa.

El caballo se movió y empujó a Tair contra ella. Tally se estremeció al notar sus caderas y su pecho.

– Estoy seguro de que encontraremos a un hombre que pueda manejarte. Se necesitará un hombre muy especial...

– No me hace gracia.

Él era sólido y cálido y eso la desconcertaba. Como la desconcertaba esa atracción. No podía desearlo. Era un disparate, como lo era toda la situación. Ella quería libertad y eso no era libertad, pensó mientras el cuerpo de él la tocaba donde menos debía. No podía vivir en su mundo, ni siquiera podía sentirse tentada por él. Con una mano temblorosa, se tapó los ojos para ignorarlo. La cueva era pequeña y él la atormentaba con su cuerpo, pero había pasado por situaciones más peligrosas que ésta. Sólo tenía que mantener la calma.

El caballo volvió a moverse y esa vez la rodilla de Tair avanzó y se colocó entre las de ella. Notó el muslo duro y cálido contra ese punto tan sensible. Era aterrador y excitante. Abrió la boca para balbucir. Su cabeza rechazaba esa intimidad, pero su cuerpo quería más. El estruendo apagó cualquier sonido.

Ella se puso rígida.

Levantó la mirada y se encontró con los ojos de Tair. Estaba sonriendo.

– Quizá, si encuentras el hombre adecuado, acabes disfrutando con nosotros. Quizá no quieras volver a tu país...

Tally no pudo responder. Negó con la cabeza y miró hacia otro lado. No se quedaría allí. Nunca pertenecería a un bereber.

Tally no supo el tiempo que estuvo en esa cueva ardiente y con gotas de sudor entre los pechos y toda la piel mojada, pero el ruido cesó y Tair soltó las riendas del caballo para que retrocediera lentamente. Tally vislumbró un trozo de cielo azul. La tormenta había pasado.

Salieron de la cueva y Tally se estiró. Tair la montó en el caballo y luego se montó detrás de ella. Salieron disparados en dirección al campamento.

– ¿Tus hombres estarán bien? – le preguntó Tally al ver las tiendas de campaña medio cubiertas por la arena.

—Seguro —contestó él lacónicamente mientras frenaba al caballo—. Tú eres la única que ha estado en peligro.

Los hombres los rodearon cuando descabalaron. Tair contestó algunas preguntas mientras la arrastraba hacia su tienda. Una vez en la tienda de Tair, la sentó en una silla que había delante de una mesa muy sencilla.

—¿Te has vuelto loca? —bramó él en jarras—. ¿Qué pensabas hacer?

—Escaparme.

—Fue una estupidez.

—Retenerme aquí es peor.

—Retenerte aquí es mantenerte a salvo. No voy a consentir que te escapes, que corras peligros y que haya que buscarte. Comportate como una mujer de tu edad.

—¿Por qué no dejas de hablar de mi edad?

—Porque no eres una niña. Eres una mujer en edad de tener hijos...

—¡No hables de mi edad!

—No puedo dejar de hablar.

—¿Por qué? No es asunto tuyo. Nada de lo que hago es asunto tuyo.

—Te equivocas. Todo lo que haces en mi país es asunto mío —Tair se sentó en un taburete enfrente de ella—. Además, ¿adónde ibas?

Ella intentó echarse hacia atrás para evitar su proximidad. Él tenía el pelo y las cejas cubiertos de arena y le daban un aire indómito. Como un pirata del desierto.

—A buscar ayuda —respondió ella.

—¿Ayuda?

—Policía, protección...

—¿Protección de quién? —rugió él.

—¡De ti!

—Yo te protejo. Yo te salvé de los rebeldes. Te salvé de gente muy violenta.

—Lo siento, pero tú eres el único hombre peligroso que he conocido en el norte de África.

—¿Quién va a protegerte de mí? —le preguntó él con tono de rabia.

—El gobierno de Ouaha.

—El gobierno —repitió él con una mirada indescifrable—. Yo soy el gobierno.

—Eres un caudillo del desierto.

—Sí.

—Tiene que haber alguien por encima de ti, con más autoridad.

Él se limitó a mirarla.

— ¿No hay un sultán o un rey? — preguntó ella—. Alguien por encima de un jeque...

— Hay uno que lleva el título de sultán de Ouaha, pero no es de los nuestros. Es un jeque bereber de Baraka y él y su familia han ofrecido su amistad a Ouaha, pero no tienen autoridad aquí.

— ¿No respondes ante él?

— No respondo ante nadie.

— Sin embargo, si yo acudiera a ese sultán, él me ayudaría, ¿no? No permitiría que tuvieras una rehén estadounidense.

— Primero, no podrías hablar con el jeque Nuri porque vive en Londres y, segundo, si pudieras hablar con él de alguna forma, nunca iría en contra de mis deseos. Hemos luchado mucho juntos. Él confía en mi juicio y yo en el suyo.

— Entonces, ¿Cuánto tiempo piensas retenerme aquí?

— ¿Para siempre? — Tair se encogió de hombros.

— ¿Vas a vestirme y alimentarme para siempre? Eres muy generoso.

— No tanto. Es posible que no vivas mucho tiempo. El desierto es un sitio peligroso.

— ¿Es una amenaza?

— No necesito amenazas. Aquí, mi palabra es la ley. Consigo todo lo que quiero.

— Tiene que ser una sensación maravillosa.

Él sonrió levemente, pero su mirada se mantuvo hostil.

— No es una fanfarronada. Es la realidad.

— ¿Qué haces exactamente? ¿Cuáles son las funciones de un jeque?

— Imagínate un reino pequeño.

— Tú eres el rey.

— Efectivamente. Tengo la última decisión y ahora decido que vuelvas a tu tienda de campaña, te des un baño y te comportes como una mujer.

Una vez solo en su tienda, Tair se bañó, se lavó el pelo y se puso unos pantalones limpios y una camisola amplia. Tendría que hacer algo con esa mujer. Después de lo que había pasado, había muchas habladurías en el campamento y casi todas de ella. A él no le gustaban las habladurías ni las conjeturas sobre el tipo de mujer que era o cómo sería en la cama. En su cultura, los hombres no hablaban de mujeres, salvo que fuera extranjera y entonces se daba por supuesto que estaba disponible para cualquiera. En su cultura, las mujeres se casaban jóvenes para salvar su reputación. Tair se daba cuenta de que ella no era de su cultura y él conocía la



educación occidental, pero en ese momento, ella estaba viviendo allí, entre sus hombres. Él tenía que protegerla y sabía cómo hacerlo.

Tally iba de un lado a otro de la tienda. No se bañaría ni se cambiaría. No haría nada que él le ordenara. Sólo haría lo que ella quisiera. Él podría amenazarla con matarla de hambre, le daba igual. Quizá algún día escribiera un libro que fuera un éxito de ventas. Miró hacia la entrada de la tienda, que estaba bien atada para que no pudiera escaparse. Le daba igual que Tair fuera el emperador de todo el desierto, acabaría detestando tenerla encerrada. Le haría la vida imposible. Estaba furiosa y eso era mejor que estar asustada. Hacía años hizo la promesa, con ayuda de Paolo, de afrontar el miedo con la acción. Así escaló montañas y aprendió a volar. Si pudiera estar tranquila de verdad... Por dentro era una furia, pero eso, a veces, ayudaba a salir adelante. Suspiró. Quizá en ese caso la furia complicara más las cosas. Se tumbó en la cama y miró al techo.

Pasaron unos minutos que le parecieron horas. El sol no se había puesto todavía. La noche sería interminable. Estaría sola y volvería a enloquecer. Si le devolviera la tarjeta de memoria, si pudiera hacer fotos... Necesitaba mantener la mente ocupada, si no, acabaría perdiendo la cabeza. Estaba aburrida y sola. Detestaba estar sola y el vacío que sentía por dentro. Incluso preferiría la compañía de Tair.

—Deberías intentar meditar —la profunda voz de Tair, teñida de cierto sarcasmo, rompió el silencio.

—¿Meditar? —Tally se sentó bruscamente.

—Viene bien —aclaró él con amabilidad.

Ella sintió un hormigueo en el estómago que le pareció detestable. ¡Se alegraba de verlo!

—¿Por qué?

—Eres la persona menos sosegada que he conocido —contestó él con una sonrisa, como si disfrutara con su desgracia.

—No quiero ser sosegada; quiero marcharme.

—No vas a marcharte, así que podrías relajarte —él miró la bañera—. No te has bañado.

—No tenía ganas.

—¿Te gusta estar sucia?

Tally estuvo a punto de hacer otro comentario sobre la suciedad de su campamento, pero se lo pensó mejor.

—Si me dejas sola, me bañaré ahora.

—Te doy cinco minutos.

– ¿Por qué tan poco tiempo?

– Porque la cena está preparada y esta noche voy a cenar contigo.

Tally se bañó rápidamente. Sobre todo porque el agua estaba fría. Estaba peinándose cuando apareció el anciano con la cena.

Tally se sentó enfrente de Tair. Tres velas bastante gruesas habían sustituido al farol. La comida era sencilla, un guiso con cuscús y un poco de pan ácimo, pero estaba hambrienta y se lo comió casi todo. Levantó la mirada y comprobó que él la miraba con media sonrisa.

– Me alegro de verte comer.

– Claro, crees que estoy escuálida.

– No te hizo gracia, ¿verdad? – él hizo una mueca como si se burlara de sí mismo.

– No.

– Eres muy susceptible – esa vez se rió ligeramente.

– Tengo opiniones propias.

– Ya lo he notado – él no estaba enfadado, parecía indulgente.

Las miradas se encontraron y ella notó que las mejillas le abrasaban. Se inclinó hacia delante, sobre la mesa con las velas.

– ¿Podemos empezar otra vez? – preguntó ella.

Tair se reclinó sobre los almohadones.

– ¿Por qué íbamos a empezar otra vez?

– Las cosas no han ido bien y he pensado que nos atañe a los dos...

– ¿Atañe...? – Le interrumpió él con una ceja arqueada—. Hacía años que no oía esa palabra. Creía que ya no se usaba.

Tally apretó las mandíbulas. Él era especialista en fastidiarle la buena disposición.

– No sé por qué no iba a usarse. Es una palabra preciosa.

– Efectivamente, lo es.

Tally apretó con fuerza la taza de té que tenía en la mano. ¿Por qué tenía la sensación de que disfrutaba con su compañía? ¿Por qué, incluso, lo había echado de menos hacía un rato?

– La cuestión es que no hemos empezado con buen pie y creo que sería buena idea volver a intentarlo – Tally eligió cuidadosamente las palabras—. Formarnos una primera impresión nueva.

– ¿Por qué?

Ella tenía la sensación de no poder escapar a la intensidad e insistencia sus ojos oscuros. Aunque no la tocara, volvía a notar la vehemencia que brotaba entre ellos.

—No te entiendo —Tally tragó saliva para intentar aplacar su corazón desbocado—. No te entiendo en absoluto.

—¿Qué quieres entender?

—Te he dicho que soy fotógrafa —lo miró fijamente y con impotencia—. Te he dicho que no trabajo para nadie. Has tenido la oportunidad de ver mis fotos, pero parece no interesarte. Te niegas a ayudarme y sólo tú puedes hacerlo.

—Te he ayudado —replicó él sin alterarse—. Siempre lo haré.

—¿Cómo? —Tally no pudo evitar la perplejidad.

—Además —siguió Tair sin contestar la pregunta de ella—, ¿para qué íbamos a formarnos una impresión nueva si la que tenemos puede ser acertada?

—A lo mejor no lo es. Puedes pensar algo de mí que no es...

—Lo dudo.

Ella frunció el ceño. Era increíble la facilidad que tenía él para darle dolor de cabeza. El problema de Tair era que estaba demasiado seguro de sí mismo. Encima, su físico era imponente, como si estuviera tallado en una piedra del desierto, inexpugnable. No sólo era alto, era grande y fuerte, como lo eran los guerreros. Sus manos también eran enormes y su piel parecía de bronce. Sin embargo, parecía un bárbaro por su pelo tupido, negro y largo. Debería cortárselo o, por lo menos, apartárselo de la cara, pero él no se molestaba en hacerlo, aunque se había afeitado.

—Tair, no soy lo que crees que soy —le dijo ella con un tono casi suplicante.

—¿Qué creo que eres?

—¡Una espía!

Tair se rió entre dientes y con la cara tapada por el pelo.

—¿Tienes algo que alegar?

—Claro que no soy espía. ¡Mi cámara está bien, pero ni siquiera es el último modelo!

Lo detestaba, aunque también lo encontraba espantosa y alarmanamente atractivo. Si por lo menos no le encantaran los hombres altos y morenos... Si Paolo hubiera sido rubio y delgado... Sin embargo, Paolo había sido brasileño, rudo, fuerte y atractivo. Aunque Tair era algo más que rudo y musculoso; era algo más que casi todo.

—¿Por qué tienes un vocabulario tan bueno? —Le preguntó ella con desesperación—. Hablas inglés perfectamente.

—Voy aprendiendo por aquí y por allí. Pero háblame más de las primeras impresiones. ¿Por qué crees que son equivocadas?

Tally se dio cuenta de que había cambiado de conversación, de que había vuelto a centrar la atención en ella. Él no hablaba de sí mismo, aunque había muchas cosas que a ella le gustaría saber. ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? ¿Desde cuándo era jeque?

—Quieres que desvele cosas de mí, pero tú no dices nada de ti.

– Yo ya me conozco, pero no te conozco a ti.

– Yo tampoco te conozco a ti.

– Es mejor así – él sonrió y mostró unos dientes blanquísimos—. ¿Desde cuándo eres fotógrafa?

– Desde hace unos siete años.

– ¿Cómo empezaste?

– En el instituto ya me gustaba la fotografía y participé en el anuario, pero la dejé durante la universidad. Luego, con veintipocos años conseguí un trabajo en un estudio fotográfico. Hacía muchos retratos familiares y de bebés en alfombras, pero me gustaba preparar las sesiones, me gustaba el lado fotográfico. Una cosa llevó a otra y aquí estoy.

– En el norte de África.

Él parecía divertido y Tally volvió a darse cuenta de que tenía cierto sentido del humor.

– El trabajo en el estudio se hizo aburrido y agobiante. No me gustaba trabajar en un sitio tan cerrado. Me gustaba ser libre para ir de un lado a otro.

– ¿Fuiste muy libre de niña?

Tally se acordó de su infancia y su estado de ánimo cambió inmediatamente. No quería acordarse del sitio que la había enclaustrado y había limitado sus oportunidades.

– No – contestó ella cortantemente, pero enseguida cambió de tono—. Era la mayor de una familia numerosa y no tuve mucha libertad, sólo tuve responsabilidades.

– Háblame de tu familia.

Tally no quería hablar de su familia. Había sido una familia pobre y sin recursos, pero le había enseñado muchas cosas. Los pobres detectaban el hambre; sentían el cansancio; oían el miedo; oían la desesperación.

Tally no quería volver a ser pobre ni desamparada. Quizá no fuera rica siendo fotógrafa, pero podía valerse por sí misma.

Pensar en su familia la deprimía, era mejor mirar hacia delante.

– Me crié en el Estado de Washington, cerca de las montañas Cascade. Llueve mucho y siempre ves alguna montaña, algún lago o un río. Es precioso e impresionante.

– Entonces, ¿por qué te fuiste?

– Porque me crié allí, pero no me parece mi hogar...

– ¿Por qué? – le interrumpió él con insistencia.

– Porque no.

– ¿Por qué?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

—Necesito... quiero... —ella suspiró con cansancio—. Siempre necesito cambios.

## Capítulo 5

—Sin embargo, todo te iba bien allí —la miró con los ojos entrecerrados.

—No —ella frunció los labios ante la insistencia de Tair—. Hacía años que no iba bien. Por eso empecé a viajar, ¿de acuerdo?

—¿Vas a casa de tu familia cuando vuelves a Washington?

—Ni hablar. Tengo un apartamento en Seattle, en Pioneer Square. Un barrio con muchas galerías de arte.

—¿Tienes una galería?

—La tuve.

—¿Qué paso?

—La vendí para venir aquí.

Había llegado a tener cierto éxito comercial y de crítica como fotógrafa, pero no le gustaba el trabajo en el estudio. Necesitaba más dificultades y riesgos. Paolo decía que necesitaba las dificultades y los riesgos porque huía de sí misma, algo que a ella le molestaba mucho, pero tenía algo de razón. Seguía intentando entender el significado de la felicidad y, a veces, era un concepto muy complicado.

—Quiero que me devuelvas las tarjetas de memoria —dijo ella secamente y con lágrimas en los ojos—. Ya sé lo que me has dicho, pero no lo acepto. No puedo permitir que te las quedes o las borres. He pasado semanas en Egipto, Marruecos y Baraka fotografiando niños. No estoy dispuesta a perder meses de trabajo porque a ti no te gusten —tomó aliento y se enjugó las lágrimas antes de que cayeran—. Si no me las das antes de que salga de aquí, diré a todo el mundo lo que has hecho. Lo contaré en todas las revistas y páginas de Internet. Diré que me secuestraste, me amenazaste, me intimidaste, me quitaste las fotos...

—¿Sabes que mi cultura no aprueba las representaciones de personas? —le preguntó él con tono tranquilo.

Ella se quedó en silencio y él se inclinó hacia delante con una mirada intensa.

—Eso se hace extensivo a las fotos —siguió él—. La mayoría de nuestra gente siente aversión por las fotos y las cámaras.

—A nadie le importó que le hiciera una foto —replicó ella con un hilo de voz.

—¿Estás segura? ¿No has sobornado para conseguir las fotos que querías? ¿No has dado dinero a unos y otros?

—Mi trabajo no explota a nadie...

—Fotografías niños y jóvenes.

—Es un libro sobre la infancia y su tránsito.

– ¿Qué te hace pensar que puedes venir aquí y fotografiar a nuestros niños? Las familias no tienen fotos de sus hijos. Las pocas fotos que tenemos son retratos que conmemoran ocasiones especiales.

– No lo sabía. En cualquier caso... – Tally se apartó el pelo de la cara y se lo pasó por detrás de la oreja –. Tair, entiendo tu recelo hacia mí y hacia los niños de mi libro, pero hay casi trescientas fotos en esa tarjeta. Esos niños no te pertenecen y he dedicado más de un año a ese trabajo. Tengo que acabar el libro.

Él no dijo nada y se hizo un silencio interminable.

– ¿Por qué no dices nada? – le preguntó ella.

– No tengo nada que decir.

– Puedes decirme que me devolverás las tarjetas de memoria. Puedes decirme que has cambiado de idea. Puedes decirme que pronto podré seguir con mi trabajo...

– Pero no es verdad, ¿cómo iba a decírtelo?

– ¡No puedes decir que vas a retenerme aquí! – Tally cerró los ojos y se tapó la cara con las manos para ocultar las inminentes lágrimas –. No quiero quedarme aquí.

– Algunas veces, necesitamos precisamente lo que no queremos.

– ¡Seguiré escapándome!

– Y yo seguiré trayéndote de vuelta.

– ¿Por qué?

– A lo mejor es porque te quiero para mí.

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría. Ella parpadeó y se quedó boquiabierta. Tair se levantó lentamente y Tally lo miró con el corazón en la garganta al darse cuenta de que iba a agarrarla. El pulso se le aceleró y cerró los puños aunque un extraño deseo se apoderó de ella. No podía hacerlo. Era un disparate. Todo aquello era un disparate.

– Por favor, márchate – balbució ella mientras se levantaba de un salto y retrocedía –. Por favor, vete.

Pero él no se marchó, Tally lo esquivó y fue al lado de la mesa donde había estado él. Se tropezó con uno de los almohadones en los que se había reclinado Tair, que se acercó y lo apartó de una patada. Entonces, ella vio un resplandor plateado y se dio cuenta de que era una daga labrada que se le debía de haber caído a él. No era muy grande y tenía una empuñadura incrustada de joyas, pero la hoja era muy brillante y afilada. Miró a Tair y luego al cuchillo. Podría ser su salvación. Pisó la daga para ocultarla; le daba valor.

– No sé qué quieres de mí. Creo que ni tú sabes lo que quieres de mí. Reconoce que has cometido un error y libérame antes de que sea tarde.

– No fue un error – contestó él cruzado de brazos y con los ojos entrecerrados.

—Sin embargo, lo es. No soy un objeto que puedas poseer. No viviré aquí, aunque es posible que muera aquí.

—Tal y como estás comportándote, efectivamente, es posible, pero también podrías vivir muy bien.

—Jamás.

Si moría allí, sería porque no le había quedado otra alternativa. Sin embargo, todavía tenía alguna posibilidad. Podía luchar. En ese momento, sólo le importaba la supervivencia. Tally, espoleada por la adrenalina, se agachó, agarró la daga y la escondió detrás de ella.

—Pareces incómoda. ¿Te pasa algo en el brazo?

Ella apretó con fuerza la empuñadura. Aquello podría acabar muy mal, pero tenía que intentarlo. Tenía que hacer cualquier cosa menos quedarse cruzada de brazos. Él se equivocaba mucho si pensaba que iba a rendirse dócilmente y renunciar a sus sueños, sus metas y la idea que tenía de sí misma. Los ojos le abrasaban. Nunca había herido a nadie, pero lo heriría a él si tenía que hacerlo y tenía que hacerle entender que hablaba en serio. ¿Qué pasaría si lo mataba? El corazón le dio un vuelco. Él era el culpable de esa pesadilla. Él la había capturado. Si tenía que morir, que así fuera. Tragó saliva con la esperanza de que él se diera cuenta de que aquello podría acabar muy mal para los dos.

—No me pasa nada en el brazo, sólo sujeta un arma —contestó ella sin alterarse.

—¿Un arma? —él sonrió levemente—. Entiendo. Has encontrado mi cuchillo.

Ella comprendió que él sabía que se le había caído el arma. Paolo le había enseñado a usar un cuchillo.

—No te muevas.

Él rodeó la mesa para acercarse a ella.

—¿Qué podría pasar?

—Te mataré —ella le apoyó la punta del cuchillo en el pecho con una mano temblorosa—. Si vuelves a moverte, te juro que te mataré.

Tair no parpadeó y se limitó a mirarla con cierta suficiencia.

—Aparta eso.

—No.

—Vas a hacer daño a alguien.

—Sí, a ti.

Él la agarró de la muñeca tan rápidamente, que ni lo vio y, con un movimiento brusco, hizo que ella soltara el cuchillo. Tair la soltó y ella se agachó para recoger el cuchillo del suelo. Tair suspiró y se abrió la túnica.

—Si te empeñas —él se desabotonó lentamente la camisa—, te lo pondré más fácil.



A ella le tembló el pulso al ver su piel bronceada atravesada por una cicatriz que iba del esternón hasta su tetilla izquierda.

– Alguien lo intentó antes que yo – susurró ella.

– Efectivamente, no eres la primera – replicó él mirándola fijamente—. Inténtalo. La piel está curtida, pero puedes conseguirlo.

Tally no podía apartar la mirada de la cicatriz y los ojos se le empañaron de lágrimas.

– Vete – dijo ella mientras le entregaba el cuchillo—. Déjame sola.

Tair había mantenido la calma en la tienda, pero una vez fuera se sintió dominado por la rabia. Se quitó la túnica, se sacó la camisa de los pantalones y se la abrió completamente para que el aire fresco de la noche le acariciara la piel. Estaba furioso. La furia lo abrasaba por dentro. Estaba en el borde del campamento mirando la inmensidad del desierto iluminado por la luna.

Cuando vio la tormenta de arena en el horizonte, pensó que no alcanzaría a Tally a tiempo. Ordenó a sus hombres que volvieran al campamento y siguió buscándola solo. No tenía miedo de morir, sabía que moriría antes o después, pero temía por ella. Ella no conocía el desierto. Estaría sola y lo pasaría muy mal. Si ella iba a correr un peligro, lo menos que podía hacer era estar con ella. Ninguna mujer debía morir sola y asustada. Iba contra sus creencias. Aquella americana no lo entendía. El pertenecía a un mundo primitivo en el que la justicia y la muerte eran inmediatas. En el desierto, la justicia se aplicaba con mano firme e implacable, si no lo hacía antes la naturaleza. Aquél era su desierto, su tierra, su gente... Su padre había gobernado allí, así como su abuelo y muchas generaciones anteriores. Tair sabía que para la americana era un delincuente que no tendría derechos en el mundo de ella, pero no estaban en su mundo. Ella se acostumbraría a ese mundo antes o después.

Tally no pudo dormir esa noche. Le espantaba haber encontrado atractivo a Tair. No era un hombre bueno ni amable ni generoso. Sería un jeque, pero sobre todo era un secuestrador y un ladrón. Sin embargo, aun sabiéndolo, no había podido herirlo. Por eso tenía que escapar. Estaba perdiendo el juicio y la perspectiva. No podía permitir que un bárbaro del desierto la desconcertara y ya estaba muy desconcertada.

Tally se levantó justo antes del amanecer. Se escaparía mientras todos dormían. Se iría andando. Se llevaría todos los frutos secos que se había guardado de las comidas y una jarra de agua que había junto al arcón. El sol despuntaba por el horizonte cuando salió de la tienda. Todos dormían y se le acercó el perro cojo. Ella le dio un trozo de pan antes de que se pusiera a ladrar.

—Ha vuelto a marcharse, señor —le anunció el anciano bereber desde la entrada de la tienda de Tair—. Lo siento. Ha debido de escaparse cuando todos dormíamos.

Tair cerró los ojos y se pasó un dedo por la nariz.

—¿Hay huellas?

—Sí, hacia el oeste, hacia los *wadi*, señor.

Tair contuvo un juramento de impaciencia y rabia.

—Gracias.

Tair no se levantó de la mesa donde estaba redactando un documento que iba a enviar al palacio real de Atiq a la atención de Malik Nuri, el sultán de Baraka.

—¿Quiere que mande a alguien en su busca? —le preguntó el sirviente.

—No.

—No sería ningún inconveniente —insistió el anciano con un titubeo—. En estos momentos hay hombres inactivos...

—No es necesario, pero gracias —replicó Tair sin levantar la cabeza.

El sirviente susurró unas palabras de respeto y lo dejó solo. Entonces, Tair levantó la cabeza con la frente fruncida por la exasperación. Tally era más insensata que un niño. Tenía que estar deseando morir para adentrarse en el desierto. Tenía que saber que no sobreviviría ni veinticuatro horas. Tair suspiró y miró alrededor. Si la había secuestrado para hacerla suya, era porque no tenía intención de fingir ni hacer el tonto con un idilio. Él no tenía tiempo para cortejar a una mujer. Además, eso sólo lo hacían los hombres que no confiaban en su capacidad para conseguir que una mujer se adaptara y se doblegara a uno. Él nunca había tenido ese problema. Por suerte o desgracia, él gustaba mucho a las mujeres. Lo amaban. Él no las correspondía siempre, pero eso era porque no amaba, no sabía amar como las mujeres querían que las amara. Reconocía ese defecto de su personalidad como conocía las virtudes que compensaban sus deficiencias. Era fiel y fuerte y entendía y respetaba el compromiso. También era bastante rico y, a pesar de las cicatrices recuerdo de tantas batallas, no estaba deformado. En realidad, esas cicatrices parecían gustar a las mujeres. Las mujeres eran incomprensibles, pero eso no era ninguna novedad. Quizá tuviera que atar a Tally al poste de su tienda. Tair decidió terminar la carta antes de salir en busca de esa mujer que iba a ser suya.

Tally comprendió que la esperaba una muerte horrible. La arena acabaría ahogándola. Siempre había tenido miedo de ahogarse en el mar, pero aquello podría ser casi peor. Intentó subir, pero el movimiento hacía que volviera a caer. Había oído decir que luchar contra las arenas movedizas era una sentencia de muerte, pero aquellas no tenían por qué ser unas arenas movedizas. Agitó las piernas y cayó más profundamente, hasta tener medio cuerpo enterrado en la arena. Pensó que no podía

dejarse llevar por el pánico. Hasta que comprendió que estaba atrapada y que no podría liberarse. Entonces, se tranquilizó y ya no se hundió más.

Tenía los brazos libres y podía respirar. Eso era bastante. Descansaría y pensaría. Miró alrededor, pero no vio nada a lo que agarrarse. Respiró profundamente y la arena cedió un poco, unos centímetros, pero inexorablemente. Moriría en unas arenas movedizas. Volvió a notar el deslizamiento de la arena. Se hundía lentamente. Sin embargo, ¿qué habría debajo? ¿Por qué cedía la arena? Tally se estremeció y eso aceleró el movimiento de la arena, que ya le presionaba ardientemente el pecho y los pulmones. Se le aceleró el pulso y notó una descarga de adrenalina. No quería morir de esa manera, ni de ninguna otra.

— ¡Deja de moverte! — exclamó una voz conocida.

— Tair...

Notó lágrimas en los ojos y un alivio inmenso. Intentó volverse para mirarlo, pero se hundió un poco más.

— No te muevas — le ordenó él mientras rodeaba el agujero de arena a una distancia prudencial.

— ¿Puedes sacarme?

— Sí, pero antes tenemos que hablar.

Tally se agitó instintivamente y notó que la arena se le metía por la camisa.

— ¿Hablar? Casi no puedo respirar.

— Entonces, no hables y escúchame — Tair se arrodilló—. Estoy perdiendo la paciencia. Es el segundo día seguido que tengo que salvar tu pellejo.

— ¿Vas a echame un sermón?

— Estás complicándonos la vida a todos. Tienes que aceptar tu destino con más resignación...

— ¿Aceptar que me has secuestrado? ¡Jamás! Ese no es mi destino. Mi destino no es quedarme atrapada en el desierto contigo.

— Tienes razón. Al parecer, tu destino es morir hoy engullida por unas arenas movedizas.

— ¡Tair!

— Elige. Piénsalo, pero no tienes todo el día. Sin embargo, ¿a mí qué me importa? Es tu vida...

— Deja de amenazarme y sácame de aquí.

— ¿Esa es la forma que tienes de pedir ayuda?

— Sabes que quiero que me ayudes.

— No me agradeces todo lo que hago por ti.

— ¿Qué haces por mí? Tair, estoy hundiéndome. Sácame.

— Pídemelo amablemente.

— ¡Para ti es un juego!

— Yo no lo llamaría un juego, pero es interesante. ¿Pedirás ayuda o acabarás hundiéndote?

— Tair...

— Pídemme ayuda, Tally.

— No eres justo.

— La vida no es justa —la miró a los ojos—. Aprende a pedir ayuda, Tally.

— Ya te he pedido que me saques.

— No lo pediste muy cortésmente.

Tally notaba la arena por el cuello y que seguía rodeada de granos de arena que se deslizaban poco a poco.

— Te odio.

— ¿Por qué eres tan terca? —le preguntó él con un suspiro.

— ¿Por qué lo eres tú? —Tally notó lágrimas en los ojos, pero ni siquiera podía enjugárselas—. Sabes que no puedo salir de aquí sin tu ayuda, pero me obligas a suplicarte y eso es una crueldad...

— Peor es negarse a pedir ayuda. Eso es desear morir y una tontería.

— ¿Qué quieres oír? Tair, eres maravilloso. Tair, eres mi hombre. ¿Qué quieres?

— Eso no está mal, mujer —Tair esbozó una sonrisa—, pero sólo quería que me lo pidieras por favor.

Tair se levantó de un salto y fue hasta el caballo con la túnica al viento. Agarró una cuerda, la ató a la silla de montar y volvió a donde estaba ella. Se tumbó en la arena, hizo un lazo con la cuerda y lo lanzó para que la agarrara de los hombros. Silbó al caballo, que empezó a avanzar hasta sacar a Tally de la arena.

— Gracias.

Tally se atragantó y se enjugó las lágrimas mezcladas con arena de las mejillas.

— De nada —Tair se montó en el caballo, se inclinó y alargó un brazo—. Vamos a casa.

Ella no se movió ni agarró la mano de Tair.

— Esa es la cuestión, Tair. No es mi casa.

— Y dale... —farfulló él en voz baja.

— No lo es.

— La arena sigue inestable por la tormenta de ayer. Seguramente haya más trampas de arena. Si quieres que te deje, me parece muy bien, pero yo me voy a casa.

— No quiero quedarme aquí —replicó ella con agotamiento y desesperación.

— Entonces, ¿aceptas mi protección?

—No.

Tally, al borde del llanto, miró alrededor. No podía seguir escapando. Estaba destrozada, pero ¿cómo podía renunciar a su vida, a su mundo y a sus sueños? Sabía que, si aceptaba, sería irreversible.

Tair dejó escapar un juramento, la agarró y la sentó delante de él. La sujetó con fuerza.

—Empieza a ser una situación muy habitual —comentó él mientras la estrechaba contra sí.

Tally se estremeció al sentir el pecho duro y cálido contra su espalda.

Fue un trayecto bastante corto y, cuando llegaron, todos los hombres miraron respetuosamente hacia otro lado mientras Tair peleaba con lo que ellos considerarían una mujer que había perdido el juicio. A ella, sin embargo, le daba igual lo que pensarán porque no iba a resignarse a aceptar la sentencia que había dictado Tair.

Los hombres miraron a Tair cuando detuvo el caballo, pero ninguno la miró a ella. Tally pensó que no era una buena señal.

—No puedes retenerme aquí —susurró ella—. Aprovecharé la primera ocasión para marcharme otra vez...

—Has estado a punto de morir en una tormenta de arena y has pasado una tarde aterradora en una trampa de arena. ¿Qué más quieres?

—No lo sé, pero empiezo a creer que prefiero que me devore una serpiente a seguir contigo.

—Venga... —Tair la bajó del caballo—. Eso es injusto. Ni siquiera te has acostado conmigo todavía. Podría gustarte ser mi mujer.

—Jamás.

Él se rió y se dirigió hacia su tienda de campaña agarrándola con fuerza de la cintura.

—Lo mínimo es que te reserves el juicio hasta que te haya poseído —entraron en la tienda—. Algo que pienso hacer en cuanto te bañes —la miró de arriba abajo—. Apesta, mi querida mujer.

—¿Apesta? Bueno, eres muy amable si tenemos en cuenta que me has retenido en una tienda repugnante y durante días sólo he comido carne de cabra vieja y he bebido leche caliente de cabra. Además, no tienes un baño en condiciones ni champú ni lociones ni nada. Yo creía que los jeques vivían en palacios preciosos con baños de azulejos en el suelo y arcos con mosaicos. Sin embargo, a mí me ha secuestrado un jeque que vive como un campesino y sólo tiene una docena de tiendas desastradas.

—Te has olvidado de mi caballo —replicó él con las mandíbulas apretadas.

—Es verdad, pero un caballo no es un reino, jeque al Tayer...

– El-Tayer – le corrigió él –. Estás en el norte de África, no en Oriente Próximo.

– La cuestión es que ¿dónde está Aladino cuando lo necesitas? ¿Dónde está el genio que convertirá todo en maravilloso? Serás el jeque el-Tayer, pero esto no se parece nada a mi fantasía.

– Basta – Tair la atrajo hacia sí –. Quizá no sea tu idea del paraíso, pero ya he tenido bastantes fugas, amenazas con cuchillos y peligros. Eso se ha acabado. ¿Has entendido?

No le dio la oportunidad de contestar. La estrechó contra su cuerpo y ella adaptó las caderas contra las de él, introdujo los muslos entre los de él y aplastó los pechos contra el pecho de él. Tally notó que le ardían las mejillas de excitación y vergüenza. Lo deseaba, deseaba ese contacto con él, aunque todo él era mortífero y destructivo.

– Suéltame – le suplicó ella.

Él le pasó la mano entre el pelo.

– No.

Ella intentó soltarse, pero no pudo. Tair bajó la cabeza con los ojos ardientes. A Tally le temblaron las rodillas y supo que él iba a besarla, quisiera ella o no.

La besó con la rotundidad de la posesión. Ella se puso rígida al notar el contacto de la boca, se puso rígida de la impresión y del placer. Los labios de Tair hicieron que su boca cobrara vida por la pasión y se estremeció. Él estaba ardiendo y tenía una barba áspera, pero sus labios eran firmes y provocadores. Tally separó los labios, se cimbreado contra él y sintió una punzada de deseo en el vientre anhelante. Lo deseaba, pero no podía acostarse con él. Tenía que tener muy claro que no podía entregarse a ese hombre. Aun sabiéndolo, no podía poner fin al beso.

Fue Tair quien separó la cabeza y le tomó la cara entre las manos.

– Dime, ¿cuándo va a terminar ese comportamiento absurdo y peligroso?

## Capítulo 6

Tally casi no podía respirar y tenía el pulso alterado. Oyó la pregunta, pero no pudo contestarla cuando sólo podía pensar en lo que acababa de pasar y en la forma casi cariñosa en que él le tomaba la cara.

— Tiene que terminar — insistió él —. No sólo estás poniendo tu vida en peligro, sino también la mía y la de mis hombres.

— Entonces, déjame marchar.

— Eso no es posible...

— ¿Por qué?

— Porque ahora eres mía — contestó él sencillamente.

La respuesta de Tair fue como un jarro de agua fría en sus sensaciones. Tally le apartó las manos y retrocedió dos pasos. Había dicho que era suya... Nunca había sido de nadie. Ni de Paolo cuando le entregó su cuerpo. Paolo no era un hombre que fuera a casarse y ella sabía que nunca formaría una familia ni nada parecido con él. Sin embargo, Tair era muy distinto. Era fuerte, intenso y dominante. Desde el principio había actuado como si fuera suya y eso a veces la enfurecía, pero otras veces la desarmaba y la emocionaba. Tally se llevó las manos a la cabeza para intentar pensar.

— Seguiré escapándome, Tair.

— ¿Adónde irás, mujer? — Tair subió el tono de voz —. Estás en medio del Sahara. ¿No lo entiendes? ¿Realmente quieres morir? Si es así, dímelo y dejaré de salir corriendo detrás de ti.

Tanta insensibilidad y arrogancia hizo que Tally tuviera las ideas más claras.

— ¿Correr detrás de mí? Me parece que esperas hasta el último momento para presentarte como el gran salvador.

— No puedo dejarlo todo cada vez que decides escaparte.

— ¿Dejarlo todo? Perdóneme, jeque Tair, pero aquí nadie hace nada salvo beber té y jugar a los dados.

— No son dados ni estamos bebiendo té todo el rato. Todos los hombres tienen tareas concretas.

— Es verdad. Limpiar los fusiles — Tally se dio una palmada en la frente —. Cómo se me habrá podido olvidar...

— Cada vez que he salido, mis hombres me han acompañado hasta que les he ordenado volver. Cada vez hemos corrido riesgos. Si no me lo agradeces a mí, podrías agradecerse a ellos.

— Sigues actuando como si tuviera que agradecerte que me hayas secuestrado — Tally se enjugó las lágrimas de los ojos —, pero yo no te lo he pedido. Ni si quiera te he pedido protección.

— Eso no es verdad. Tú viniste a nuestro mundo, nosotros no hemos ido al tuyo.

Tally, descorazonada, pensó que era un buen argumento. Se alejó con un puño en la boca al darse cuenta, por primera vez, de cómo interpretaba él todo aquello. Él no era occidental y sus reglas eran muy distintas. Si, como él le había dicho, ella estaba viajando con hombres peligrosos, Tair había hecho lo que creía que tenía que hacer y la había protegido.

— ¿Por qué me dejaste tanto tiempo en las arenas movedizas? — Le preguntó Tally con la voz quebrada —. Podría haber muerto.

Tair no contestó inmediatamente y ella cerró los ojos. Entonces, notó su mano cálida y firme en la espalda.

— ¿Se trata de eso? — le preguntó él —. ¿De que te obligara a pedirme ayuda?

— Es posible — ella se secó una lágrima.

Tair le puso las manos en los hombros y le dio la vuelta.

— Sólo tenías que pedir ayuda. Te metiste en problemas por impulsiva. Tuviste suerte de que decidiera buscarte.

— Si tuviera suerte, yo no habría estado en la medina cuando apareciste tú. Si tuviera suerte, habrías secuestrado a otra pobre occidental. A eso le llamo yo suerte.

Él se encogió de hombros con un leve brillo burlón en los ojos.

— Quizá sea una diferencia cultural, pero es buena suerte que por dos veces conservaras la vida.

— ¿Te refieres a las dos veces que me has salvado?

— Tres.

Ella lo miró fijamente. Tenía unos rasgos rudos y arrogantes, pero sorprendentemente hermosos. Lo odiaba y lo deseaba. También se odiaba a sí misma por encontrarlo atractivo.

— No me salen las cuentas — replicó ella intentando parecer tranquila —. La primera vez casi me matas, no creo que cuente.

— Para demostrarte que soy un hombre justo, te concederé eso según tu definición — Tair esbozó una levísima sonrisa —. Sólo te he salvado la vida dos veces.

Tally disimuló una sonrisa involuntaria y se aclaró la garganta.

— Ya que estamos intentando ser precisos, creo que habría que aclarar que tu rescate de hoy habría sido más heroico si no hubieras esperado hasta que casi me traga la arena.

Él suspiró profundamente, pero con un brillo de calidez en los ojos.

— Nunca había conocido a una mujer que exigiera tanto y expresara tan poca gratitud.

— ¡Estamos hablando de mi vida, jeque Tair!



—Entonces, pide ayuda, mujer. No esperes hasta que los granos de arena se te metan por la nariz.

En ese momento, él volvió a besarla con unos labios seductores, pero ella no necesitaba mucho estímulo. A su boca le encantaba la de él y su cuerpo deseaba el de él. Le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso.

Un grito de alarma fuera de la tienda los interrumpió.

Tair se apartó y se dio la vuelta para marcharse, pero antes le dio un beso fugaz en la frente.

—Volveré para cenar. Espérame.

Tally se asomó y vio a los hombres que rodeaban a Tair. Él gesticulaba y daba órdenes. Algunos hombres montaron sus caballos con los fusiles. Tally notó un vacío en el estómago y quiso salir corriendo para preguntarle a Tair qué pasaba, pero no se atrevió. Se quedó observando cómo Tair y veinte hombres más salían a todo galope.

Tally se bañó y se puso una túnica negra que le había facilitado el anciano. Encendió las velas e intentó pasar el tiempo hasta que Tair volviera, pero él se había marchado hacía mucho tiempo y las horas pasaban lentamente. Entrada la noche, el anciano le llevó la cena y ella la rechazó, aunque tenía hambre.

—Estoy esperando a Tair.

—¿Ash?

—Estoy esperando a Tair.

El anciano la miró fijamente sin entender lo que decía.

—Tair —repitió ella mientras se ponía de puntillas y levantaba los brazos—. Tair.

El hombre la miró más desconcertado todavía. Tally pensó que era una pesadilla. ¿Cómo era posible que Tair pensara que podía quedarse allí?

—No tiene ni idea de lo que estás diciendo —comentó una voz con tono burlón.

—¿Desde cuándo llevas ahí? —le preguntó ella con un resoplido.

—Lo suficiente para disfrutar con tu pantomima.

—Muy gracioso —Tally, sin embargo, sabía que lo era y tuvo que sonreír—. Ya has vuelto. ¿Has capturado a los malos?

—A casi todos —contestó él con una sonrisa muy fugaz que no alcanzó a sus ojos.

Tally comprendió que él estaba abatido y se preguntó qué habría pasado en el desierto.

—¿Tienes hambre? —le preguntó con amabilidad.

—Sí. Voy a lavarme y vuelvo enseguida.

Volvió al poco rato recién afeitado y con el pelo mojado y peinado hacia atrás.

– Estás... muy bien... – dijo Tally embarulladamente por la timidez.

– Parece sorprenderte – Tair se rió.

– No, yo... No – Tally se sonrojó y fue hacia la mesa de la comida –. No – repitió ella antes de arrodillarse a un lado de la mesa –. Vamos a comer.

Durante la cena, Tally le preguntó por qué el anciano no la entendía cuando preguntaba por él.

– Nadie me llama Tair – contestó él mientras mojaba un trozo de pan en el guiso.

– Entonces, ¿cómo te llaman?

– Jeque Zein el-Tayer o Soussi al-Kebir.

– ¿Cómo pasó de Tayer a Tair?

– Buena pregunta. Tayer no es difícil de pronunciar, pero cuando fui a un internado en Inglaterra, el director nunca lo pronunciaba completamente bien y pronto todos mis compañeros me llamaban Tair.

– ¿Fuiste a un internado inglés? Ahora entiendo algunas cosas. ¿Te molestaba que no dijeran bien tu nombre?

– No. Un nombre es un nombre. Hay cosas más importantes.

– ¿Por ejemplo?

– La política. La supervivencia. No conoces nuestra historia y no puedo esperar que entiendas el hervidero de esta región, pero la política nos ha dejado un legado de violencia. Hemos luchado para mantener nuestra independencia, pero a costa de un precio elevado.

Tally, por el tono o la expresión, captó que había sufrido. No era un conflicto sólo de su pueblo, sino personal.

– ¿Esas cicatrices... son el resultado del legado de violencia? – le preguntó ella.

– Sí.

Ella lo miró detenidamente y vio arrugas en los ojos y en las comisuras de los labios.

– ¿Has ido a la guerra?

– Vivo en guerra.

Ella no supo qué quería decir. Una parte de ella quería saber lo que quería decir, pero la otra no quería saberlo. Él era imponente. Su cuerpo estaba cosido con cicatrices y heridas, su fuerza era descomunal y su valor incomparable. Nunca había conocido a nadie que pudiera hacer lo que hacía él. Sin embargo, también tenía un lado oscuro. No era un hombre bueno. No podía decirse que fuera considerado, amable y compasivo.

– ¿Qué es vivir en guerra?

- Atacar, saquear, herir y matar.
- Entiendo. ¿Has matado en defensa propia?
- Si quieres llamarlo así...
- ¿Y si no quisiera?
- Es lo que es.

Él esbozó una sonrisa lenta y burlona al notar la perplejidad de Tally.

- Venganza – añadió él.
- Venganza, ¿por qué?
- Por recuperar lo que era mío.
- Como el dinero, la tierra...
- Como mujeres e hijos.

Ella tragó saliva, dejó el pan y se limpió los dedos.

- ¿Has estado casado?
- Sí.

Ella no supo qué decir. Por algún motivo, no quería preguntar por su mujer. Sabía que en Baraka y Ouaha había hombres con varias mujeres, pero no quería imaginarse a Tair con mujeres, no quería imaginarse que tenía una mujer legal en alguna parte. Se agitó con incomodidad, había perdido el apetito.

- ¿Qué te pasa? – le preguntó él.

Tally sacudió la cabeza. Le parecía absurdo decírselo.

– ¿Te había contado que mi padre secuestró a mi madre? – le preguntó él con tono desenfadado.

- No – Tally arqueó las cejas.

– Mmm – Tair dio un sorbo de té –. Una vez me preguntaste por qué hablaba tan bien inglés. Mi madre era inglesa. Era profesora. Daba clase en el colegio internacional de Atiq hasta que mi padre la vio, la secuestró, la llevó a la *kasbah* y la hizo suya.

- ¿Tu madre odió a tu padre por lo que hizo?

– No. Lo amó. Seguían muy unidos cuando mi padre murió. Mi madre nunca volvió a Inglaterra. Se quedó aquí, en Ouaha, y hace poco se mudó a Baraka. Tiene una casa en Atiq. Tiene más de sesenta años y ha vuelto a dar clases.

– ¿Tu madre ha vuelto a trabajar? – le preguntó Tally entre admirada y preocupada.

– Era lo que quería hacer. Le encantaba enseñar y echaba de menos a mi padre y a mis hermanos. Ahora está mejor en Atiq. Tienes que conocerla. Es casi tan decidida como tú.

Tally captó el cariño de aquellas palabras. Lo miró a los ojos y comprobó que resplandecían con un cariño como el de sus palabras. El corazón le dio un vuelco y notó un cosquilleo en las entrañas. Se acordó del beso, del contacto de su boca y del de sus manos sobre su piel.

—¿Tu padre no secuestró a tu madre? —le preguntó él con media sonrisa.

Tally recordó la caravana abigarrada y el campamento de caravanas en el que había crecido y se sintió humillada. Se acordó de su padre, que no podía aguantar en un trabajo por la bebida y de su madre, que intentó varios, pero sin mucho éxito. Su pasado era una lección espantosa de mediocridad. Sólo había aprendido a no hacer aquello si quería que las cosas le fueran bien.

—No, no hubo ningún secuestro.

Notó que él la miraba con mucha atención.

—Ya tienes esa expresión otra vez. La tienes siempre que hablas de tu familia. Es implacable y crítica. La primera vez pensé que eran imaginaciones mías, pero la pones cada vez que hablas de ellos.

—Mi vida no ha sido como la tuya —aclaró ella después de un silencio demasiado largo.

A ella le incomodaban aquellos silencios en los que él la miraba fijamente, como una serpiente del desierto.

—No me crié con comodidades —siguió ella—. No teníamos nada de dinero. Ni siquiera fuimos a buenas universidades. Mi hermana menor, Mandy, recibió una beca por ser buena atleta y fue a la universidad de Washington, como otro de mis hermanos. El otro fue a California. Pero lo consiguieron porque eran deportistas. Yo no.

—¿Qué hiciste?

Lo miró con los ojos entrecerrados y los dientes apretados. No soportaba las preguntas estúpidas. Él era un jeque y ella había vivido en una ratonera. En North Bend, donde llovía tanto que casi no se veía el sol. Suspiró. Le dolía la cabeza y creyó que era por la tensión, pero tampoco estaba muy segura.

—Fui la universidad de Bellevue City —Tally tragó saliva—. Hice unos cursos y me puse a trabajar.

—He oído hablar de Bellevue. Ahí están Microsoft y Bill Gates, ¿no?

—Más o menos.

Tally cerró los ojos. Se sintió mareada. Quizá fuera por recordar aquellos años. ¿Por qué iba a contarle la verdad de su pasado? Tragó saliva. ¿No sería mejor fingir que era otra persona? ¿No sería preferible fingir una vida en la elegante ciudad de Bellevue en vez de en el pueblo húmedo y nebuloso al pie de una montaña?

—¿No hacías deporte? —insistió Tair.

—No, la verdad es que no —Tally clavó la mirada en un punto de la mesa—. Bueno, en el instituto jugué al voleibol. Me encantaba el voleibol y jugaba bien —

inclinó la cabeza como si oyera voces del pasado—. También pasaba horas trabajando con mi hermana Mandy. Ella jugaba muy bien. Me alegré de que dieran esa beca a Mandy. Al menos pudo ir a una buena universidad.

Tair la miró inexpresivamente.

—Pero tú también eras buena...

—Sí — Tally intentó sonreír, pero no pudo.

—Entonces, ¿por qué no te dieron la beca?

Tally volvió a apartar la mirada.

—Yo era la mayor.

—¿Y bien?

—Me necesitaban en casa.

—¿Te dieron una beca? —le preguntó él con las cejas arqueadas.

Efectivamente, le habían dado una beca para UCLA, una magnífica universidad, pero no pudo aceptarla.

—Mis padres... —se le quebró la voz—. Mi padre... Él no estaba bien y mi madre trabajaba a todas horas. Alguien tenía que ocuparse de los pequeños.

—Y ésa eras tú.

—La mayor —confirmó Tally al cabo de un rato.

—Y chica...

—Supongo que ser chica tiene sus inconvenientes en todas las culturas.

Tair pensó que tenía razón. No se trataba de él y ella, se trataba de la discriminación.

Tally se inclinó sobre la mesa. Se sentía cada vez más mareada y débil. Algo iba mal. Se sentía como si le hubieran echado aceite hirviendo en las entrañas. El dolor le abrasaba las venas. Se desplomó sobre la mesa y tiró un cuenco al suelo.

—¡Mujer! —exclamó Tair.

Ella no podía sentir nada más que el fuego que la tenía doblada, pero la voz de Tair le pareció fuerte e imperiosa. Tally lo miró desconcertada. Algo de la comida o de la bebida le había sentado muy mal.

—Tally...

Veía doble. Parpadeó con un esfuerzo enorme.

—¿Qué has hecho? —farfulló ella antes de caerse al suelo.

## Capítulo 7

Tair llamó inmediatamente al médico. No era una intoxicación alimenticia normal. Había sido un envenenamiento intencionado y fuera lo que fuese lo que le habían puesto en la comida o en la bebida, podría ser mortal.

Tair hizo el antídoto universal que solía hacer su madre en esos casos: dos partes de carbón vegetal, una parte de leche con magnesio y otra parte de té muy fuerte. Le dio dos cucharadas con un poco de agua. Hizo que se las tomara con ayuda del anciano antes de inducirla a vomitar. Después de que vomitara, le dio otra dosis de antídoto y le introdujo todo el líquido que pudo por la garganta, una tarea complicada porque ella estaba casi inconsciente. Mientras intentaba salvarla, quiso juntar todas las piezas y saber qué, quién, dónde y cómo. No había sido un accidente. Pero, ¿cuál de sus hombres lo habría hecho y por qué?

El médico llegó al amanecer, menos de siete horas después de que envenenaran a Tally y justo en el momento en que Tair descubrió que Ashraf había cometido el crimen. Ashraf estaba aislado y vigilado, pero Tair no podía ocuparse personalmente de él hasta que el médico no hubiera visto a Tally.

—Es la hierba del diablo —dictaminó el médico después de explorar a Tally y mientras preparaba una inyección.

Tair levantó el frasco de cristal para comprobar la medicina.

—Es el antídoto más rápido y eficaz —le explicó el médico.

Tair asintió con la cabeza. La hierba del diablo, la belladona, era muy tóxica y muchas veces mortal.

—Estará enferma durante algún tiempo —siguió el médico mientras le ponía la inyección—. Notará que está inquieta, tendrá algunas alucinaciones, delirios y temblores, pero debería superarlo.

Debería... se repitió Tair mientras dejaba a Tally al cuidado del médico para ocuparse de Ashraf. Tair permitió que Ashraf tuviera la oportunidad de justificar porqué lo había hecho. Ashraf, feliz de poder explicarse, dijo que se trataba de una brujería. Tair ocultó su indignación. No podía creérselo. Su pueblo era supersticioso, pero Ashraf no estaba arrepentido en absoluto.

—No le di un veneno —sostuvo Ashraf—. Es una poción para alejarles a ella y al ojo del diablo. Si no lo hacemos, ella traerá la destrucción. Tiene que marcharse.

—¿Qué has fumado, Ashraf?

Tair estaba atónito de que hubiera sido Ashraf, quien le había servido fielmente durante años.

—Ella no es Aisha Quandisha —prosiguió Tair en referencia a una figura mítica que seducía a los hombres para esclavizarlos.

– La *sehirra* me dio algo para que lo pusiera en la comida y bebida de la mujer occidental. Me dijo que ella sería una maldición para nosotros y tenía razón. Ha traído problemas – insistió Ashraf.

– Ella no está bien...

– Se retuerce. Está maldita...

– Porque la has envenenado – bramó Tair –. Se retuerce de dolor físico, no por ningún espíritu maligno. La envenenaste para matarla y tienes suerte de que no te dé lo mismo.

– Me das la razón. Observa lo que nos ha hecho. Vas a matarme y ella... ¿vivirá contigo? ¿Es eso justicia? ¿Te protegerá como lo he hecho yo? No. Ella es perversa. Te lo aviso, de hermano a hermano, de hombre a hombre, no te quedes con ella. Es un peligro para todos.

Tair ordenó que se lo llevaran. Estaba equivocado, no iba a matar a Ashraf ni Tally les llevaría la destrucción. Sin embargo, las cosas estaban complicándose.

Tally se daba cuenta de que estaba muy enferma. Lo veía todo borroso y las voces parecían surgir de debajo del agua. Cerró los ojos para intentar dormirse.

Tair observó a la mujer dormida. La fiebre había remitido y ya no tenía convulsiones, pero habían sido unos días muy críticos, unos días en los que había llegado a pensar en evacuarla por avión al hospital de Atiq. Había llegado a dudar del médico y a amenazarlo físicamente si le pasaba algo a su mujer. Su mujer... Notó una punzada al aceptar una verdad que no había asimilado todavía. Había llegado a considerarla suya a pesar de las tormentas de arena, los cuchillos, las arenas movedizas y los ataques de asma. Era responsabilidad suya; su destino.

Una vez fuera de peligro, tendría que contarle lo que había pasado y a ella no le gustaría. Ni el envenenamiento ni la captura del culpable y su castigo ni que había tomado la decisión de llevarla a su patria, de presentarla a su gente y de que fuera suya. No estaba seguro de que fueran a aceptarla, pero tenía que hacerlo antes de que fuera tarde.

Dos días más tarde, Tally miró a Tair sin salir de su asombro.

– ¿Que vamos a tu patria a conocer a tu gente? Creía que ésta era tu patria y tu gente.

– Sólo es una avanzadilla militar.

– ¿Una avanzadilla?

– Uno de los tres puestos estratégicos que protegen a mi pueblo y mi territorio.

Tally intentó incorporarse a pesar de sentirse muy débil.

– ¿Me has retenido en un puesto militar porque...?

– No sabía si podía fiarme de ti.

– ¿Ya puedes?

– Sí.

– ¿Por qué? ¿Porque he sobrevivido a la belladona?

– No. Porque he visto tus fotos. Las quinientas. Tenías razón. Todas son de niños – hizo una pausa –. Además, son muy buenas.

Tally se llevó la mano a la frente como si comprobara si tenía fiebre.

– Estoy alucinando o soñando, ¿verdad?

– No. Estás sentada y tienes los ojos abiertos. Estás muy despierta.

Tally volvió a tumbarse lentamente y cerró los ojos.

– ¿Te han gustado las fotos?

– Sí.

– ¿Por eso me llevas a tu feudo?

– Ya sé que no eres una espía.

– Entonces, ¿por qué no me dejas volver a mi país en vez de llevarme a un sitio horrible al que no quiero ir?

– Te gustará.

– Tair...

– Se está muy bien allí.

– Tair...

– Está decidido. Ahórrate las fuerzas para el viaje.

Tally pensó que casi prefería las alucinaciones a esa espantosa realidad. Tair no tenía intención de liberarla. ¿Viviría siempre en Ouaha?

– Tendré que matarte – confesó ella con tono de resignación y cansancio –. No será fácil, pero tendré que hacerlo.

La tienda se quedó en silencio y Tally esperó la reacción.

– Buena suerte – le deseó él con una ligera risa.

Pasaron tres días antes de que Tair le comunicara que saldrían a la mañana siguiente.

– Ya sé que no estás completamente repuesta...

– Estoy bien – le interrumpió ella.

– Harás el viaje conmigo, en mi caballo. Será una jornada larga. Saldremos temprano y llegaremos a Bur Juman antes de que anochezca.

– Bur Juman...



- Mi tierra de origen.
- Creía que ésta era tu tierra –replicó ella con perplejidad.
- Era una prueba – Tair esbozó una sonrisa burlona.
- ¿Una prueba?
- Ahora sabrás dónde vivo.

Tair tenía razón. Fue un viaje largo y sentirse cerca de él en el caballo la alteró más que la fiebre y los delirios. Los vaivenes del caballo hacían que se restregara contra Tair hasta notar todas las terminaciones nerviosas a flor de piel. Cuando creyó que ya no podría aguantar un minuto más de tanta intimidad, vio algo en el horizonte. No era una nube, no era una tormenta de polvo ni nada siniestro; era una montaña.

- ¿Nos dirigimos allí? – le preguntó a Tair.
- Espera – contestó él.

Fue una larga espera, pero la montaña fue haciéndose cada vez mayor y Tally comprobó que en realidad era una roca gigantesca que salía de la tierra. Tair y sus hombres la rodearon hasta encontrar un desfiladero muy estrecho. Se bajaron de los caballos y entraron.

– ¿Adónde vamos? – le preguntó Tally impresionada por la roca que tenía sobre su cabeza.

- Ya lo verás.

Lo que vio fue el mundo secreto que pocos occidentales habrían visto, un mundo fantástico tallado por el desierto, el viento y el tiempo. Tally intentó disimular su emoción mientras la montaña se abría ante sus ojos. Había ventanas con contraventanas, terrazas, balconadas, patios y escaleras. Escaleras de madera y de mano, grandes escalones de piedra y escalinatas en curva. Era un mundo de fantasía y un refugio, un hogar. Era increíble.

- ¿Te gusta? – le preguntó Tair.
- Es... interesante – respondió ella mientras se encogía de hombros.
- Deberías aprender a mentir mejor. Sobre todo si mientes tanto como lo haces tú.
- ¿Por qué nadie habrá metido una serpiente en tu cama? – le preguntó ella con dulzura.
- Lo han intentado.
- ¿Cuántas veces han intentado matarte? – le preguntó ella con un tono entre burlón y desesperado.
- Unas diez o quince.
- Vamos, lo digo en serio.

– Tienes razón. Han sido más. Seguramente, unas veinte, pero prefiero no pensar en las cosas negativas.

Tally lo miró con incredulidad y captó una sonrisa en sus ojos. Era asombroso que él lo consiguiera. Tenía la cara rígida, como tallada en mármol, y los ojos intensos y expresivos, pero esos ojos habían sonreído.

– No me extraña – bromeó ella mientras unos hombres abrían una puerta y se acercaban para hacerse cargo de los caballos.

Tair los saludó y luego se volvió hacia Tally.

– ¿Estás cansada? ¿Quieres sentarte?

– Llevo horas sentada.

– Sí, pero eres una mujer débil y enfermiza... – se calló bruscamente cuando Tally le dio un codazo.

– No he estado enferma hasta que me envenenaron.

– ¿Y el asma?

– ¿Quieres que te dé más? – le preguntó ella señalándose el codo.

– No, por favor. Es una arma muy peligrosa – Tair la llevó a una gran escalera de piedra –. Esto es Bur Juman. Mi familia y mi gente vive aquí desde hace cien años – se paró en lo alto de la escalera –. Bur Juman significa «la perla en el lado oculto».

Tally captó inmediatamente el significado del nombre. Aquello era un mundo maravilloso que se ocultaba del peligroso desierto que acababan de abandonar, un desierto dominado por bárbaros muy parecidos a Tair. Era un mundo de belleza, mujeres, joyas y adornos. Las mujeres iban cubiertas de brazaletes, collares y pendientes de oro y olían a algún perfume árabe que rivalizaba con la dulzura de los naranjos y limoneros en flor. Estaba abrumada por la belleza sensual del lugar, una belleza también rodeada de misterio.

– También será el hogar de tus hombres, ¿verdad? – le preguntó ella al acordarse de desolador campamento en el que habían estado.

Tair se volvió hacia ella y la miró un rato en silencio.

– Mis hombres eligen vivir parte del año lejos de sus familias para protegerlas mejor. Yo nunca se lo he impuesto. Lo hacen porque saben que deben hacerlo.

– ¿Haces rotaciones?

– Periódicamente. Es muy penoso para ellos y sus familias, pero no puede ser de otra manera. ¿Tienes sed?

– Mucha.

– Tomaremos té en mi jardín de naranjos – dijo él mientras le señalaba una escalera –. Fuera del jardín hay una habitación y un baño. Tu doncella estará esperándote.

¿Una habitación con baño y un jardín? A Tally le pareció que había muerto y había ido al paraíso.

– Esto es maravilloso. Si además pudiera recuperar mi cámara y la tarjeta de memoria....

– Podrás. Te las daré esta noche.

– ¿De verdad? – Tally lo miró con los ojos como platos – . ¿Vas a devolverme la cámara y todas mis fotos?

– Sí.

– ¿Podré hacer fotos aquí?

– Sí.

– Es maravilloso – Tally estuvo a punto de abrazarlo – . No sabes lo feliz que me haces. Gracias.

– Ha sido un placer.

– Entonces, me crees... Sabes que soy fotógrafa y digna de confianza.

– Tally...

– Me encantaría sacar fotos aquí, pero si no quieres que fotografíe a los niños, lo entenderé. Aunque no me dejes fotografiarlos, te mandaré copias de todas las fotos cuando vuelva a casa...

– Tally...

El tono rotundo fue como un jarro de agua fría. Tally lo miró y vio su mirada sombría y su gesto serio. Parecía el antiguo Tair, el que parecía más un monstruo que un hombre.

– Tally, estás en casa.

Ella lo miró fijamente y se le borró la sonrisa.

– Es lo que dijiste en el campamento.

Él no contestó. A Tally se le secó la boca y tragó saliva.

– Has dicho que confías en mí, que sabes que soy fotógrafa y que te gustan mis fotos. Has dicho que son buenas.

– Es verdad.

– Entonces, ¿qué significa que estoy en casa? ¿Qué quieres decir?

– Quiero decir que ahora vives aquí conmigo. Bur Juman es tu casa.

– No es posible que quieras decir eso – Tally lo dijo atropellada y apasionadamente – . Tú dirás que eres brutal, vengativo y violento, pero yo no lo veo por ninguna parte. Tus hombres te adoran.

– Por favor no digas que mis hombres me adoran. Me molesta mucho.

– Sabes que tus hombres te aprecian.

– Confundes aprecio con respeto. Ellos me temen.

– ¿Por qué iban a temerte?

– Saben cómo son las cosas. No creas que vas a hacerme mejor. No voy a cambiar.

– No quiero cambiarte. Sólo quiero volver a mi casa.

– No voy a permitirte.

– A ver si lo entiendo. No piensas ser más amable y tengo que quedarme aquí...

Tair estuvo a punto de sonreír. Por fin parecía espantada y eso le gustaba.

– Efectivamente. Nunca seré amable y tú nunca volverás con tu gente.

– Quieres decir que no volveré hasta que acepte borrar la memoria de mi cámara.

Tair no contestó y se quedó mirando sus ojos con reflejos grises y verdes. Le recordaban a la Europa que adoraba, a los bosques y ríos con helechos. Le recordaban a su madre, a su infancia, a la inocencia.

– Si te doy todas mis tarjetas de memoria y te dejo que las borres, me dejarás marchar.

Ella lo dijo con tono firme, pero Tair captó cierta duda. Ella volvía a dudar de él. Como debía ser. Tair pasó a mirar sus labios. Eran grandes y carnosos y en contraste con su piel eran como una rosa sobre marfil. Ése era el color de su mujer. Ella era su mujer y sería su esposa. Ya la había cortejado más tiempo que a su primera esposa. Había llegado el momento de anunciar que la extranjera pronto sería su novia.

– Tair – el tono de Tally era apremiante –. Destruye las fotos y terminemos de una vez.

– No.

– ¿No?

Él había comprendido que se trataba del destino. Al verla por primera vez supo, sin motivo aparente, que tenía que ser suya.

– Te quedarás aquí conmigo.

– No lo haré, Tair. Ya me conoces, me escaparé.

– Y yo te encontraré – Tair se encogió de hombros.

– No me hagas esto – pidió ella con un hilo de voz.

– Ya está hecho. Anunciaré nuestro matrimonio...

– ¿Matrimonio?

– Serás mi segunda esposa.

– ¿Y la primera?

– Está muerta.

Se quedó boquiabierta y se llevó la mano a la cabeza. Estaba mareada.

- Nunca me casaré contigo.
- No es una ceremonia. Tú no tienes que hacer...
- No se trata de eso.
- ...yo se lo anuncio a mi gente y se acabó. Ya eres mi esposa.
- Tú esposa.
- No hay mucha diferencia. Todo el mundo sabe que eres mía.

Tally creyó realmente que iba a desmayarse, pero no podía desmayarse. Tenía que conservar la calma y buscar una escapatoria. No iba a ser la mujer del jeque.

## Capítulo 8

Al final, no tomaron el té juntos. Ella estaba furiosa y él no estaba dispuesto a serenarla. Ella tenía que entender cuál era su poder y su reputación. Tenía que saber lo que había hecho y lo que haría sin el más mínimo remordimiento. Estaba orgulloso de ser un guerrero, un bandido y un rey. Había pasado por demasiadas cosas para ser amable. Tampoco era generoso ni paciente ni sensible. Aunque había prometido proteger a Tally una vez que era suya. Tally haría bien en aceptar los hechos cuanto antes.

Tally, agotada por el viaje, había esperado caer dormida nada más tocar la cama, pero pasó horas dando vueltas por su dormitorio en lo más alto de la torre de Tair. No le disgustaba casarse, le fastidiaba la forma que tenía él de hacer las cosas. Era autoritario e insensible. Se empeñaba en hacerlas. Además, sabía que el matrimonio no era la solución. Había vivido lo suficiente para saber que el amor era importante. El matrimonio implicaba compromiso y sacrificio. Quizá algún día estuviera dispuesta a renunciar a algunos sueños, pero ese día no había llegado todavía. Todavía quería hacer muchas cosas. También sabía que sería una buena madre... algún día.

Impulsivamente se puso una bata. Sabía que la habitación de Tair estaba en el mismo piso y fue hasta allí. Llamó suavemente a la puerta.

– Tair...

Él le dijo que entrara. Tenía la lámpara encendida y estaba tumbado en la cama, sin camisa, y leyendo un montón de periódicos. Los ventanales estaban abiertos.

– No puedo dormir – reconoció ella sin poder apartar la mirada de su pecho musculoso y lleno de cicatrices –. ¿Te molesto?

– No – contestó él mientras plegaba el periódico.

Ella rodeó la cama. No había sillas, sólo había dos mesillas repletas de libros en francés, inglés, árabe e italiano. Tally tomó uno de los libros y miró el título: *Teoría económica de la oferta y demanda en sociedades agrícolas*.

– Una lectura muy amena... – comentó ella –. ¿Todos los libros son así?

– Hay una mezcla de historia, política y economía.

Ella se mordió el labio sin saber cómo plantearlo.

– ¿Estás pensando algo? – le preguntó él.

– Sí.

– Dímelo. Mejor, déjame que lo adivine. Estás enfadada por mis planes de boda. No quieres casarte conmigo ni pasar aquí el resto de tu vida. ¿Qué tal?

– Muy bien.

– Siéntate – Tair dio una palmada en el borde de la cama.

Tally se sentó a los pies de la cama. Lo más lejos posible de él.

– Entonces, sabes por qué no puedo hacerlo...

– Sé por qué no puedes marcharte – la miró a los ojos –. Sabes demasiado de nosotros.

– ¿Demasiado?

– Sabes dónde vivimos; conoces los aspectos más secretos de nuestras vidas.

– Yo no soy un peligro para vosotros. Seguro que te das cuenta. Eres un líder. Tienes que saber distinguir la verdad. No soy peligrosa. Soy buena.

– Hasta los buenos pueden convertirse en malos.

– Yo no. Si me hubiera convertido en mala, lo habría hecho hace mucho tiempo. Me gusta el arte, la naturaleza, los libros y la aventura, pero, sobre todo, la paz.

– ¿Estás segura de que no eres una política? – le preguntó él con media sonrisa.

– Sé que no me habrías salvado la vida tres veces si creyeras que soy mala. Has arriesgado tu vida y eso significa algo.

Tair bajó la mirada, pero pareció más rudo todavía.

– Es posible que no seas una amenaza, pero si te dejas ir a Baraka...

– ¿Qué pasa en Baraka?

– Serías peligrosa si caes en ciertas manos.

– ¿Qué quieres decir con eso?

– Tengo enemigos y yo tengo que defender a mi gente. Niños, mujeres, ancianos...

– Yo nunca les haría daño...

– Claro que no, pero el riesgo ya no está en tu cámara, está en ti. En tu cabeza, en tu memoria. Si te presionaran, podrías revelar cosas que nos perjudicarían mucho.

Tally fue a la ventana. Sólo se veían algunas sombras lóbregas y difusas de la ciudad.

– No puedo vivir aquí para siempre – susurró Tally –. Para mí sería la muerte, una especie de prisión.

Ella no lo oyó levantarse, pero notó sus manos firmes sobre los hombros.

– Entonces, no sabes qué es la muerte. Bur Juman no es la muerte. Ni siquiera la prisión es la muerte. La muerte es la muerte y nada más.

– Paso la vida viajando – a Tally le abrasaban los ojos –. Vivo en hoteles. Nunca paso más de una semana en la misma ciudad.

– A lo mejor ha llegado el momento de que te quedes en un sitio – Tair retiró las manos.

— ¡No! — Tally se volvió para mirarlo con furia—. No estoy preparada para renunciar a mi vida y a mi trabajo.

— Ya no eres una niña. Eres una mujer. Tienes treinta y un años. Tienes que tener hijos.

— Acabo de empezar mi carrera profesional — a Tally no le salían las palabras—. ¡Me niego a dar por terminada mi vida!

— Casarte conmigo y tener hijos no es terminar tu vida. Es empezarla conmigo aquí.

— Casi ni nos gustamos — Tally se apartó de él.

— No hace falta.

— ¿No hace falta? Estás hablando de matrimonio.

— No hace falta que los maridos gusten a las esposas. La obediencia es suficiente.

Tally se llevó las manos a la cabeza. Era la conversación más absurda que había tenido en su vida. No sólo pretendía que tuviera hijos con él, sino que lo obedeciera.

— No me conoces, ¿verdad? — le espetó ella—. No soy de las mujeres que se quedan en casa y tienen hijos. Me gusta escalar, nadar y correr, no tener hijos ni obedecer — lo miró fijamente—. No obedezco.

— No mucho, es verdad.

— En absoluto. Puedes ahorrarnos esa desesperación interminable. Llévame a una ciudad grande y móntame en un vuelo internacional. Me iré sin mirar atrás...

— Bur Junam es un sitio precioso para vivir.

— Para los bereberes o los beduinos o lo que seáis.

— Tengo que enseñarte muchas cosas — Tair apretó los labios.

— No quiero que me enseñes nada. Ya he aprendido bastante de ti, de mi familia y de todos los que pensaban que sabían lo que me convenía. Nadie sabe lo que me conviene.

Tair suspiró y se hizo un silencio abrumador.

— Sí — dijo él por fin—. Va a ser un matrimonio arduo y una vida muy larga, me temo.

Tair fue a desayunar con ella en la terraza de su dormitorio.

— *Sabah-ul-kher* — la saludó él mientras se sentaba en un taburete—. ¿Qué tal has dormido?

— No especialmente bien — contestó ella con una mirada abatida—, gracias.

— A lo mejor te apetece descansar un poco más tarde. Todavía estás débil...



– Tair...

– Mi delicada flor – los ojos de él brillaron burlescamente.

Tally no entendía que su desgracia le divirtiera tanto.

– ¿Por qué estás tan contento? Pareces otro hombre desde que estamos en tu palacio.

Tair peló una mandarina, se comió un gajo y ofreció otro a Tally. Ella lo rechazó.

– ¿Prefieres alguna túnica concreta para tu boda?

– No puedes obligarme a casarme.

– Sí puedo. Soy el jeque y eres parte de mi harén.

– No lo soy.

– El harén no significa que seas una bailarina. Simplemente que formas parte del ajuar.

– Entonces, soy como la vajilla, ¿no?

– Más o menos – él esbozó una sonrisa –. Casarte conmigo es lo mejor para ti.

– No. Es lo mejor para ti.

Él hizo el arrogante gesto de siempre: se encogió de hombros.

– Lo será.

Tair miró a la sirvienta que le había llevado café caliente y le dio las gracias. Ella se ruborizó de placer. Tally gruñó. Todo el mundo lo adoraba menos ella.

– Todavía no me has dicho qué prefieres para la ceremonia. Seguramente, querrás elegirlo tú misma.

– No sabía que tus maravillosas túnicas tuvieran colores o formas distintas – replicó ella con sorna –. Yo sólo las he visto blancas y negras.

– Las hay de un azul precioso.

– Marino.

– ¿Lo ves?

– ¿Estás preguntándome si quiero casarme de blanco, negro o azul marino?

– Sí – Tair apretó las mandíbulas.

Era increíble cuánto la irritaba. Era imposible que él pensara que podían casarse, pasar algún tiempo juntos, y menos todavía en la cama. No era una virgen recalcitrante, pero tampoco consideraba el sexo como una mera diversión. Era algo íntimo y unido al amor. ¿Cómo iba a hacer al amor con un hombre que no la respetaba?

– Sorpréndeme – replicó ella –. Así, el día de la boda será más excitante.

Tair, repentinamente, la agarró de la muñeca, la levantó y la llevó hasta él.

– Eres una novia muy díscola.

– Porque no eres el novio que quiero – espetó ella mientras intentaba soltarse.

– ¿Por qué? – le preguntó él sentándola sobre su regazo.

Tair le acariciaba la muñeca con el pulgar. Era un contacto perturbador. Una llamarada le recorría el brazo y acababa abrasándole las entrañas. No podía permitir que la excitara. Era un hombre espantoso y sin civilizar.

– ¿Sabes por qué? – preguntó ella con un gruñido.

– ¿Por que soy un jeque?

– No. No es una cuestión religiosa o cultural. Es por ti. Me has secuestrado. ¿Por qué iba a querer casarme contigo?

Ella se estremeció porque aquella leve caricia la alteraba. Era imposible que él hiciera que se sintiera así. Sin embargo, volvió a estremecerse. Era una reacción que no podía evitar ante el roce de su pulgar en ese punto tan sensible. Lo malo era que el punto sensible iba agrandándose y todo su cuerpo empezaba a vibrar. ¿Cómo iba a respetarlo si él no dejaba que se respetara a sí misma? No podía permitir que un hombre derribara sus defensas de esa manera. Tenían que hablar o jugar al ajedrez, pero era injusto que la acariciara.

– Si no te hubiera secuestrado, ¿te gustaría?

– Quizá – Tally no pudo mirarlo a los ojos.

– No lo creo, mujer – se burló él.

Ella apretó los dientes. ¿Por qué seguía llamándola «mujer»? Sabía que ella lo detestaba.

– Tienes razón. No me gustarías ni aunque te conociera en un cóctel de una embajada. Es algo completamente personal. Representas todo lo que menos me gusta de un hombre. Eres rudo, mezquino y brutal. Un hombre no debería intentar dominar a una mujer, pero es lo que tú haces conmigo.

Él se acercó y ella pudo notar la calidez de su piel.

– También te he salvado.

Él tenía los labios casi sobre los de ella y Tally sintió una sacudida por todo el cuerpo.

– Tú me pusiste en peligro – replicó ella con voz ronca.

– No te puse en peligro – él bajó los labios y le rozó la mejilla y la comisura de la boca –. Te pusiste tú sola en peligro con tu conducta irracional.

Ella quiso salir corriendo, pero el roce de sus labios sobre la piel era demasiado embriagador y hacía que quisiera más. ¿Cómo era posible que su cabeza lo rechazara y su cuerpo lo deseara?

– Eres perverso – sentenció ella con un susurro.

– Me parece que te gusta la perversión – él le pasó delicadamente los dedos por la mejilla.

– No.

– Mmm...

Ella cerró los ojos al sentir una oleada de sensaciones que le recorría toda la espina dorsal.

– Soy buena.

Ella notó que el pecho de Tair subía y bajaba con una carcajada sorda.

– Eso dices.

Tally iba a replicar cuando él le tomó la barbilla con la mano y le levantó la cara. Contuvo el aliento y lo miró a los ojos rebosantes de pasión. Ella, como un ciervo obnubilado por los faros de un coche, esperó la culminación del desastre. Tair le cubrió la boca con la suya y, en ese instante, ella soltó el aire y se rindió a la calidez de su piel. Fue un beso perfecto. Quizá ella no pudiera casarse con él ni vivir con él, pero él sabía cómo besarla. Fue un beso increíble. Notó que él la agarraba de la cintura y la estrechaba contra sí. También fue un gesto perfecto, excitante y reconfortante a la vez. Hizo que ella pensara que, por algún motivo, se sentía acogida, que en ese momento se encontraba en el único sitio donde necesitaba estar.

Sin embargo, la cruda realidad se abrió paso y Tally se apartó. Lo miró penetrantemente, pero tenía los ojos borrosos.

– No.

– No, ¿qué?

– No, todo – inexplicablemente, Tally notó unas lágrimas abrasadoras –. No puedes poseerme; no voy a quedarme; no voy a casarme contigo.

Él la miró un rato sin alterarse y se encogió de hombros.

– Entonces, ¿quieres una túnica azul para la ceremonia?

– ¡Tair!

Él ya había llegado a la puerta y se marchó sin mirar hacia atrás. Ella se quedó sola con el recuerdo abrasador del beso. No le abrasaban sólo los labios, le abrasaba el corazón.

## Capítulo 9

«Las mujeres quieren que tomes café con ellas esta mañana».

La voz de Tair retumbaba en su cabeza mientras iba hacia la azotea de la torre destinada a las mujeres. Tally entró vacilantemente por el arco de la puerta. Oyó unas voces al fondo del pasillo y las siguió hasta una estancia muy grande con bancos muy bajos repletos de almohadones de seda. Todas se callaron y se volvieron para mirarla. Ella no sabía cómo la recibirían, pero todo el círculo de mujeres le dio una calurosa bienvenida mientras le hacían sitio entre los almohadones. Tally, un poco nerviosa, se sentó y se apartó el velo de la cabeza para que el pelo le cayera sobre los hombros. Una mujer exclamó que era precioso y otra se acercó para tocarlo.

– *Salaam* – las saludó Tally intentando disimular los nervios.

No tenía por qué estar nerviosa, pero sabía que tampoco la aceptarían, que el matrimonio adecuado para un hombre tan poderoso con Tair era con una mujer de su tribu. Las mujeres seguían sonriéndole, esperando, y la sonrisa de Tally vaciló. ¿La retendrían allí? Miró atentamente a las caras de curiosidad que la rodeaban hasta que se fijó en una de las más jóvenes que estaba claramente embarazada.

¿Podría ser feliz allí? ¿Podrían aquellas mujeres ser sus amigas? Con una sonrisa, aceptó una taza de café turco. Tally se mordió el labio por las dudas, pero sabía muy bien que esas mujeres merecían algo mejor que una azotea que les impedía relacionarse con los demás.

No podía dejar de sentirse furiosa. Quizá hubiera momentos increíbles entre Tair y ella, pero sólo eran momentos y la realidad se imponía para recordarle la verdad, la justicia y la honorabilidad, por no hablar del respeto. La verdad era que los hombres podían secuestrar a las mujeres y que ella no podía respetar a un hombre que no le permitía tomar sus propias decisiones. Tenía que haber un límite que nadie traspasara, unos principios. Pero Tair no los tenía. Tair la enfurecía y alteraba todo su mundo.

Miró al techo con la cabeza sobre un almohadón de la cama y pensó que habría que secuestrar a Tair. También pensó en su apartamento de Pioneer Square donde tenía su cocina y podía hacer lo que quisiera sin depender de nadie, donde podía ir a buscar algo de comida o hacer cualquier cosa sin que la enclaustraran en su habitación porque era tarde y las mujeres decentes tenían que estar en sus habitaciones. ¿Por qué no iba a por algo de comida? Sabía que la cocina estaba cerca y tenía hambre.

Se levantó, se puso una bata oscura sobre el camisón y salió en busca de algo de comida y bebida. No fue muy lejos antes de encontrarse con un hombre que se limitó a mirarla. Ella siguió, bajó a otro piso y se encontró con más hombres. ¿Serían guardianes de Tair? Ninguno le dirigió la palabra ni la molestó. Tally comprendió

enseguida por qué. Alguien, seguramente el primer guardián, había avisado a Tair y éste la esperaba al pie de las escaleras.

—¿Vas a escaparte? —le preguntó él suavemente.

—Tengo hambre —ella lo miró fugazmente—. ¿Puedo, mi señor?

—Si sólo fuera eso... —le hizo un gesto para que lo acompañara—. A ver si encontramos a alguien que pueda prepararte algo. Bastará con que despierte a una cocinera.

—No quiero despertar a una cocinera.

—Pero tienes hambre...

—Sí, pero puedo arreglármelas sola.

—Me temo que nuestra cocina no es como las americanas.

—Me apañaré con una tostada y un té.

—Llamaré a la cocinera...

—Déjalo.

Tally se dio la vuelta y se levantó el pelo de la nuca. Tenía calor y hambre. No quería la compañía de Tair, quería algo reparador, algo que la tranquilizara.

—Volveré a mi cuarto —dijo ella sin entusiasmo mientras volvía sobre sus pasos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Tair justo detrás de ella.

—¿Tú qué crees? Tengo calor y hambre, no tengo libros ni nada donde escribir ni mi cámara para entretenerme. Estoy aburrida y atrapada.

—Tienes calor —repitió Tair mientras empezaban a subir la escalera.

—Sí.

—Hambre y calor —insistió él.

—Sí.

—¿Estás cansada?

—No. Aburrida.

—Inquieta.

—Exactamente —Tally se paró en el descansillo—. Esta noche me siento como una gata enjaulada y me espanta. He estado mucho tiempo viajando y no soporto esta sensación.

Él, por primera vez en mucho tiempo, hizo un gesto de cierta compasión.

—Me recuerdas a algunos de mis hombres cuando pasan demasiado tiempo aquí. Los hay que se desasosiegan.

—Se desasosiegan... Utilizas unas expresiones muy precisas.

—Mi educación inglesa.

Tally lo miró fijamente para intentar ver por encima del muro que ocultaba todas sus emociones y sus pensamientos.

– Nunca hablas de tu educación en Inglaterra.

– Ya lo sé – Tair señaló el siguiente tramo de escalones –. ¿Seguimos?

Tally, resignada, empezó a subirlos. Lo miró un par de veces para sacarle algo más de información. Le fascinaba ese lado occidental de él, pero siempre se encontraba con un muro que lo hacía misterioso y distante. Tally detestaba ese muro. Lo detestaba tanto, que iba a derribarlo. Llegaría a conocerlo aunque fuera lo último que hiciera.

Una vez en el tercer piso, Tally fue hacia su habitación, pero notó la mano de Tair en su espalda.

– Espera – le dijo él con un tono profundo –. Hay algo espectacular que quiero enseñarte.

Tally lo siguió picada por la curiosidad. Tair llegó a la puerta de su habitación y ella se paró en seco. Él sonrió burlonamente.

– ¿Qué crees que voy a enseñarte? ¿Una parte de mi anatomía?

– No – contestó ella con las mejillas ardiendo.

– Es espectacular – insistió él con un brillo pícaro en los ojos –, pero no te he traído para eso. No recibirás esa lección hasta el día de la boda.

– Es decir, nunca – replicó ella en voz muy baja.

– No lo creo – le corrigió él –. Sin embargo, esta noche nos centraremos en esto...

Tair abrió la puerta y la llevó hasta unas puertas de cristal. Ella supuso que darían a una balconada, como la de su habitación, con vistas al desierto. Sin embargo, daban paso a un patio privado enorme, a un jardín amurallado que resplandecía a la luz de la luna. En el jardín había una piscina excavada en el suelo de piedra. Ella se sintió aliviada y lo miró. Él le sonreía.

– Tienes tu propia piscina.

– Soy el jeque.

Aquella era la vida que ella no había conocido, una vida que creía que no existía. El mundo de Tair era más seductor y erótico que cualquier otro que ella hubiera visto en Seattle. Sin embargo, se dijo que él no la compraría, que tenía sus principios, que tenía que seguir el camino recto. Aunque el camino recto era menos interesante que lo que se presentaba ante sus ojos. Era un camino arduo y solitario y ella daría cualquier cosa por flotar en esa agua tranquila, fresca y reconfortante.

– ¿Puedo bañarme? – Le preguntó agarrándolo impulsivamente del brazo –. No tengo traje de baño, pero está oscuro y tú no verás... – se calló al caer en la cuenta de la situación –. A no ser que tú tengas uno.

– No tengo ninguno a mano.

– Entonces, tus amigas no guardan un traje de baño aquí...

– No.

Tair cerró las puertas correderas para preservar la intimidad del jardín.

– ¿Se bañan desnudas?

Tair se acercó a ella, le quitó la bata, la dejó caer al suelo y la miró de arriba abajo sin perder detalle del cuerpo que se presumía debajo del camisón de seda.

– Sí, se bañan desnudas.

Tally contuvo el aliento y volvió a notar todo el cuerpo ardiendo. Se apartó de él y se acercó al borde de la piscina. Se agachó y metió la mano en el agua. No estaba ni fría ni caliente, estaba perfecta. Miró al fondo, pero no lo pudo distinguir, era profunda y suficientemente larga para poder nadar y hacer ejercicio.

– Estás mojándote el camisón – dijo él desde la oscuridad.

– No tengo traje de baño – replicó ella con una sonrisa.

– Entonces, ¿qué vas a hacer?

Ella sonrió más todavía y se sintió repentinamente desinhibida. Se lanzó a la piscina. El agua estaba muy fresca y Tally se puso de espaldas. Nunca se había sentido tan libre.

– ¡Cuántas estrellas!

Tair se acercó y se sentó en una silla baja junto a la piscina.

– ¿Ya estás mejor?

– Sí – ella se dio la vuelta –. Qué felicidad...

– ¿Felicidad? – Tair arqueó las cejas –. Te conformas con poco.

– No, pero esto es maravilloso. Tienes que reconocerlo. Tienes una piscina en medio de una montaña.

– Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer.

Tally se rió con toda su alma.

– Nunca te había visto tan contenta.

– Me siento libre.

Tally se puso otra vez de espaldas con los ojos clavados en el cielo azul oscuro tachonado de estrellas. De niña, en North Bend, se sentaba en el patio, miraba al cielo y soñaba con alcanzar la vida que no había tenido porque su familia era pobre, con viajar y tener aventuras.

– De niña quería ser princesa. Contaba las estrellas y me hacía promesas. Algún día sería guapa, famosa y rica. Me imaginaba que era princesa, que sería feliz si me casaba con Alberto de Mónaco o uno de los hijos de la princesa Diana...

Tair no dejaba de mirarla en la oscuridad.

– ¿Sigues pensando que ser princesa serviría de algo?

—No. Ya no quiero ser princesa, pero sigo queriendo muchas cosas, casi todo.

Tair observaba su piel a la luz de la luna. Lo había hechizado con esa personalidad indómita. Rebosaba pasión y parecía como si nunca se quebrara. Además, también celebraba que ella no se hubiera doblegado a él, quería una mujer, no un felpudo. Necesitaba una mujer como Tally, una mujer que fuera sincera y que diera su opinión. Tally le recordaba unos tiempos que pasaron para siempre, un pasado en el que fue alguien divertido, despreocupado y sin problemas. Cuando lo mandaron a Inglaterra con seis años, él nunca se imaginó que volvería al cabo del tiempo como jeque y líder. Nunca había querido mandar. Él adoraba los deportes, el estudio y la diversión. Esbozó una sonrisa al ver el cuerpo resplandeciente de Tally. Hacía que quisiera quitarse la túnica y las responsabilidades e ir junto a ella; olvidarse de las obligaciones y vivir, sentir; olvidarse de los sufrimientos del pasado y del hombre que había llegado a ser.

Sin embargo, no podía. Tair tenía que estar preparado para cualquier eventualidad, tenía que estar despierto y alerta.

La primera lección fue la muerte de su padre. Él estaba en la universidad de Cambridge y tuvo que ir a un mundo muy distinto; un mundo en el que occidente era el mal; un mundo en el que un francotirador había matado a su padre. El francotirador había dado por sentado que el padre de Tair era una amenaza y se había precipitado al disparar. Los gobiernos extranjeros se habían disculpado, pero las disculpas no resucitaban a los muertos.

Como si la muerte de su padre no hubiera sido suficiente, además estaban las guerras fronterizas, un derramamiento de sangre sin sentido para Tair. ¿Por qué los árabes luchaban entre sí? Tair hizo lo que pudo para ser imparcial y justo, hasta que la guerra alcanzó su tierra cuando estaba en Baraka por trabajo. La guerra no debería haberlos alcanzado, pero Ara había sido orgullosa, hermosa e implacable. Además, estaba segura de poder con cualquier cosa que la vida le arrojara.

Cerró los puños de rabia y dolor. Seguía recordándolo después de tantos años, seguía sintiendo la misma conmoción y tristeza. Si Ara no hubiera abierto las puertas, si hubiera hecho lo que él siempre le había dicho que hiciera, si hubiera escuchado, si no hubiera sido tan valiente... La añoraba. Añoraba a su mujer y a su hijo más de lo que podía soportar y estaba dispuesto a reconocer. Tair cerró los ojos.

—Tair...

Una voz suave y cariñosa lo acarició y por un momento habría jurado que era Ara.

—Tair. ¿En qué piensas?

Abrió los ojos y, aunque sabía que Ara había muerto, por un instante esperó verla.

—Tair —Tally, desnuda y resplandeciente, salió de la piscina—. Estás ausente. ¿Qué piensas?

Tair alargó una mano y ella se acercó como si fuera lo más natural del mundo. Quizá lo fuera. Tair la sentó en su regazo para darle el calor de su cuerpo. Ella,



instintivamente, levantó la cara para recibir el beso que anhelaba. Los hombres eran sencillos y complicados; rudos y arrogantes, pero tiernos por dentro y necesitados del contacto de una mujer, de su amor.

Los ojos se le empañaron de lágrimas y notó un nudo en la garganta cuando Tair estrechó su cuerpo desnudo contra sí. Ella debería haber sentido pudor y extrañeza por estar en sus brazos, pero le pareció normal estar cerca de su corazón. Tenía cicatrices en el pecho, pero también tenía otras heridas que ella desconocía y que le importaban. Él le importaba. Quizá más que su propia libertad.

## Capítulo 10

Tair la tomó en brazos y la llevó hacia su dormitorio mientras le besaba en el cuello. Ella no pudo reprimir un estremecimiento de placer. Sabía adónde la llevaba.

—¿Es sensato? —le preguntó ella mientras se aferraba a él.

—Sí —susurró Tair si dejar de besarla—. Muy sensato. La espera por hacerte mía está desesperándose.

La voz grave y profunda retumbó por todo el interior de Tally. La cabeza le daba vueltas y se sentía desbordada por el deseo y la excitación. Notaba con deleite el contacto de sus manos y de su boca. Tally contuvo el aliento cuando él le tomó los pechos con las manos. Sus caricias tenían algo de seductor, pero eran muy delicadas. Lo reconoció en un grado que no podía explicar, pero lo conoció en un aspecto muy primario de ella, lo conoció como un hombre, su hombre. Además, pensó Tally mientras le rodeaba el cuello con los brazos y todo el cuerpo le vibraba, ella también era de él.

Tally le desabrochó la camisa para besarle la piel cálida y fragante de su pecho. Ella nunca había sido atrevida con los hombres, pero Tair le daba valor, hacía que quisiera apoderarse de todo lo que le ofrecía la vida, hasta del sexo, ya que no del amor. Le besó las cicatrices y pensó que allí era donde quería estar, en su corazón. Ese espantoso corazón bárbaro. El corazón que ella quería más que cualquier otra cosa.

—Sabes que eres mía —Tair la miró a los ojos—. Sabes que no puedes abandonarme. Ya sabes que tu sitio está aquí.

Las palabras casi le resbalaron. No podía pensar en algo que no fuera tenerlo más cerca, en eliminar la mínima distancia que había entre ellos. Lo necesitaba, no sólo su boca y su mente, sino su cuerpo poderoso, los músculos tensos bajo la piel de guerrero.

—Te reclamo como mía —siguió él mientras le posaba las manos en el trasero y la estrechaba contra su erección—. Ya no puedes cambiarlo. Ya no puedes escaparte.

Ella cerró los ojos al notar las manos cálidas sobre la piel. Quería que esas manos la acariciaran por todo el cuerpo.

—No te escaparás —repitió él mientras le pasaba las manos entre las piernas.

Ella se estremeció y asintió con la cabeza. No había asimilado nada de lo que él había dicho y lo había asimilado todo a la vez. Él lo era todo; primario, sexual y viril. Quien hacía que se estremeciera y quien había desencadenado ese torbellino de anhelo. Se arqueó para que sus pechos se aplastaran contra el pecho de él, para que sus caderas le transmitieran el apetito que él tenía que saciar.

—Sí —farfulló ella.

—Sí, ¿qué? —le preguntó él mientras la miraba a los ojos.

—No me escaparé —contestó ella mientras los pezones se le endurecían.

Tair notó la reacción y le miró los pechos rematados por dos abultamientos rosas. A Tally la habían mirado otros hombres, pero nunca como aquella vez.

Aquello era dominación. Él inclinó la cabeza, separó los labios y tomó un pezón con la boca, entre los dientes. Lo lamió y ella gimió, la provocó hasta que se puso a temblar. Estaba derritiéndose. Se estrechó más contra él. Lo necesitaba. Tenía que llenar el vacío que sentía. Todo el cuerpo la abrasaba, y cada vez lo notaba más vacío.

Fueron hasta la cama y Tair la tumbó sobre la colcha de seda. Tally lo agarró de la camisa y lo atrajo hacia sí.

– Espera, quiero mirarte – dijo él mientras se apartaba.

– Pero yo quiero sentirte – Tally lo tomó de la nuca y le bajó la cabeza.

Ella cerró los ojos y sintió una descarga eléctrica. Los besos de Tair no se parecían a ningún otro beso. Tair la acarició por todo el cuerpo y, cuando ella ya no aguantó más, le tiró de la túnica y de los pantalones para que se los quitara.

Lo miró desnudarse con los ojos entrecerrados y casi sin aliento. Él era más impresionante de lo que se había imaginado. Era puro músculo. Tally había visto a hombres con cuerpos trabajados en el gimnasio, pero el cuerpo de Tair estaba modelado por la vida, las batallas, el viento y el desierto. Entonces, supo que lo amaba como no se había imaginado que podría hacer. Era el hombre que había estado buscando. Era el amor que había buscado durante aquellos años. Parpadeó para enjugar unas lágrimas.

– Ven – Tally alargó una mano.

Tair tenía los ojos casi negros y su expresión la abrasó. Él era un fuego sin control y ella iba a precipitarse a las llamas. Tair le separó los muslos con las rodillas. Tally dejó escapar un gemido cuando él le acarició las caderas y el vientre dejando un rastro abrasador allí donde la tocaba y haciendo que su interior se derritiera de anhelo por él. Si embargo, Tair no tenía prisa. Se deleitaba con su cuerpo, con la delicadeza de su piel, con la forma de sus pechos, con la sombra entre sus muslos. Attendía a cada gemido y a cada reacción de ella para recordar lo que le gustaba y poder tocarla como si fuera un instrumento musical para su disfrute.

Tally estaba arrebatada. Nadie la había acariciado de aquella manera ni había conseguido que su cuerpo le resultara conocido y extraño al mismo tiempo. Ella nunca había pensado que fuera apasionada, pero cuando Tair le pasó los pulgares por los pezones, ella perdió todo pudor. Haría lo que fuera por él y con él. Él se había abierto camino a su corazón y su cuerpo lo reclamaba para fundirse con él.

Él entró con un embate delicado y firme, con confianza en la forma de moverse dentro de ella. Tally le rodeó el cuerpo con los brazos y lo deseó con todo su cuerpo y su corazón, como nunca había deseado a nadie. Tair, que era un amante experto, la elevó a la cota más alta del placer, hasta que se quebró en mil pedazos deslumbrantes y se desmoronó entre los brazos de él. Entrelazó los dedos con los de él y deseó que ese momento durara para siempre. Apoyó la mejilla en el pecho de Tair y notó el poderoso latido de su corazón. Sólo quería abrazarlo y recordar lo que sentía al estar

abrazada a él. Cerró los ojos e intentó retener en la memoria su calidez, su fuerza y su olor.

—Eres una mujer muy complicada —comentó Tair con voz profunda—. Sin embargo, cuando te abrazo como ahora, eres muy sencilla.

—Podría decir lo mismo de ti.

Él la levantó un poco para poder mirarla a la cara.

—Eres muy guapa. Siempre me maravillará tu belleza. Esta mandíbula, esta nariz, los pómulos, los ojos claros, grandes e inteligentes. Tienes que saber el efecto que tienes en los hombres.

—No tengo ningún efecto en los hombres.

—¿Ningún efecto? Has puesto mi vida patas arriba, mujer. Te he perseguido tantas veces por el desierto que ni me acuerdo...

—Dos veces.

—Cómo te gusta decir la última palabra.

—Quién fue a hablar.

—¿Lo ves?

Tally sonrió, le tomó la cara entre las manos y lo besó para que él supiera que ella sólo quería ser suya.

—A lo mejor tienes un poco de razón —susurró ella.

—Por fin has entrado en razón —Tair se rió levemente.

A Tally le encantaba estar recostada contra su pecho y con las piernas entrelazadas. Sólo quería sentirse abrazada y querida.

—Yo creo que has hecho que pierda la razón.

Tair volvió a reírse y Tally pensó que debería reírse más a menudo.

—Hazme el amor otra vez —lo miró a los ojos y sonrió levemente—, por favor.

Tally durmió junto a él, con el brazo de Tair sujetándola firmemente de la cintura. Era una situación extraña, pero maravillosa. Era el tipo de extrañeza reconfortante, que daba paz. La vida estaba muy bien y sólo podía ir a mejor.

Aquella sensación no duró mucho. Cuando Tally se despertó, comprobó que Tair se había ido. Unos hombres y él se habían ido a El Saroush y volverían al cabo de unos días, quizá una semana.

Tally volvió a su habitación. ¿Por qué no le había dicho que iba a marcharse? Estaba furiosa y fue de un lado a otro de la habitación. Le había hecho el amor y la había dejado sola. Era un animal y lo odiaba. Era imposible que amara a un hombre que no se comunicaba con ella. Se negaba a amar a un hombre que iba y venía y esperaba que ella estuviera esperándolo. Él tenía una madre inglesa y se había

educado en Inglaterra. Tenía que saber que las mujeres occidentales no se limitan a esperar. Se llevó la mano a la boca para contener la tristeza que la dominaba. No le gustaba sentirse olvidada. Por eso se había ido de su casa y por eso era una aventurera. Era mejor jugarse la vida que quedarse sentada y pasiva con el corazón partido.

Intentó convencerse de que él volvería pronto, de que no tardaría una semana, pero no sirvió de nada. Podría pasar perfectamente unos días sin él, incluso agradecería no tener que soportar sus sarcasmos, pero debería habérselo dicho personalmente, si ella le importaba. Se quedó pensativa. Quizá fuera eso lo que la alteraba. Quería importarle a él. Él le había dicho que la deseaba, había dicho que la poseería, pero nunca había dicho nada de amor o cariño. ¿Qué podía esperar de un hombre que prefería secuestrar a una mujer que cortejarla? Se quedó mirando por la ventana sin distinguir nada. Sólo podía ver su desolación, la soledad y la tristeza. Los hombres como él no comunicaban sus sentimientos, sencillamente, tomaban decisiones. No permitían que nadie se acercara a ellos y ser vulnerables. Paolo, su amigo y amante brasileño, había sido igual. Hasta que acabó matándose en el Everest en una de sus arriesgadas aventuras.

Tally resopló. También se enamoró de él. Se enamoró y cayó como lo hizo Paolo, sin red de seguridad. Como le pasaba en ese momento, estaba cayendo al vacío. ¿Cómo había podido bajar la guardia? ¿Cómo había permitido que Tair entrara en su corazón? ¿Acaso la muerte de Paolo no le había enseñado nada? ¿Por qué no se habría enamorado de un hombre sensible que la tratara con consideración? Quizá porque un hombre así hacía que sintiera que tenía que ganarse su amor. Como su padre. ¿Acaso no se había quedado tanto tiempo en su casa para demostrar a su padre que era fiel? ¿Que ella lo respetaba y amaba más que todos sus hermanos?

Tally sacudió la cabeza. Eso era imposible. No era la misma situación. No aceptó la beca para ir a la universidad porque la necesitaban, no porque quisiera ser la niña de los ojos de su padre. Parpadeó para en jugarse unas lágrimas abrasadoras. No tenía sentido renunciar a una beca en una de las mejores universidades para ser la favorita de su padre. Mandy era la favorita, o los chicos. No ella, la asmática con gafas de concha, pelo marrón y ojos marrones que tenía un aire tan serio. Se agarró de la cortina de seda. Hacer todo bien había sido inútil. Había sido inútil renunciar a sus sueños para que los de él se hicieran realidad. Si ella hubiera sido más egoísta... Los sentimientos eran engañosos. Lo mismo le pasaba en ese momento.

Volvió a resoplar con fuerza. Sintiera lo que sintiese, no iba a influir en sus decisiones. Iba a salir de allí. Iba a vivir las aventuras que quisiera. No iba a permitir que nadie la privara de sus sueños.

Al segundo día, deseosa de ocupar el tiempo y de olvidarse de Tair, Tally aceptó acompañar a las mujeres a la casa de baños y se dio un baño de leche. Al tercer día, permitió que las mujeres le decoraran con henna las manos, las muñecas y las plantas de los pies. Tardaron un día y parte del siguiente. Las mujeres se reían al ver cómo iban tomando forma los dibujos y ella tuvo que reconocer que le gustaba. Era como un tatuaje, pero acabaría borrándose.

Al día siguiente, el estado de ánimo de Tally cambió completamente al enterarse de que Tair había vuelto por la noche. Se lo dijo Leena, su doncella, cuando le llevó el desayuno.

—Su señoría ha vuelto. Llegó anoche con muchos hombres.

A Tally le dio un vuelco el corazón. Sintió un arrebató de alegría que se disipó rápidamente al acordarse de lo furiosa que estaba. Tenía que recordar que no era una mujer que iba a quedarse en casa esperando a su hombre.

—Me alegro —replicó Tally con tono de indiferencia. Tally se obligó a desayunar a pesar de que el corazón se le salía del pecho.

No se sorprendió mucho cuando su sombra surgió en el patio. Era la sombra de un hombre enorme y espantoso.

—Buenos días —le saludó Tair mientras agarraba una silla, aunque no se sentó.

Tally no supo qué esperaba él. ¿Un beso? ¿Un abrazo cariñoso?

—Ya has vuelto... —dijo ella con una frialdad que intentaba disimular sus emociones.

—Efectivamente, no he muerto —replicó él con media sonrisa.

Tally dio un mordisco del bollo, pero casi no pudo tragárselo.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó él mientras aceptaba una taza de café de Leena.

—Estupendamente.

Él bajó la mirada para disimular su expresión, pero Tally captó que estaba riéndose, de ella. Ésta apretó la mandíbula.

—¿Qué te pasa? Te fastidia estar atada...

Estaba furiosa por haberse acostado con el hombre más arrogante del mundo.

—Estás muy guapa —añadió él—. ¿Has ido a los baños?

—Sí —contestó ella mirándolo fijamente.

—¿Te has dado un baño de leche?

—Sí —lo miró más fijamente todavía.

—Me alegro.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros y le tomó las manos. Ella dio un respingo por la corriente abrasadora que le recorrió las manos, las muñecas y los brazos. Tair arqueó una ceja.

—¿Qué pasa? —preguntó ella a la defensiva.

—Nada.

Tally captó el tono sarcástico de la respuesta. Como si él supiera algo que ella no sabía y que no iba a gustarle.

– Creo que es precioso – apostilló ella sin abandonar el tono defensivo.

– Lo es.

– Es artístico.

– Sin duda.

– Entonces, ¿por qué sonríes así?

– No sonrío.

– Sí sonrías.

Tair sacudió la cabeza con una sonrisa muy leve y Tally intentó soltarse las manos, pero él no le dejó.

– Dímelo – insistió Tally.

– Es que el dibujo de tus manos significa algo. Tally sintió un vacío de horror en el estómago. Sabía lo que él iba a decir y no iba a gustarle. Él levantó las dos manos de Tally como si estuviera leyéndolas.

– Me perteneces – dio la vuelta a las manos para que Tally las viera –. Lo dice aquí.

Ella cerró los puños.

– No es verdad.

Ella sabía que era verdad y que por eso las mujeres se habían reído mientras le dibujaban las manos.

– ¿Dónde lo dice? – le preguntó Tally con impaciencia.

– Esto – Tair le enseñó uno de los dibujos con la punta del dedo – es el símbolo árabe del amor...

Tally intentó soltarse otra vez, pero sin éxito.

– ¿Amor?

– Yo sólo leo lo que dice – Tair se encogió de hombros.

Tally volvió a cerrar los puños.

– Me borraré esto inmediatamente.

– Aguanta un par de semanas, aunque frotes con todas tus fuerzas.

– Semanas... – repitió ella.

– Normalmente, meses.

– Meses...

– Se trata de que dure toda la luna de miel.

– No estamos de luna de miel.

– Hasta que no nos casemos, no, pero habrá una luna de miel. Es la costumbre.

– Me da igual lo que sea. No vamos a casarnos ni a irnos de luna de miel.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

- Sí vamos a casarnos. Los documentos están redactados.
- Rómpelos.
- Imposible. Resígnate, esta vez no vas a ganar.



## Capítulo 11

– No estás hablando en serio – susurró Tally.

– Claro que sí. ¿Adónde crees que fui? – le preguntó él mientras la soltaba.

Tally echó la silla hacia atrás para alejarse de él.

– No lo sé y como estoy segura de que no tiene nada que ver conmigo, no quiero saberlo.

– En realidad, tiene mucho que ver contigo. Fui a buscar al *mullah* de la ciudad, al juez. Él nos casará.

– ¿Qué gano yo por casarme contigo? – preguntó ella con tono burlón.

– Mi nombre y mi casa – Tair extendió los brazos.

– No los quiero.

– Mi protección.

– Tampoco la quiero.

– Pero la necesitas – la miró pensativamente—. Hace cuatro noches parecías ansiosa de casarte conmigo. ¿Por qué has cambiado de idea?

Ella se ruborizó al recordar la noche que pasaron juntos. Había sido muy intensa.

– Fue un error. Un arrebató de locura.

– Un arrebató de locura – repitió él.

– Sí. No podemos casarnos. No me casaré cuando nos separan tantas diferencias.

– Dime una.

– La religión.

– Dime otra.

– La política.

– Otra.

– Diferencias de cultura y en cuanto a la consideración de los sexos.

Él se dejó caer contra el respaldo de su silla con los ojos entrecerrados.

– ¿Eso es todo?

Tair levantó la barbilla y el sol iluminó su barba incipiente, la textura de su piel y las arrugas en las comisuras de los labios. Tally tuvo que hacer un esfuerzo para no besarlo y apretó los puños sobre su regazo. Quería que él dijera las palabras que ella necesitaba, quería que le diera el cariño que ella anhelaba. Necesitaba que él la amara.

Tally se levantó y cruzó al patio corriendo.

—Esto no es Seattle o Bellevue o de donde seas —le recordó Tair—. Es el desierto, un mundo distinto con normas distintas. Eres mía y te protegeré, quieras o no.

Tally se volvió y dio un paso lleno de furia hacia él.

—No puedes obligarme a hacer esto...

—Sí puedo. Puedo hacer las promesas en tu nombre. Ni siquiera es necesario que asistas a la ceremonia, aunque me gustaría que estuvieras. Aun así, seríamos marido y mujer.

—Sería tu propiedad.

—Digamos mi mujer.

Tally sacudió la cabeza con rabia. Sabía que estaba provocándola. Sabía que él estaba furioso por su recibimiento tan poco entusiasta, pero no iba a ceder.

—Me asombra que me obligues a casarme contigo, que puedas de hacer algo tan brutal.

—No creo que te asombre tanto. Ya me conoces bien y sabes que no digo una cosa y hago lo contrario. Si te he reclamado como mía, no voy a cambiar de idea porque pase el tiempo. Mañana lo serás legalmente.

Él podía conseguirlo por las buenas. Sabía engatusarla, pero no estaba dispuesto. Era un bruto insensible.

—No me casaré contigo por imposición. Si me caso contigo, será por amor.

—Y no me amas.

¿Lo amaba? ¿La amaba él? ¿Estaba tomándola por orgullo? ¿Quería demostrar que la había conquistado?

—No —afirmó ella con un nudo de amargura en la garganta.

Tair se levantó de la silla con una expresión sombría y aterradora.

—Tu mano derecha dice que me amas.

—Un grupo de mujeres viejas ha dibujado con henna mi mano derecha. Mi mano derecha no sabe lo que dice...

—Creo que sí lo sabe.

—Yo sé que no lo sabe.

—Entonces —Tair se encogió de hombros con una indiferencia absoluta—, a lo mejor deberías decir a tu mano derecha y a tu corazón que aprendan a que yo les guste, ya que no a amarme, porque dentro de poco vamos a unirnos para siempre.

Tally se quedó mirándolo con el pulso desbocado. No encontraba palabras para rebatirlo, pero tenía que hacerlo. Sabía que no podía permitir que eso pasara, sabía que Tair hacía todo lo que decía. Tally intentó pensar en algo que tuviera sentido.

– ¿Por qué yo? No me gustas y no te gusto. Somos completamente distintos. Nuestros principios están en conflicto. ¿Por qué no te casas con una mujer que quiera estar contigo en vez de con una que está dispuesta a escaparse?

– Tú estás aquí.

– Como cientos de mujeres.

– Tú me necesitas.

– No.

– Sí, pero como no aceptas ese argumento, te daré otro.

Se acercó y no paró hasta estar a unos centímetros de ella. Tally tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Contuvo el aliento y se sintió arrebatada por él, arrebatada por un ardor que no podía explicar. Sólo sabía que, cuando él la miraba, se derretía por dentro y los huesos le flaqueaban.

Él esbozó una sonrisa. Sabía el efecto que tenía en ella y le encantaba.

– Te quiero como esposa porque me encanta cómo me miras.

Sonrió un poco más, como si supiera cómo iba a tomarse ella esas palabras y cuánto iban a ofenderla.

– También me gusta cómo me besas – siguió él lentamente –. Además, me entusiasma tu sabor.

Tally intentó mirar hacia otro lado, pero se sentía atrapada en sus ojos ardientes y rebosantes de deseo. Él ya no ocultaba nada.

– Hay muy pocas mujeres con tu sabor – siguió él – y, si voy a casarme, quiero una mujer a la que pueda besar y paladear.

– Tienes un sentido del humor espantoso.

– Ni el más mínimo – Tair sonrió y mostró sus dientes blanquísimos.

Clavó la mirada en su boca y la besó hasta que ella se sintió plena. Tally cerró los puños como si protestara por su destreza en la seducción. No era justo que ella se sintiera de esa manera sólo por una mirada y cuatro palabras. Se sentía anhelante y con el pulso enloquecido. No era justo que él la alterara tanto y ella quisiera que saciara ese anhelo.

– No te casas con una mujer sólo porque bese bien.

– Claro que sí...

– Tair...

– Piensa como un hombre. Si besas así, ¿puedes imaginarte la maravilla que serás en la cama?

Tair volvió a besarla abrumadoramente y le separó los labios para saquear toda la dulzura de su interior. Tally lo agarró de la túnica con todas sus fuerzas. No quería desearlo, no quería ceder, pero a medida que él la estrechaba contra sí, ella notaba cada vez más que lo ansiaba.

Él la acarició por todo el cuerpo y se detuvo en los pechos antes de seguir hasta las caderas. Le pasó los labios por el cuello y ella sintió que las piernas le flaqueaban. Él siguió derribando todas sus defensas. Tally hundió la cara en el pecho de Tair cuando notó una mano sobre el montículo entre las piernas. Él no introdujo los dedos ni hacía falta. Los dos sabían que ella lo deseaba y para él aquello era otra victoria.

—Eres mía —él la miró con los ojos como ascuas por el deseo—. Tu cuerpo lo sabe aunque tu mente lo niegue.

—Es algo físico —espetó ella mientras intentaba despejarse las ideas.

—Muy bien. Tomaré lo que pueda —se apartó para marcharse, pero se volvió al llegar a la puerta—. Para que lo sepas, el baño del otro día y la ceremonia de la henna son rituales prematrimoniales —Tair endureció la expresión—. Es posible que no quieras ser una novia y que tampoco quieras casarte conmigo, pero el *mullah* está aquí y tú estás preparada. Te veré dentro de un par de horas.

Tally se quedó petrificada.

—¿Vamos a casarnos hoy?

—Sí. Leena tiene tu vestido. No es ni negro ni blanco ni azul.

Tair tenía razón. El vestido, en parte un caftán y en parte un vestido de noche occidental, era de seda dorada con bordados verdes y adornos de plata y perlas en el escote de terciopelo.

Leena quiso maquillarla y pintarle los ojos, pero Tally se negó. Quería ser ella misma. Además, no estaba segura de que no fuese a llorar y no quería tener unos regueros negros por las mejillas. Tally, con unas pulseras de oro muy grandes y una diadema también de oro que sujetaba un velo de seda, fue hasta el salón del edificio principal.

Se sentó mientras Tair y el *mullah* comentaban el contrato matrimonial hasta que llegó el momento de empezar la ceremonia.

El *mullah* miró a Tair.

—¿Eres Zein Hassim el-Tayer?

—Sí.

El *mullah* se dirigió a Tally.

—¿Eres Talitha Elizabeth Devers?

—No.

—Sí, lo es, señoría. —replicó Tair con una mirada penetrante hacia Tally.

—No lo soy, señoría —insistió Tally mirando a Tair con unos ojos igual de penetrantes—. Soy Tallis Elizabeth Devers.

Al *mullah* pareció no gustarle la interrupción, pero siguió con la ceremonia.

—Tallis Elizabeth Devers, ¿te casas coaccionada? —lo preguntó firmemente y sin apartar la mirada de Tally.

– Sí.

– No – intervino Tair.

– Sí – repitió Tally.

El *mullah* levantó la mirada del libro.

– Sí – insistió Tally.

– ¿Jeque el-Tayer? – le preguntó el *mullah* a Tair.

– No – contestó Tair –. Ella ha dicho que no está coaccionada.

– ¡No! – exclamó Tally con impotencia –. No he dicho que no...

– Entonces, ¿es que no? – siguió el *mullah*.

– Sí, es que no... – Tally sacudió la cabeza –. ¿Qué está preguntándome?

– ¿Deseas casarte con el jeque Zein el-Tayer o estás coaccionada?

– Sí – respondió ella.

– ¿Sí deseas casarte?

– Sí estoy coaccionada.

– Perfecto. Deseas casarte. Sí – el *mullah* revolvió los papeles –. Así sea.

Tally se convirtió en la esposa del jeque Tair. Después hubo un banquete descomunal, pero Tally no tuvo fuerzas para comer. Sobre todo cuando Tair le dijo que estarían sentados en zonas separadas durante las celebraciones. ¿Por qué en zonas separadas? Tair no se había enterado todavía de quién era ella, seguía sin entender que la había arrastrado a algo tan alejado de su mundo que estaba asustada. ¿Cómo iba ella a vivir allí? Lo amaba, pero no lo entendía, como no entendía su cultura.

La multitud se arremolinó alrededor de ellos después de la ceremonia, los hombres se llevaron a Tair en una dirección y las mujeres a Tally en otra, pero ella consiguió escabullirse y refugiarse en su habitación. Contuvo las lágrimas, se levantó el bajo de la falda, se lo metió por la cinturilla y fue de un lado a otro. Se sentía atrapada. No tenía a donde ir ni nadie que la ayudara. Se asomó a la terraza y pudo oír la música del festejo. Pronto empezaría los cantos y los bailes. Miró el desierto. ¿Cómo era posible que amara y también fuera infeliz? ¿Dónde estaba la paz?

– ¿Qué has hecho con tu vestido? – le preguntó la voz de Tair desde detrás de ella.

Tally se secó las lágrimas y se encogió de hombros.

– Tienes las piernas desnudas – siguió él.

Ella captó el tono de censura y se sintió más herida todavía.

– Me dijiste que en privado podía vestirme como quisiera.

– Sí, pero esta terraza no es privada. Puede verte mucha gente.

– Todo el mundo está en el festejo.

- Bájate la falda.
- No – lo miró fijamente y con una leve sonrisa retadora –, gracias.
- Por favor... – él mostró los dientes en una sonrisa.
- Me gusta el vestido así. Me siento más libre.
- Más expuesta.
- Efectivamente.
- Es inadecuado.
- Me da igual lo que sea adecuado.
- Eres mi esposa.
- Contra mi voluntad.
- Aun así, eres mi esposa.
- Me gustaría que dejaras de repetirme.
- A mí me gustaría que hicieras lo que te digo.

Tally, dominada por la rabia, lo miró fijamente y se subió más la falda.

- ¿Quieres pelea? – le preguntó él con las mandíbulas apretadas.
- Quiero que aceptes que nunca seré la mujer que quieres como esposa.
- Ya eres mi esposa y, como tal, debes complacerme.
- Creo que te has equivocado de esposa, Tair.
- Es tu obligación, esposa.

Tally se acercó a él con la cara levantada y se subió la falda más todavía. Ella sabía que aquello era una tontería e infantil, pero la arrogancia de Tair la encendía. Todo lo que él le exigía atentaba contra su dignidad.

– Tair, es posible que te hayas casado conmigo, pero no me has comprado. No te pertenezco. Puedo llevar la ropa como yo quiera como puedo conservar mi nombre, mi personalidad y mi identidad.

- No vas a salirte con la tuya, esposa.
- Pero voy a luchar, marido.

Tair se inclinó sobre ella hasta que su boca estuvo a unos centímetros de la de ella. Tally notó que los músculos se le ponían en tensión y que contenía el aliento. Podía oler la fragancia de él, percibir el calor de su cuerpo y recordar claramente el contacto de su boca en la de ella, así como el placer doloroso e intenso.

– Tendrías que haberte casado con una chica bereber – susurró ella en un intento de pasar por alto el deseo que le abrasaba el vientre.

Él bajó más la cabeza y la besó. Tally sintió un fogonazo en todo el cuerpo. Cerró los ojos y se dejó arrastrar. Era un beso tan delicado, que hizo que ella anhelara más, que anhelara que la tomara allí mismo.

Tair levantó la cabeza con expresión de haberse dado cuenta.

— Acompáñame — volvió a besarla y le bajó la túnica hasta que le cubrió las piernas —. Esta noche acabaremos esta batalla, esposa, pero ahora no es el momento.

Sin embargo, esa noche, cuando los invitados se hubieron ido y Tair la llevó en brazos hasta la cama, Tally no tuvo ganas de batallar. Sólo lo quería a él, en cuerpo y alma.

Hicieron al amor de forma poco delicada. Tair la poseyó con una intensidad carnal y ella respondió con la misma voracidad. Él la enfurecía, pero también hacía que ardiera de pasión, que lo deseara y que necesitara su amor.

Él la agarró de las manos y le puso los brazos por encima de la cabeza mientras empujaba implacablemente con las caderas y entraba en ella, pero ella lo deseaba y, con las piernas alrededor de la cintura de él, recibió su cuerpo y su pasión desenfadada.

Tally se durmió en brazos de él, agotada y satisfecha sólo en parte. Tuvo un sueño vívido e intenso en el que unos hombres armados irrumpían en la habitación, entre cánticos de mujeres y redobles de tambores, y se llevaban a Tair lejos de ella.

Tally se despertó asustada y extendió la mano para palpar la cama, pero se encontró con una piel cálida. Entonces cayó en la cuenta de que estaba en Bur Juman con Tair. Posó la mano en su pecho y lo miró en la oscuridad. Sintió un torbellino de emociones como no había sentido nunca. Lo amaba. Amaba a ese hombre espantoso como nunca se había imaginado que amaría a nadie.

## Capítulo 12

La mañana después de la boda, Tair estaba ilocalizable mientras Tally y Leena ordenaban toda la ropa nueva que él le había encargado. Leena estaba entusiasmada con el nuevo guardarropa, pero Tally no podía mirar el cúmulo de túnicas y vestidos. En cambio, se quedó en la ventana mirando el desierto y con ganas de irse. No de dejar a Tair, sino de salir de allí, de salir de su encierro y del mundo repleto de túnicas y velos. Necesitaba acción. Desde allí la arena del desierto le parecía mística e incluso añoraba las tormentas de arena y el asma. Tair la había salvado en ambas ocasiones. La había rescatado y montado en su caballo blanco y gris.

El sueño de la noche anterior le había asustado y le había hecho darse cuenta del poco control que tenía. La vida era resbaladiza, como las arenas movedizas.

—La aprecio, señora —dijo Leena inesperadamente. Tally se volvió con una sonrisa. Se sintió conmovida.

—Yo también te aprecio. Te portas muy bien conmigo y te lo agradezco.

Leena alisó una de las túnicas de seda que estaba guardando cuidadosamente en un arcón enorme.

—Me gustaría ser como usted. Fuerte y valiente.

—No soy tan valiente —contestó Tally mientras se sentaba en el borde de la cama.

En realidad, se encontraba cobarde. Tenía miedo por sí misma y por Tair. Sólo había sido un sueño, pero la había dejado intranquila.

—Creo que sólo me gusta discutir con el señor —añadió Tally.

—Porque lo ama —afirmó la chica con una sonrisa.

—No lo amo.

—Él la ama.

—No.

—Entonces, ¿por qué le permite hablarle como le habla? Nadie podría dirigirse a él de esa manera, pero cuando usted abre la boca, él la escucha.

—Quizá sea porque soy occidental.

—Él ha tenido otras extranjeras y a ninguna le ha permitido hablarle como lo hace usted.

Tally abrió los ojos de par en par. ¿Otras mujeres occidentales habían pasado por allí? Sin embargo, no sería correcto interrogar a Leena...

—¿Ha... estado con otras mujeres aquí?

—Bueno... —Leena se encogió de hombros—. No es que fuera un harén, pero usted debe entenderlo, es un jeque y ha tenido muchas mujeres.

—¿Mujeres occidentales?



– Francesas, británicas, una canadiense...

– ¿Pasaron por aquí? – Tally estuvo a punto de caerse de la cama.

– Sí, señora.

– ¿Y se marcharon? ¿El jeque las dejó marchar?

– Claro, señora – Leena la miró vacilantemente –. ¿Por qué no iba a hacerlo?

– Voy a tener unas palabras con mi marido el jeque.

– Tu marido está aquí – Tair hizo un gesto a Leena para que se fuera –. ¿De qué querías hablar conmigo?

Tally se volvió para mirar a aquel hombre impresionante que era su marido. Era un jeque, pero ¿qué le importaba a ella? Tally estuvo a punto de sonreír ante la desastrosa situación. Llevaba un día casada y ya estaba perdida. ¿Cómo saldría aquello?

– ¿Qué querías preguntarme, mujer? – le preguntó Tair.

Tally intentó pensar en la forma de preguntarle lo que sabía sin desvelar que se lo había dicho Leena.

– ¿Es verdad que has estado con otras mujeres aquí, en Bur Juman?

Él dudó y la miró fijamente.

– Podría hacerme el tonto.

– Sí, podrías.

– Pero no voy a ofender a tu inteligencia.

– Gracias.

– Sí, he estado con otras mujeres aquí.

Tally tragó saliva al notar cuánto le dolió imaginarse a Tair con otras mujeres. Aunque era evidente que sabía tratar a una mujer con mucha destreza y eso lo habría aprendido.

– ¿Mujeres europeas, americanas, canadienses...?

Tair hizo una mueca con la boca.

– Alguien se ha ido de la lengua.

– ¿Todas fueron amantes tuyas?

Él inclinó la cabeza y frunció la frente. Pareció cansado.

– Sí.

– ¿Qué son ahora?

– Ya no están.

– ¿Están muertas?

– Nunca hago daño a una mujer – respondió él con una sonrisa forzada.

– Entonces, las dejaste marchar después de que estuvieran aquí...

– Claro.

Tally esbozó una sonrisa vacilante que indicaba que le había pillado una mentira. Una mentira deliberada para atraparla.

– Me dijiste que yo no podía marcharme porque sabía mucho de tu vida, porque tenía muchas imágenes en la cabeza...

Tally se calló a la espera de una explicación o una disculpa, algo que aclarara ese espantoso malentendido. Quería que él fuera sincero con ella, que ella le importara lo suficiente como para hacer lo mejor para ella.

Sin embargo, Tair no dijo nada, pareció indiferente.

– No era verdad que tuvieras que retenerme, ¿verdad? –le preguntó mirándolo a los ojos.

Durante un minuto, ella pensó que él no iba a contestar.

– No –contestó él–, no tenía que retenerte. Podría haberte dejado marchar, pero no quería.

– Me mentiste.

– Sí.

– ¿Por qué? –le preguntó ella con tono de tristeza infinita.

– Todo vale en el amor y en la guerra.

– Y tú eres un guerrero. Soussi el-Kebir.

– El caudillo del desierto –replicó él con tono burlón.

Tally se levantó y fue hacia el patio. Necesitaba aire.

– ¿Te ha hecho la maleta Leena? –Le preguntó él cuando Tally llegó a la puerta–. Dentro de una hora nos vamos de luna de miel.

– ¿Luna de miel? ¿Es una broma? No quiero ir a ningún sitio contigo.

– Lo sé, pero ya está todo organizado y no quiero decepcionar a mi madre.

– ¿Vamos a Atiq?

– Mi madre está deseando conocer a mi esposa.

– ¿Sabe ella que me has obligado a casarme? ¿Sabe que me has secuestrado y engañado?

– Sí.

– ¿Qué opina?

– Que soy como mi padre.

Una hora más tarde, abandonaban Bur Juman a lomos de sendos caballos. Sería un viaje de dos días. Esa noche dormirían cerca de la frontera y por la mañana

cambiarían los caballos por un todoterreno. A medio día, en Fez, dejarían el todoterreno y tomarían el avión privado de Tair.

Tair no dejaba de mirar a Tally mientras cabalgaban. Sabía que sus hombres los rodeaban, pero no quería que pudiera pasarle algo. Estaba furiosa y no se lo reprochaba. Él la había utilizado. Para ella era inmoral, pero en el mundo de Tair él había sido astuto. Había encontrado la mujer que quería y la había conseguido. Ella tenía razón al decir que sus mundos eran distintos, aunque él tenía la ventaja de conocer el mundo de ella. Su madre, por ejemplo, no había vuelto a Inglaterra después de casarse con su padre, otro secuestro, y también era una mujer fuerte, hermosa, educada y orgullosa.

Ara, su primera mujer, era de Baraka, pero ella y su madre eran como dos gotas de agua y Ara llegó a ser como la hija que ella nunca había tenido. Cuando la matanza en el desierto sus vidas cambiaron completamente. Entonces, su madre se fue a vivir a Atiq en busca de cierta seguridad y anonimato.

Vivía cerca del palacio de Nuri y el sultán Malik Nuri y su esposa Nicolette contaban con su madre para múltiples acontecimientos oficiales y sociales. Sin embargo, Tair sabía que su madre añoraba a Ara y sentía un dolor inmenso por el nieto que había perdido. Zaki había sido su único nieto.

Tair esperaba que a Tally le gustara a su madre. Sabía que su madre adoraría a Tally. También sabía que su madre esperaba tener más nietos.

Tair miró a Tally, que seguía tan enfadada que no le dirigía la palabra y le contestaba con monosílabos. Esa noche, cuando estuvieran en la cama, ella cambiaría y sería mucho más cariñosa.

Llegaron a El Saroush justo antes de anochecer. Pasarían la noche en el palacio de la familia el-Tayer. Tair enseñó su habitación a Tally y le dijo que servirían pronto la cena. La animó para que fuera a ver los jardines interiores, pero le dijo que no saliera del palacio. Tally estaba feliz de pasear por los fragantes jardines. Estaba cansada de cabalgar y los jardines le parecían maravillosos.

El ataque fue tan rápido, que Tally no supo qué había pasado hasta que todo terminó. Ella se había agachado para ver el mosaico del fondo de una fuente cuando un hombre la agarró por detrás, le tapó la nariz y la boca y le puso algo afilado en las costillas. Fue como cuando Tair la secuestró. Mordió la mano que le tapaba la boca, pero el hombre la agarró del cuello con el brazo.

—Si hace un ruido, la mato —le dijo una voz ronca al oído—. ¿Entendido?

Hablaba un inglés perfecto y ella reconoció la voz del intérprete que tuvo desde Atiq hasta El Saroush.

—¿Sadiq?

—Esté en silencio y no le pasará nada.

Ella asintió con la cabeza. Notaba el cuchillo en el costado, pero no tenía tanto miedo como debería. Tair le había dicho que aquellos hombres eran rebeldes de Baraka que no reconocían a Ouaha como un territorio independiente.

– ¿Qué quieres? – susurró ella que estaba convencida de que Tair la salvaría.

– ¿Cuántos hombres lo acompañan?

– ¿A quién? – preguntó ella haciéndose la tonta.

– No sea estúpida – el hombre apretó el brazo alrededor de su garganta.

– Creo que no entiendo.

Al hombre no le gustó la reacción y siguió apretando el brazo hasta cortarle la respiración. A Tally le dio vueltas la cabeza y todo se puso negro.

Cuando volvió en sí, ya no estaba en el jardín. Estaba en una habitación desnuda, sentada en una silla y atada de pies y manos. Todo estaba muy oscuro y sintió miedo. Aunque también sabía que Tair la rescataría.

Consiguió dormir un rato y, cuando despertó, el sol se filtraba por las ranuras de las contraventanas de madera. Tally echó una ojeada y comprobó que no estaba sola.

– Ya se ha despertado... – dijo el hombre.

No era el mismo hombre de la noche anterior.

– ¿Le duele la garganta? – le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza y mirándolo a los ojos.

– Sadiq no tenía que hacerte daño. Lo hemos castigado.

Tally no apartó la mirada de los ojos del hombre y le mostró las manos para indicarle que no le gustaba tenerlas atadas.

– Es por su seguridad – le explicó él con un tono casi de disculpa –. Así estará protegida.

– ¿De quién? – preguntó ella con voz ronca –. Yo no voy a dañarme. ¿Quién puede dañarme?

Él no contestó la pregunta y se encogió de hombros con una sonrisa afable.

– Soy Imran y quiero ayudarla. Dígame a dónde quiere ir y yo la llevaré.

– Primero dime qué quieres.

– Información sobre el jeque el-Tayer. Sus viajes, sus planes para el futuro... Esas cosas.

– Yo no sé nada. Él no habla conmigo...

– Es su esposa, ¿no?

– Sí, pero él es el jeque y no habla de esas cosas con las mujeres.

Imran la miró fijamente.

– Sólo lo queremos a él. No queremos hacerle daño a usted.

Sin embargo, ella sabía que harían cualquier cosa para dar con Tair. Estaba en peligro y ella, involuntariamente, iba a complicarle más las cosas. Ella sabía que Tair la buscaría y que se expondría por salvarla. Ella tenía que hacer algo por protegerlo.

– Si te ayudo, ¿me dejarás marchar a mi país?

– Yo mismo la llevaré al aeropuerto – contestó él con una sonrisa.

Ella pensó que, efectivamente, la llevaría en un ataúd. Ya sabía con quiénes estaba tratando. Tair había tenido razón. Eran hombres que harían cualquier cosa por su causa.

– Mañana, a última hora, volveremos al desierto. A Bur Junam.

– ¿Conoce el camino?

– Claro, he pasado unas semanas allí.

– ¿Puede enseñarnoslo?

– Sí.

– Eso espero, porque si trata de engañarnos, lo pagará.

Tair tomó aire. Estaba a punto de estallar de ira. Sus hombres no habían protegido el palacio ni a Tally. Sus hombres se habían descuidado, como él. Habían secuestrado a Tally y él no había estado preparado. Sin embargo, sabía dónde estaba, sabía que los guías que había contratado Tally habían estado compinchados con Ashraf, el hombre que la envenenó. No podía fiarse ni de su sombra, pero las recriminaciones tendrían que esperar, primero tenía que salvar a Tally.

En la casa donde mantenían secuestrada a Tally, la puerta del dormitorio se abrió de golpe y apareció Tair.

– ¿Estás bien? – le preguntó él mientras cortaba las cuerdas que la ataban.

Ella asintió con la cabeza y se dejó caer contra el pecho de él. Tair la tomó en brazos y, al salir de la habitación, ella vio un cuerpo en el suelo. Tally sintió un escalofrío y miró hacia otro lado.

– No te he oído llegar...

– Soy muy silencioso.

– Gracias.

Él emitió un sonido que ella no pudo entender, pero sintió que la estrechaba contra sí. Sabía que él la protegería y pensó que la amaba a su manera y que eso era suficiente.

– Sabía que vendrías – susurró ella con un nudo en la garganta.

– ¿De verdad?

Ella asintió con la cabeza y con un torbellino de sensaciones. El amor entre dos personas como ellos era muy complicado. No era el amor romántico de la cultura

occidental. El amor en el desierto era áspero, brutal y complicado. El amor en Ouaha era peligroso, casi tan peligroso como el propio Tair.

—Déjame en el suelo —le dijo a Tair cuando llegaron a la calle y los hombres los rodearon—. Puedo andar.

Tair la dejó en el suelo. Tenía un buen problema. No podía cumplir su misión mientras se sintiera como se había sentido las cuarenta y ocho horas pasadas, las peores desde que encontró los cuerpos asesinados de su mujer y su hijo. No podía ser el jefe de Tair mientras Tally estuviera allí.

Los rebeldes de Baraka merodeaban por allí y no sólo se dedicaban al pillaje, también habían asesinado a mujeres, ancianos y niños. Ara y Zarik habían estado entre los muertos de la matanza de hacía siete años, pero siete años parecían nada cuando se acordaba del horror que sintió cuando volvió a su casa y encontró el cadáver de su hijo de cinco años. Sabía en lo más profundo de su curtido corazón que no podía volver a pasar por una pérdida así y no podía pensar ni guiar ni liderar a nadie mientras Tally estuviera allí. Una cosa era tener una amante y otra tener una esposa amada. No podía correr el riesgo de ser un hombre normal y mortal. Tenía que seguir siendo un monstruo.

Tenía que devolver a Tally a su casa, no a la de él, sino a la de ella.

Tally lo agarró de la mano mientras se acercaban a los coches blindados que los esperaban. Él apretó las mandíbulas y no la miró. Una vez que había tomado una decisión, ya no la cambiaba.

Había luchado contra la muerte y el dolor y había aprendido que la fuerza llega por la pérdida; el poder llega por el miedo; el valor por la falta de esperanza.

Las lágrimas de una mujer no le conmovían si así salvaba su vida, aunque no la propia.

## Capítulo 13

– Tair – susurró Tally.

– ¿Qué? – él le apretó la mano con fuerza.

– ¿Estás furioso conmigo?

– No.

– Perfecto.

Sin embargo, mientras se abrían paso entre los hombres armados para llegar hasta el todoterreno, Tally se acordó del sueño que tuvo en la noche de su boda. El sueño de los hombres que le arrebataron a Tair. Sin embargo, estaba con ella allí, dentro del coche, y todo iría bien.

En el camino a Fez nada fue bien. Durante una hora, Tair casi ni la miró y no dijo una palabra. Ella sabía que no estaba enfadado con ella, pero sí estaba molesto.

– Lo siento – se excusó ella –. Siento lo que ha pasado.

– No ha sido culpa tuya.

Tally sabía que ella había tenido parte de culpa, que la habían utilizado para atraer a Tair y que éste había tenido que volver a rescatarla.

– No iba a llevarlos a Bur Juman. No habría...

– Ellos matan a las mujeres, Tally. Esto no va bien – la voz de Tair fue tajante, como la de un desconocido –. Es el momento de que vuelvas a Estados Unidos.

Ella se sintió herida y ofendida, pero no lo demostró.

– No lo entiendo.

Él la miró con unos ojos gélidos.

– Entonces, escúchame. No te quiero aquí.

– Aquí... – ella se agarró a la palabra como si fuera la cuerda que él le lanzó un día –. Pero me quieres...

– No – la expresión de Tair se endureció más todavía –. No te quiero. Ya... me he cansado de ti.

Era imposible. Ella era de él. Lo había sido desde el primer día. Tally sentía pánico, dolor e incredulidad.

– Tair... – susurró ella con un hilo de voz suplicante.

– Te llevaré a Atiq y te montaré en un avión. Iremos hoy.

– ¿Hoy?

Tally no podía entenderlo. Habían pasado una noche haciendo el amor, sin necesidad de palabras, donde las caricias decían más que cualquier palabra que pudieran decir...

– Tair...

Tally ni siquiera podía mirar aquellos ojos gélidos que ella amaba. Sin embargo, tampoco estaba dispuesta a claudicar.

– No te creo. Algo te ha enfurecido. He tenido que hacer algo que...

– No. Tally, no has hecho nada. Se trata de mí. Estoy... aburrido.

Tally se quedó sin respiración.

– Nunca te he aburrido – replicó ella con rabia –. ¡Nunca!

– Pues ahora estoy aburrido.

– No es verdad. Es posible que te hayas dado cuenta de que no puedes manejarme.

– Y tú puedes indignarte – la miró otra vez con esos ojos impasibles –, pero sé lo que quiero, lo que siento...

– ¿Lo que sientes? ¿Cuándo has empezado a sentir?

– ... y está acabado. Quiero otra cosa que no puedes darme.

Fue como una puñalada que atravesó el pecho de Tally. Se quedó sin aire en los pulmones y retrocedió dos pasos con los ojos arrasados por las lágrimas.

– Tú te empeñaste en que nos casáramos. Tú...

– Fue un arrebató, un error. Anularé el matrimonio.

– Anularlo...

– Exigirá algo de papeleo y algunas dádivas, pero pronto volverás a ser soltera.

Tally tuvo que agarrarse del pilar de la habitación de Tair. Necesitaba apoyo.

– Digas lo que digas, hemos hecho unos votos y unas promesas que pienso cumplir.

– Esto no es Hollywood – replicó él implacablemente –, no exige un final feliz. Esto es la realidad. Me equivoqué al pensar que podrías vivir aquí y que eras la mujer adecuada para mí. Eres tan distinta, tan... complicada...

Tally lo miró sin encontrar las palabras.

– No quiero que todo sea una pelea – siguió él sin clemencia –. Puedo pelear con muchos hombres. No actúas como una mujer. Siempre intentas imponerte y estoy cansado. Aburrido. Es mejor dejarlo ahora, antes de que todo se complique. Haz la maleta. Naturalmente, recuperarás la cámara y todas las tarjetas de memoria.

Esa tarde, en silencio, atravesaron calles bulliciosas y jardines amurallados con palmeras que se recortaban contra el cielo azul. Al llegar al aeropuerto privado destinado para los dignatarios, Tair acompañó a Tally hasta su avión. Intentó tomarla del codo para ayudarla a subir, pero ella lo rechazó. Tair también entró en el avión para cerciorarse de que todo estaba en orden y dejó la bolsa de ella en la moqueta.

Tally contuvo las lágrimas y pensó que hasta su bolsa parecía desolada.



—Llegarás a tu casa antes de que te des cuenta —dijo Tair—. Pronto, todo te parecerá un mal sueño.

Ella sacudió la cabeza. No podía decir nada. Tair se inclinó para darle un beso de despedida, pero ella dio un paso atrás.

—Sencillamente, no era posible —sentenció él.

—¿No me amas? —le preguntó ella para, por fin, decir las palabras que la abrumaban.

—No —contestó él después de un largo silencio.

Tally se dio la vuelta para no verlo marchar, pero cuando la portezuela del avión se cerró, sintió como si le hubieran arrancado el corazón.

No la amaba. Saber eso la destrozaba.

Tally no pudo llorar durante el vuelo ni cuando el taxi la llevó del aeropuerto a su casa ni cuando tuvo que forcejear para abrir la puerta del apartamento. Sin embargo, cuando entró, encendió la luz y echó una ojeada a ese sitio que no había pisado en casi seis meses, perdió el dominio de sí misma.

Él no la amaba ni la había amado nunca. Había sido un gran error.

Durante la primera semana no pudo pensar ni hacer nada. Se pasó casi todo el tiempo en la cama y llorando. No podía comer ni dormir, sólo podía llorar. ¿Cómo era posible que se la hubiera quitado de encima con esa tranquilidad? Ella había llegado a creer que la quería, quizá no fuera un amor eterno, pero sí lo suficiente para hacerla suya.

Hasta que decidió que tenía que dejar de llorar y de sufrir. Tally se levantó de la cama y salió a comprar comida. Al día siguiente, se obligó a ver una película en la televisión. El fin de semana, salió a dar un paseo aunque estaba lloviendo. Paseó para evitar que le brotaran las lágrimas y dio resultado. A los diez días, agarró la cámara y salió a hacer fotos. Sin embargo, al decimoséptimo día, Tally se puso a ver las fotos que había imprimido y llegó a la última que hizo en Ouaha. Era una foto cerca del pozo donde se puso a cubierto antes de que Tair la capturara y se la llevara consigo. Tally la miró con atención y vio a los niños que había encuadrado, pero en el fondo se veía un jinete en un caballo encabritado. Era Tair. Retrocedió a Ouaha, a su tierra de piedra y arena, a las noches interminables y al calor abrasador. Cerró los ojos y rompió la foto. No quería recordar. Para evitarlo, mandó un correo electrónico a su editor y le dijo que tenía algunas copias y que se las mandaría. Luego, se encerró en el cuarto oscuro para revelar al estilo tradicional otras fotos en blanco y negro. El editor le contestó inmediatamente. Quería ver las fotos, estaba ansioso por ver lo que había hecho durante cuatro meses en el norte de África y Oriente Próximo.

Tally se entregó al trabajo y encontró consuelo en las muchas horas que dedicó a su arte. Por la noche y en los fines de semana le volvía la sensación de pérdida. No sabía qué hacer y le parecía raro estar en su casa. Después de casi un año yendo de un lado a otro se había convertido en una auténtica nómada. Sin embargo, lo que le parecía raro no era Seattle, sino estar sola, aunque no se lo creyera. Ella, la chica que había decidido estar sola, ya no quería estar sola. Tair lo había conseguido, pero eso

no significaba que tuviera que llorar por él. Ya había dejado de sufrir y ya había perdido demasiado tiempo en un hombre que no la amaba ni la amaría.

Estaba a punto de salir para hacer unas fotos en la playa cuando llegó un mensajero con un paquete de Baraka. Se sentó en el último escalón y abrió el sobre y la caja de terciopelo que había dentro. Un resplandor color esmeralda la deslumbró. Era un collar de esmeraldas y diamantes. Sobre el fondo de satén había una tarjeta. Era del detestable Tair. Tally cerró la caja. No iba a quedarse aquello. Aunque había un problema. Nadie devolvería ese collar. Ninguna empresa de mensajería querría saber nada de un collar que valía más de un cuarto de millón de dólares. Sobre todo, si la dirección del jeque estaba en medio del desierto del Sahara.

Tally, repentinamente, volvió a enfurecerse. En vez de ahuyentar los recuerdos, todos, uno detrás del otro, le fueron pasando por la cabeza. El secuestro, el ataque de asma, la tormenta de arena, las arenas movedizas, el cuchillo, el veneno, Bur Juman y la primera noche que hicieron el amor. Tally, para no llorar, se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

Al principio, ella pensó que lo odiaría para siempre y que nunca lo entendería, pero todo cambió, y mucho. Se dejó caer en el viejo y cómodo sofá mientras se secaba una lágrima. Al diablo con él. No necesitaba a alguien que no la valoraba. Ya había pasado demasiados años sin estimarse a sí misma. No volvería a hacerlo. No sentiría lástima de sí misma. Él no lo merecía. Aunque fuera su marido y el hombre del que se había enamorado. Tally dio un puñetazo al almohadón. Si él no fuera tan arrebatador, tan guapo, tan inteligente y un amante tan bueno...

— ¡Te odio, Tair! ¡Te odiaré toda mi vida!

No deberían haberse divertido y mucho menos tener una relación sexual tan maravillosa. Se puede olvidar a un hombre aburrido y tosco, pero no a uno sexy, misterioso, poderoso, interesante y cariñoso.

Tenía que dejar de pensar en él. Tenía que imaginarse que no había dormido con el brazo de él alrededor de ella y con la mejilla en su pecho; que no conocía cada cicatriz que cruzaba ese pecho; que no había pasado alguna noche en blanco preocupada por él, por su temeridad cuando se trataba de proteger a alguien. Él nunca pensaba en sí mismo cuando alguien estaba en peligro y ella había estado en peligro.

Tally notó un hormigueo que iba creciendo en su interior hasta que el pulso empezó a latirle sin control. No sabía qué pensar. ¿Sería posible que Tair la hubiera mandado lejos no porque no la amara, sino por todo lo contrario? Se le puso la carne de gallina. Tenía que atender a su corazón y a su instinto. Él la quería. Se levantó de un salto con los ojos llenos de lágrimas. Tair la había alejado de allí porque no quería que sufriera ningún daño, porque temía no poder protegerla. ¿Cómo no se habría dado cuenta antes?

Tally se quedó mirando por la ventana. Era domingo y había poco tráfico. El sol del atardecer se filtraba entre las nubes y teñía de dorado los edificios de ladrillos. Estaba a salvo en Seattle, pero ¿cómo estaba él? ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo?

Se quedó mirando por la ventana y cuando oscureció, Tally supo qué hacer. Supo adónde tenía que ir. Supo que no sería fácil, pero era la mujer de Tair y tenía que estar donde él estuviera.

Dos vuelos interminables, un aterrizaje de helicóptero espantoso y un viaje en camello. Tally tuvo que reconocer que las cosas no iban muy bien. Sólo llevaba veinticuatro horas en Ouaha y ya le habían robado y se había perdido entre la arena. No era el regreso que había imaginado y, además, Tair ni siquiera sabía que estaba allí. Nadie la rescataría. Tally resopló, se apartó un mechón de pelo de la cara y se colocó bien la camisa que la protegía de los granos de arena. Tenía tanta sed, que ya veía espejismos. Veía palmeras, bailarinas y guerreros con fusiles. Parpadeó y miró al hombre armado que tenía delante. Se puso la mano de visera para alejar el espejismo.

—Lárgate, no eres de verdad.

Tally oyó un suspiro de desesperación. El suspiro que daría un hombre que sufre.

—Soy de verdad y no voy a largarme.

Tally intentó dar un salto, pero casi se cayó por la debilidad.

Tair, con un impropio, la tomó en brazos, la sentó en su caballo y se montó detrás. Cabalgaron más de una hora hasta que llegaron al campamento más lamentable que Tally había visto en su vida.

—Este sitio sigue siendo penoso —dijo ella mientras Tair la bajaba del caballo.

—No hemos tenido tiempo de cortar algunas flores ni de colgar las cortinas nuevas —replicó él mientras rodeaba la cintura de Tally con el brazo.

Una vez en la tienda de él y sentada en los almohadones que había sobre la alfombra, Tair le pidió una respuesta.

—¿Qué demonios haces aquí?

Ella podría haberse ofendido, pero conocía a Tair.

—Te he traído una cosa —contestó ella mientras se sacaba el collar del sujetador.

Tair miró las esmeraldas y los diamantes.

—¿Has venido para devolvérmelo?

—Sí.

—¿Qué tiene de malo el servicio de mensajería?

Fuera de la tienda los hombres habían encendido una fogata para preparar la cena. Tally miró la aterradora cara de Tair a la luz del fuego.

—Quería estar segura de que te llegaba —contestó ella.

—¿Debo interpretar que no te gustan las esmeraldas?

– Es un collar precioso, pero no voy a aceptar un regalo así. Me rechazaste y me destrozaste el corazón, ¿crees que voy a aceptar un collar de un cuarto de millón de dólares?

– ¿Cómo sabes su valor? – Tair esbozó una sonrisa.

– Hice que lo tasaran. Ninguna empresa de mensajería acepta un collar de ese valor, al menos si la dirección está en medio del desierto del Sahara. ¿Me imaginas explicándoles que el mensajero tiene que ir a caballo cuatro horas al este de El Saroush y luego otras seis en camello hasta que encuentre el lecho de un río, cuando lo sortee, llegar hasta un pequeño palmeral y, una vez allí, girar a la derecha y, como al cabo de una hora, según la velocidad, ir hacia el norte y, si tiene suerte, ver una fortaleza en la roca?

– Las distancias son exageradas, pero las referencias son muy buenas – Tair sonrió abiertamente.

Esa vez, su sonrisa no iba a servir de nada. Lo conocía muy bien. Bravatas, poder, intimidación y atractivo sexual. Era una mezcla mortífera.

– El asunto es que no puedes hacer regalos como ése a tus ex esposas y no esperar que no se pongan como una fiera.

– Pareces enfadada.

– Estoy furiosa.

– Siempre estás furiosa.

– ¡Porque siempre me tomas por tonta!

– ¿Qué he hecho esta vez?

– Has intentado comprarme. Utilizas las esmeraldas para aliviar tu culpa. Me mandas un collar, me dices que lo pase bien y crees que voy a quedarme tan contenta. Crees que voy a pensar que es un collar precioso; que mi marido no me quiere, pero me manda unas joyas maravillosas.

– ¿Estás diciéndome que no dio resultado?

– Estoy diciéndote que... – Tally lo miró y sacudió la cabeza con incredulidad –. Eres un mentiroso, un manipulador, un...

Tally ni siquiera intentó terminar la frase. Se acercó a él, le tomó la cara entre las manos y lo besó apasionadamente. Tardaron en separarse. La boca de él era arrebatadora y lo había echado mucho de menos. Sin embargo, Tally se apartó.

– Me amas – le dijo a Tair mirándolo a los ojos.

– No.

– Sí – Tally dudó un instante –. Tair...

– ¿Qué? – preguntó él con tono de inocencia.

Antes de que Tally pudiera contestar, él alargó una mano y le apartó unos mechones de la cara.

– Sí – afirmó él.

Tally contuvo el aliento sin dejar de mirar sus ojos y la extraña expresión de su rostro.

– ¿Qué pasa? – le preguntó Tally.

– Muchas cosas.

– Pero estoy aquí, Tair.

– Lo sé y no puedo soportarlo. No podría soportar que te pasara algo. Puedo perder mis brazos, mis piernas o mi vida, pero no podría perderte a ti.

– Ni lo harás.

– Podría pasar.

– Tair, soy más fuerte de lo que parece. No he vuelto a tener un ataque de asma desde que nos conocimos.

– Tengo miedo por ti. Lo tendré todos los días que estés aquí.

– No lo entiendo, Tair...

– Ara murió aquí. Mi esposa y mi hijo.... Tomé en brazos a Zaki mientras moría, pero no pude salvarlo. No podría volver a pasar por eso. Me mataría y ¿qué sería de mi gente?

– Tair.

– Creí que podía protegerte, pero te secuestraron en mi jardín...

– Pero me encontraste y me salvaste.

– Estaba seguro de que correría la sangre – Tair sacudió la cabeza con gesto de dolor –. Sabía lo que podían hacerte. Estaba seguro de que llegaría tarde. Eres demasiado hermosa. Prefiero vivir lejos de ti y saber que estás viva antes que tenerte aquí y saber que sufres.

– Yo sufro cuando estoy lejos de ti.

– La muerte es peor – Tair entrecerró los ojos y apretó las mandíbulas.

– Pero estar lejos de ti también es una muerte.

– No es justo arriesgarse tanto. Es egoísta por mi parte...

– Lo egoísta es que me separes de ti cuando te quiero y quiero estar contigo. Es egoísta que me pidas que sea cobarde y temerosa. Soy arriesgada y me gusta el cambio.

– Tally...

– Tair no temas por mí ni tomes decisiones por mí. Conozco los riesgos y sé lo que me juego, pero prefiero estar un mes contigo que toda una vida sin ti.

– Eso es ridículo – insistió él con tono sombrío.

Ella alargó la mano para quitarle una lágrima que tenía en las pestañas.

- Pero romántico.
- Y una tontería.
- Y emocionante.
- Acabarás matándome.

Tair le tomó la cara entre las manos y la miró fijamente durante unos instantes, como si buscara la verdad, la respuesta que se le escapaba.

- Me gustan las emociones, Tair – susurró ella.
- Te doy por imposible.
- Eso también te gusta...

Él inclinó la cabeza y la besó en la frente, en la mejilla y en la boca.

- Eres muy guapa. Eres perfecta, Tally.
- Me has llamado Tally.
- Es verdad. ¿En qué estaría yo pensando?

Ella se abalanzó sobre su regazo.

- No lo sé, pero deja que me quede cerca de ti, Tair. Es lo único que pido.
- Creía que eras una mujer que no podía quedarse mucho tiempo en un sitio...

Ella parpadeó para contener las lágrimas. Ese bárbaro hacía que su corazón latiera con una fuerza que ella no sabía que tenía.

- Eso era antes de conocerte.
- Eres una mujer distinta, ¿no?
- Mmm...
- ¿Qué significa eso?
- Quizá no sea tan distinta.
- Entonces, ¿por qué puedes quedarte aquí conmigo?

– Porque eres la prueba definitiva, como el Everest y el Amazonas juntos. ¿Cómo iba a cansarme de ti? Nunca terminaré de entenderte, pero prometo que lo intentaré siempre.

Los rasgos implacables de Tair se hicieron increíblemente amables y en su mirada podía captarse el cariño. Elle acarició la mejilla, la boca y la barbilla.

– Te amo y te necesito. Estoy perdido... – Tair se calló como si no pudiera terminar la frase – sin ti. Ven a casa.

Tally lo abrazó.

- Ya lo he hecho.

*Fin*